YASMINA PÉREZ

NEGRO MUERTE

CUANDO LA OSCURIDAD LO ENVUELVE TODO,
SOLO QUEDA LA MUERTE...

NEGRO MUERTE

YASMINA PÉREZ

Derechos de autor © 2025 YASMINA PÉREZ

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN: 9798283856971

Diseño de la portada de: Yasmina Pérez

Para mis padres

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
La noche
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62

63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
Acerca del autor
Libros de este autor

¿Qué es la vida?
Un cielo y un infierno

La noche

Envuelve el cadáver en un plástico y lo introduce en el maletero del Citroën. Arranca el motor y abandona el lugar del crimen al ralentí y con las luces apagadas. El vecindario duerme bajo los bramidos del viento y los azotes de la lluvia. Ni un solo destello destaca en las fachadas. Tuerce a la izquierda en el primer *stop* y toma un desvío situado a unos cinco kilómetros a la derecha. Los amortiguadores del vehículo chirrían mientras los neumáticos avanzan a trompicones sobre el empedrado. Enciende los faros cuando la frondosidad del bosque y la negrura ocultan su rastro.

Desciende la pendiente hasta que un conjunto de ramas quebradas señala el siguiente desvío y conduce hasta que los faros alumbran las aguas turbias del pantano. Aparca a unos metros de la orilla, apaga las luces y se baja del coche. Solo se oyen los susurros que el viento les arranca a los árboles. Ya solo chispea. Introduce la mano por la ventanilla y quita el freno de mano. Con un suave empujón, el ataúd móvil se desliza lentamente por el suelo embarrado y se hunde poco a poco en las profundidades del pantano.

Expulsa la ansiedad en un suspiro infinito cuando las aguas engullen el Citroën por completo. Huele a hierba húmeda, a tierra mojada, a pureza salpicada de muerte.

1
Destino

Carlos paga al taxista, se cuelga al hombro su bolsa de viaje y se apresura hacia la puerta de la terminal. El aeropuerto está a rebosar. El miércoles es un día de trasiego y le cuesta avanzar entre el vaivén de turistas despistados que deambulan de aquí para allá y se detienen de golpe en medio de la muchedumbre, entorpeciendo el paso y provocando que el resto de pasajeros esté a punto de tropezar con ellos. Llega jadeando a la puerta de embarque cuando los altavoces llevan un rato anunciando la última llamada del vuelo.

Una única pasajera ocupa su fila, en el asiento de la ventanilla. Una mujer de unos treinta y pocos, con el pelo corto y negro, envuelta en un abrigo rojo. Está ensimismada en el móvil. La saluda al sentarse, pero ella sigue absorta en el teléfono e ignora su presencia. Mientras se abrocha el cinturón, Carlos le echa un vistazo a las orejas de la mujer. No lleva auriculares.

«Otra creída que confunde la educación con el *folleteo*, como si no tuviera yo ya bastantes problemas como para ponerme a ligar en el avión».

Abre la cremallera de su cazadora y extrae el móvil del bolsillo interior. Necesita hacer un último intento de localizar a su hermana antes de despegar.

Otra vez, el maldito contestador.

La llamada de su madre sigue pegada a su mente como una sombra fastidiosa:

Belinda dejó a Demetrio y no sabemos dónde está.

El lunes anterior fue la última vez que su ahora excuñado la vio. Ocho días de silencio y hoy va de camino al noveno. Demetrio se

presentó en casa de su madre pensando que Belinda estaría allí. Desde que rompieron, su teléfono lo responde el buzón de voz.

Suspira hondo y aprieta los ojos con fuerza.

«Enciende el móvil, Belinda».

***

«Enciende el móvil, papá», ruega Cynthia mientras le envía un wasap tras otro. Muestran un solo *check*: el mensaje no ha sido recibido. Apaga el teléfono y pierde la vista en la ventanilla. El día está triste. Los nubarrones que ensombrecen el cielo amenazan con reventar en cualquier instante. Parece que el invierno se resistirá a dejarle paso a la inminente primavera. Observa a los operarios traqueteando alrededor del avión, con sus chalecos reflectantes y sus auriculares gigantes. Están a punto de despegar.

Se reclina en el asiento y cierra los ojos a la espera de ese cosquilleo que le encoge el estómago durante la fase de ascenso. Le encanta volar. Cada vez que se sube en un avión, entre los retazos de sus recuerdos emerge aleteando el canario que le regaló su padre por su décimo cumpleaños. En cuanto su familia se despistó, se escabulló al jardín, abrió la puerta de la jaula y lo contempló satisfecha mientras surcaba el cielo.

Cuando su padre le preguntó por el pajarito al día siguiente, le dijo que se había escapado. Él la miró fijamente, le pasó el brazo por encima y le guiñó un ojo. «Mejor. ¿Quién quiere vivir enjaulado?», dijo mientras le despeluzaba la cabeza. Fue él quien le inculcó ese amor visceral por la libertad. Su padre también había volado, como el canario.

¿Volverá algún día o también desaparecerá para siempre?

Un ronquido la saca de su estado de ensimismamiento. Entreabre los ojos y le echa un vistazo al pasajero sentado dos asientos más allá. Duerme a pierna suelta, con la boca abierta y un hilo de saliva colgando de la comisura del labio. Tendrá unos treinta y cinco tirando por lo alto. Viste una cazadora marrón y unos vaqueros; lleva el pelo casi al rape, de un castaño desteñido por las canas, y en su rostro destaca una nariz angulosa y unos labios carnosos.

La saludó cuando se sentó, pero ella lo ignoró. Evitaba darle alas y que se pasara el vuelo dándole a la lengua. Necesita unas horas de tranquilidad, un momento de soledad consigo misma. Necesita reflexionar. La partida repentina de su padre y su silencio la tienen desconcertada. Hoy se cumplen nueve días desde que dejó a su madre y desapareció. Se veían tan felices… y resulta que su matrimonio se ha desmoronado como lo está haciendo el suyo, en caída libre y sin frenos, sin un fondo donde aterrizar.

***

El inspector Escudero se apoya en el capó de su Audi Q3 y observa ansioso a la masa de pasajeros que sale en tropa por la puerta del aeropuerto. La mayoría se apresura hacia la fila de los taxis, algunos se dirigen a los autobuses y otros se quedan pasmados en medio de la acera, buscando con la mirada a la persona que debe recogerlos y se ha retrasado.

A medida que el tránsito de viajeros se va espaciando, sus esperanzas se desvanecen bajo un manto de tristeza. Abre el wasap y relee el mensaje que le envió a su esposa, como cada día, a las siete de la mañana, después de tomarse un café, estallar la taza contra la pared y maldecir su destino de mierda.

Te estaré esperando esta tarde en el aeropuerto. Te esperaré siempre. Te quiero, Fiera. Te quiero más que a mi vida. Te suplico que me perdones. Vuelve conmigo. Te necesito. No sé vivir sin ti.

Sabe que nunca volverá. Ni siquiera le responde las llamadas y los mensajes. La perdió para siempre, pero jamás dejará de luchar por recuperarla. Elizabeth es la mujer de su vida. Estuvieron juntos más de la mitad de su existencia, diez años de novios y veinte de casados. Se conocieron cuando tenían veintitrés años y ambos cumplirán los cincuenta y tres en breve; él, a finales de marzo, y ella, a principios de abril. Su relación se basaba en el respeto y la comunicación. Nunca hubo crisis graves entre ellos, hasta que él la fastidió. Cometió un solo error durante sus treinta años de relación.

Un único error condenó su matrimonio a pena de muerte.

Guarda el móvil en el bolsillo y contempla la puerta de salida. Los últimos pasajeros en abandonar la terminal son un hombre con una cazadora marrón y una mujer envuelta en un abrigo rojo. Él se dirige a la zona destinada a los taxis, mientras que ella se queda parada en la acera y hace una llamada. Antes de subirse en el vehículo, el hombre se gira y fija la vista en la mujer, que le devuelve la mirada mientras habla por teléfono. Unos segundos después, él se introduce en el taxi y ella se queda mirando cómo se aleja.

Sabe quiénes son y el motivo por el que están aquí. Es consciente de que sus caminos se cruzarán en algún momento. Cuestión de tiempo.

La verdad siempre sale a relucir.

Una verdad negra. Negro muerte.

2
Cynthia

Cynthia deja la maleta en la acera, saca el móvil del bolso y llama a su hermana Ana.

—¿Dónde estás? —le pregunta mientras la busca con la mirada.

Sus ojos se encuentran con los del pasajero de la cazadora marrón que estaba sentado en su fila en el avión, el dormilón roncador. Sus miradas permanecen imantadas durante unos instantes, hasta que él le dedica una sonrisa tímida antes de subirse en el taxi. Cynthia se queda mirando cómo se aleja.

«¿Y a este idiota qué le pasa? Otro guarro, menos mal que no le hice caso en el avión».

La voz de su hermana la trae de vuelta al aeropuerto.

—Estoy llegando. No te imaginas el tráfico que hay.

—No me cuentes historias, que mi maleta fue la última en salir. ¿Es que no puedes ser puntual por una vez en tu vida?

—Tengo treinta años. ¿Crees que voy a cambiar a estas alturas?

—Ya te vale. ¿Cuánto te queda?

—Dos minutos de nada.

—Pues date prisa. Los pienso cronometrar —dice antes de colgar y dejar a su hermana con la palabra en la boca.

Detesta la impuntualidad y Ana la tiene bien enraizada. Mientras espera, observa al hombre apoyado en el capó del Audi Q3 negro aparcado enfrente. Un cincuentón con el pelo rubio, plagado de canas, y una barba incipiente. Viste un abrigo largo del mismo tono gris que asoma en su mirada. Le suena su cara, lo ha visto en los periódicos. Es el condecorado inspector de homicidios Andrés Escudero, un sabueso de criminales.

Desde la distancia aprecia el brillo tembloroso en sus ojos verdes, hasta que finalmente se le escapan las lágrimas. El hombre se seca

el rostro con la manga del abrigo y le echa un último vistazo a la puerta de la terminal. En sus pupilas inquietas se vislumbra un ápice de esperanza, una ilusión fugaz que es sepultada bajo un nuevo torbellino de lágrimas. Se sube al Audi, arranca el motor y se incorpora al carril que conduce a la autopista.

El hueco que deja libre lo ocupa el nuevo Golf rojo de su hermana.

—¡Ya estoy aquí! —grita Ana mientras pega tres bocinazos.

—Dos minutos de nada, ¿no? —murmura Cynthia en lo que consulta el reloj.

Se ha retrasado once minutos.

Observa cómo Ana se apea del coche y corre hacia ella con su coleta negra extralarga y esa sonrisa que envidiará toda la vida. Ambas llevaron ortodoncia durante el mismo tiempo y a la vez, pero mientras Ana luce una hilera de dientes perfectos, su despiste con el retenedor por las noches posibilitó que sus paletas retornaran a su posición inicial: solapadas.

Ana la saluda con dos besos y un abrazo.

—No sabes lo que me alegra que estés aquí. ¿Hasta cuándo te quedas?

—En el banco me debían tres semanas de vacaciones, pero no pienso quedarme aquí todo el tiempo. Desde que mamá esté mejor, me largo. ¿Cómo anda? —pregunta de camino al Golf.

—Sigue encerrada en sí misma. No hay quien la saque de la cama. Parece un alma en pena. Solo abre la boca para llorar.

Ana la ayuda a introducir el equipaje en el maletero.

—¿Pero qué trajiste aquí? ¿Un muerto?

—Al taxista que me llevó al aeropuerto. Me lo cargué por impuntual —enfatiza Cynthia guiñándole un ojo.

—¡Qué pesada eres con la puntualidad! Tú tardas dos horas en arreglarte y nunca me he quejado.

Cynthia le lanza una mirada escamada; Ana la observa de soslayo con una sonrisa ladeada. Es ella la que se pega media vida en el vestidor, probándose mil prendas a última hora y maquillándose como la difunta Carmen de Mairena. Suelen quedar para cenar a

solas cuando visita a su madre y Ana siempre la hace esperar una hora como mínimo.

Cynthia menea la cabeza y su hermana suelta una carcajada. Se suben al coche y se incorporan al tráfico.

—¿Ni siquiera Iker ha podido animar a mamá? —pregunta Cynthia.

—Nuestro hermano lo lleva peor que ella. Otro que también se ha olvidado de comer y que piensa que el aire que respira es nutritivo.

—¿Por qué se marcharía papá? ¿Qué habrá pasado entre él y mamá? No me lo esperaba para nada.

—Yo tampoco. Los visitaba varias veces a la semana y se les veía como siempre, con sus bromas y sus piques. Papá diciéndole a mamá que tenía el culo gordo y ella replicándole que él estaba calvo como un huevo.

—¿Cuándo fue la última vez que los viste juntos?

—El lunes de la semana pasada, el mismo día que papá se marchó.

—¿Y no notaste nada?

—He repasado esa escena miles de veces y no hay nada fuera de lo normal, incluso papá me dijo que no hiciera planes para el sábado porque era su aniversario de boda y pensaban organizar una barbacoa.

—Lo sé, me mandó un wasap para preguntarme si vendría. ¿Alguien ha sabido de él?

Ana niega con la cabeza.

—Su móvil sigue apagado. Dejó el trabajo sin avisar y ninguno de sus amigos sabe nada. Me pasé ayer por el bar donde se reunían por las tardes y me dijeron que, la última vez que lo vieron, se comportaba como siempre: charlatán y con sus bromas pesadas.

—¿Dónde estará?

—Eso me pregunto yo. Me duele que nos sacase de su vida como si nada. ¿De qué va? Somos su familia, nos merecemos una explicación.

—Puede que lo esté pasando mal y evite preocuparnos.

—¿Y desapareciendo no lo hizo? —protesta Ana.

—Ya sabes cómo es papá.

—No, no lo sé. Su actitud me tiene desconcertada. Ya no sé qué pensar…

—Papá siempre ha sido despegado, Ana. Es su forma de ser y tenemos que respetarla. Cada cual es como es.

—Despegado pero presente. Siempre estuvo ahí cada vez que lo necesitábamos. ¿Es que a ti no te duele?

—Pues claro que me duele, pero estoy segura de que papá solo necesita tiempo. Dará señales de vida cualquier día de estos.

—Eso espero. Lo echo de menos. La casa no es la misma sin él… y mamá tampoco. Me da mucha pena. A su edad y después de tantos años juntos, no sé cómo lo va a superar. Papá es su vida.

—Espero que se trate de un simple berrinche por algo que sucedió ese día y que papá acabe volviendo.

—Pues ese algo tuvo que ser bastante fuerte como para que decidiera coger la maleta y salir por patas.

Guardan silencio durante el resto del trayecto. En sus mentes reverbera la misma pregunta que llevan haciéndose desde que se enteraron de que su padre se había marchado.

¿Qué sucedió esa noche para que decidiera acabar con todo y desaparecer?

3
Carlos

Carlos observa a la mujer morena del abrigo rojo que estaba sentada en su fila en el avión. «Una creída maleducada bastante atractiva», se dice antes de introducirse en el taxi. Escruta el interior del habitáculo en lo que toma asiento. Está impoluto, pero su olfato no lo engaña y el nerviosismo con el que el taxista se apresura a bajar las ventanillas le confirma que se acaba de tragar un pedo que ganaría la medalla de oro en las Olimpiadas de flatulencias sedativas.

—Lo siento —se disculpa el taxista mientras observa el semblante asqueado de Carlos por el espejo retrovisor—. Estoy malo de la barriga.

—No hace falta que lo jure. Podría haberme avisado antes de entrar. Me lo comí entero —se queja Carlos mientras saca la cabeza por la ventanilla.

—Pensé que ya no olía…

—¿Cree que pueda aguantar el viaje con el culo prieto o cojo otro taxi?

—No hay problema —titubea el hombre abochornado en lo que enciende el motor.

—¿Seguro? Tiene mala cara. Debería irse a casa.

—Los autónomos no podemos cogernos un día libre por una simple cagalera, y menos si tu hija ha vuelto a casa con su novio y su bebé de seis meses y debes mantenerlos. Mi mujer trabaja por horas limpiando escaleras. No puedo permitirme estar malo.

—Los autónomos sois los grandes olvidados del sistema. Solo se acuerdan de vosotros para exprimiros a impuestos. Hagamos un trato. Si logra mantener las nalgas cerradas y no llego atufado a mi

destino, le daré una propina de veinte euros. Son menos de diez minutos de viaje. ¿Aguantará?

—Hecho.

Lo primero que hace Carlos, tras indicarle la dirección al taxista, es encender el móvil y llamar a su hermana Belinda. Sus esperanzas de hablar con ella son nulas y, en efecto, lo recibe el buzón de voz.

En cuanto cuelga, su teléfono empieza a sonar.

—Hola, mamá.

—¿Ya aterrizaste?

—Voy de camino. Estoy en el taxi.

—Te dije que me avisases cuando llegaras para ir a buscarte.

«Casi que prefiero el viaje apestoso. Es menos saludable, pero más seguro; al menos no iré con los cojones de corbata».

—¿Cuánto hace que no conduces?

—Desde la última vez que viniste.

—Hace casi dos meses y esa era la cuarta vez que cogías el coche en lo que va de año, el cuarto abollón.

—Es que ahora hacen las calles demasiado estrechas y la gente no sabe aparcar. Dejan el coche en cualquier parte. No puedo ir esquivando todo el rato. No tengo ocho ojos.

—Va a ser eso, sí…

Discutir con su madre es una batalla perdida de antemano. Es una experta en darle la vuelta a la tortilla y convertirla en un revuelto en el que, si te descuidas, acabas dándole la razón y hasta disculpándote con tal de que se calle.

—¿Y por dónde vas?

Carlos echa un vistazo por la ventanilla.

—Por la plaza de España. En unos minutos estoy ahí.

—¿Sabes algo de Belinda?

—Su móvil sigue apagado.

—Lo sé. Llevo llamándola todo el día. Tenía la esperanza de que se hubiera puesto en contacto contigo. Siempre acude a ti cuando tiene un problema.

Y así solía ser. Estaban muy unidos desde pequeños. Carlos tiene cuatro años más que ella, cumplió los treinta y cinco en febrero; tienen distinto padre y ambos crecieron sin ellos. El de Carlos salió a

escape cuando se enteró de que su madre estaba embarazada, mientras que el de Belinda murió de un ictus dos meses antes de su nacimiento.

Su madre era pluriempleada y no podía ocuparse sola de ellos, por lo que se criaron con sus abuelos en las montañas, donde eran los únicos niños. Entre semana, su abuelo los llevaba al colegio en su vieja camioneta roja. Estaba situado en un pueblo vecino del que lo separaban unos veinte kilómetros, pero con la tartana del abuelo tardaban casi una hora. Carlos y Belinda habían hecho sus cábalas y calculaban que llegarían antes en una bicicleta con la rueda desinflada.

Las tardes de los lunes y los miércoles se entretenían con las muñecas de Belinda, y los martes y jueves, con el ejército de indios y soldados de Carlos. Los viernes se internaban en el bosque para jugar al escondite bajo la atenta mirada de su abuelo, que los vigilaba sentado bajo el cobijo de un árbol mientras llenaba su pipa de tabaco.

Su madre los visitaba los sábados y solían pasar el día en el jardín, asando chuletillas de cordero y chorizos en la barbacoa, mientras el abuelo ponía a su madre al corriente de las gamberradas orquestadas por «los granujas», como se refería a ellos. Terminaban el festín con la exquisita tarta de queso y mermelada de fresa de la abuela.

Por la noche, después de leerles un capítulo de *Pinocho*, su madre los arropaba en la cama y se quedaba unos minutos observándolos desde la puerta. Ellos se hacían los dormidos y, cuando oían los pasos alejarse por el pasillo, él bajaba la litera y se acomodaba con su hermana en la cama inferior, donde se pasaban horas recapitulando las aventuras del día y planeando una nueva trastada. Se divertían escondiéndole el tabaco de liar al abuelo y la dentadura a la abuela, de la que se reían cariñosamente cuando los regañaba desdentada.

Volvieron a la ciudad con su madre el mismo año que se matricularon en el instituto. Asistían a clases diferentes, pero congeniaron con el mismo grupo de amistades y, aunque a veces salían por separado, la complicidad entre ellos no se vio afectada.

Después de cenar solían sentarse en la terraza a contemplar las estrellas. Envueltos en una manta, se contaban sus confidencias y se aconsejaban sobre amores, aunque al final cada uno hiciera lo que le daba la gana. Ella nunca le recriminaba cuando él se equivocaba, mientras que él solía recibirla con un abrazo protector y un «te lo dije», expresión que iniciaba un tira y afloja hasta que él acababa reconociendo que sus consejos no equivalían a órdenes y que solo su hermana decidía lo que hacía con su vida.

«Todo pasa por algo», era la frase a la que recurría para animarla. Una simpleza, pero todos tiramos de ella en algún momento de nuestras vidas, cuando estamos recomponiendo nuestra alma rota.

Su relación cambió cuando empezó a estudiar en la universidad. Esta vez, Belinda no lo acompañó. Conoció a Demetrio y se negó a separarse de él. En aquel entonces, su novio ya trabajaba en la cafetería familiar y le consiguió un puesto de camarera. Se casaron tres años más tarde y, tras la jubilación de sus suegros, llevaban juntos el negocio.

Eran felices o al menos eso pensaba, porque a la vista de los acontecimientos, no podía estar más equivocado. Desde su divorcio se había distanciado del mundo, incluso de su hermana, hasta el punto de que lo cogió por sorpresa la noticia de su ruptura y su partida repentina.

¿Se trataba de una reacción impulsiva o de una decisión meditada? Conociéndola, apostaba a que llevaba meses dándole vueltas al asunto. Semanas en las que él no le devolvió ninguna de las llamadas ni de los wasaps que le envió y que borró sin ni siquiera leerlos. Puede que lo llamara para que la aconsejara, puede que necesitara su ayuda y él le falló. No estuvo a su lado cuando más falta le hacía.

Reclina la cabeza en el asiento del taxi y cierra los ojos con fuerza.

«Perdóname».

4
El inspector Escudero

El inspector Escudero abandona el aeropuerto entre lágrimas y conduce hasta el Tomás, el *bareto* que frecuenta desde la partida de su esposa. Un local de mala muerte en un barrio periférico asolado por la precariedad y una elevada tasa de desempleo. Aparca su Audi Q3 frente a la puerta y le lanza un euro al gorrilla esquelético y ojeroso que se le acerca con expresión implorante. Allí nadie lo buscará, ninguno reparará en su semblante abatido, que es un espejo de los allí presentes. Nadie se sorprenderá si lo ve sollozar. Allí todos lloran, todos comparten el mismo destino miserable. En ese barrio que el mundo ha olvidado, nadie tiene nada que festejar.

Se sienta en la misma mesa cochambrosa que de costumbre, la única que siempre está vacía, al fondo a la derecha, junto a los aseos, en los que nunca ha entrado, pero en los que tiene la certeza absoluta de que se le caería la polla a pedazos en cuanto se bajase la cremallera. Esa mesa es como un talismán, una máquina del olvido en la que puede desactivar a ratos sus emociones. La peste a vómitos, a mierda y a orín rancio que escupe el lavabo de hombres le impide concentrarse durante más de dos minutos en algo que no sean las náuseas que intenta aturdir a base de alcohol, junto con sus miserias.

Se bebe tres copas de ginebra mientras observa a los clientes de cabellos grasientos, camisetas harapientas y pantalones agujereados que engullen sus bebidas en un silencio pesaroso, con la mirada perdida en sus vasos, mirándolos como si fueran un décimo de lotería, esperanzados de que los tragos intoxiquen sus pensamientos y difuminen sus desgracias solo por un momento, un instante de amnesia. Un minuto en el que la realidad se distorsiona y la tristeza se desinfla. Un suspiro. Un bendito segundo de alivio.

Cuando el tercer borracho camina tambaleándose hasta el baño, su olfato ya ha sobrepasado el límite de pestilencia soportable y decide que es hora de regresar a la soledad de su hogar. Un hogar que ya no es hogar. Desde la partida de Elizabeth solo hay vacío; en la casa se condensa el mismo vacío asfixiante que lo satura por dentro. Está roto y hueco.

Se sienta al volante y consulta la pantalla del móvil. Lo sintió vibrar en el bolsillo del pantalón cuando estaba en el bar, pero lo ignoró. Necesitaba estar un rato a solas con la ginebra y sus pensamientos. Necesitaba emborrachar la pesadumbre que lleva dentro.

¿Qué coño ha pasado en su vida?

Hace una semana lo tenía todo y se ha quedado sin nada. Sin Elizabeth nada tiene sentido. Su mundo ha tornado de colorido a negro.

Las siete llamadas perdidas son del inspector jefe y de la Flaca, la subinspectora de la Brigada, que también le envió varios wasaps.

¿Dónde estás? La reunión está a punto de empezar. Ya estamos todos.

Llevamos media hora esperando. El jefe se sube por las paredes.

¿Vas a venir? Dime algo. Seguimos aquí. Parece que esto va para largo.

Nos vamos. El jefe quiere verte mañana a primera hora en su despacho. Espero que estés bien. Llámame.

Se olvidó por completo de la reunión que el inspector jefe había programado y al día siguiente tendrá que aguantarlo tocándole los huevos con sus sermones insufribles.

«Ni de coña».

Le envía un mensaje a la Flaca diciéndole que la fiebre lo dejó KO y que mañana no acudirá a trabajar. Escribe la posdata en letras

mayúsculas: QUE TE SEA LEVE CON EL GORDINFLÓN TOCAHUEVOS.

Apaga el móvil y emprende la marcha de regreso a su domicilio. Hace una parada en un local de comida rápida que divisa mientras está atrapado en un atasco. Devora una hamburguesa con doble de beicon y patatas fritas sentado frente a la cristalera, con la vista perdida en los paseantes que circulan por la calle. Se fija en las parejas que caminan felices, con las manos entrelazadas; envidiándolas, maldiciéndolas.

«El amor revitaliza, pero también mata».

Conduce despacio hasta su casa, a la velocidad mínima, como si el coche estuviera en reserva y tuviera que ahorrar hasta el último decilitro de gasolina. Antes se moría por llegar, rebasaba los límites de velocidad y se saltaba dos de cada tres semáforos en ámbar, ahora procura retrasar al máximo ese momento.

Sabe lo que sucederá después.

La ausencia de Elizabeth lo recibirá como una patada en toda la cara. Ya no huele a comida casera, sino a basura precocinada. Las canciones que tarareaba su esposa mientras preparaba la cena han sido sustituidas por un silencio despedazador. El ambiente actual de su hogar le resulta insoportable. Daría lo que fuera por abrir la puerta y encontrarse a Elizabeth ataviada con el delantal, regañándolo por no avisarla de que llegaba tarde.

Recuerda el último sermón, ese puto día que marcó el final de su matrimonio.

Esa maldita llamada a media noche que sentenció su destino.

Perdió a Elizabeth dos días después.

5
Cynthia

Ana detiene el Golf frente al domicilio de sus padres. Cynthia observa la fachada blanca apagada, las flores mustias y la puerta de madera de la valla, abierta, esperando por alguien que nunca volverá.

—Nos vemos mañana —se despide Ana.

—¿No bajas?

—Josué me está esperando para cenar.

—¿Tu marido todavía no ha aprendido a freírse un huevo?

—No empieces… He pasado más tiempo aquí que en mi casa desde que se fue papá. Necesito descansar.

—Ya… —refunfuña Cynthia.

—Vendré por la mañana y me quedaré a almorzar. Así me pones al día sobre tu vida.

«Estoy yo para hablar de mí… Lo que menos me apetece es pensar en mi desastre de vida ahora mismo».

—No tengo mucho que contar…

—¿Y qué me dices del viaje a Grecia? Josué me prometió que este año iremos de vacaciones y se le ha antojado hacer un crucero por las Islas Griegas.

Las Islas Griegas, la primera de las mentiras que Cynthia le contó a su familia cuando le preguntaban por su marido Jorge.

—¿Tienes fotos del viaje? —se interesa Ana.

—Creo que las descargué en el ordenador y las borré del móvil para ahorrar espacio —miente.

Ese viaje nunca existió. Fue la primera excusa que se le ocurrió cuando su hermano Iker le preguntó si asistiría a su cumpleaños. En las últimas visitas acudió sola y su familia comenzó a extrañarse de

que Jorge trabajara tantos fines de semana siendo el dueño del periódico.

«Tiene que supervisar el trabajo de sus empleados antes de publicarlo», lo justificaba, hasta que también a ella empezó a atragantársele esa explicación.

Jorge nunca había trabajado los fines de semana en los cinco años que llevaban juntos. Unos meses antes empezó a retrasarse los viernes cada dos o tres semanas, una ausencia que, por último, se había trasladado a todos los fines de semana.

Su intención era asistir al cumpleaños de su hermano, nunca había faltado a las celebraciones familiares, pero la excusa de su marido la hizo replantearse el viaje. Otra vez, el trabajo. De nuevo, esa mirada esquiva en la que no había reparado hasta ese momento. Su marido le ocultaba algo.

Y pensaba averiguarlo.

Cuando la dejó en el aeropuerto el viernes por la tarde, cogió un taxi y lo siguió. Esperó frente al periódico hasta que lo vio salir con sus empleados. Caminaron hasta la terraza de un restaurante cercano y pidieron unas copas y algo de picotear. A Jorge se le veía muy dicharachero con una morena que a ella no le sonaba de nada y que le prestaba toda su atención con una sonrisa inagotable. Sobre las diez de la noche, las sillas se fueron vaciando, hasta que solo quedaron Jorge y la misteriosa morena.

Sus ojos se desintegraron en lágrimas cuando vio que su marido llamaba al camarero y no para pedirle la cuenta, sino una botella de champán.

—¿Piensas quedarte a dormir en el coche? —le pregunta Ana—. Tengo que irme.

Cynthia mira a su hermana con ojos compungidos.

—¿Eres feliz? ¿Te gusta tu vida?

Ana no vacila la respuesta.

—Soy muy feliz. Sé que no es la vida que a ti te gustaría, pero a pesar de que pienses que Josué es un machista redomado que me quiere encerrada en casa, me trata como a una reina y me hace sentir igual de especial que el primer día. Nos compenetramos a la perfección. Cada uno cumple su papel en la relación. Soy ama de

casa por decisión, no por imposición. Josué me ha propuesto un montón de veces que contratemos a alguien para que se ocupe de las tareas domésticas y siempre me he negado. Me gusta cocinarle y tenerle preparado un baño caliente cuando llega por la noche, y él nunca me niega nada. Jamás tiene un mal gesto conmigo y me presta toda la atención del mundo por muy cansado que esté. Es un buen hombre, Cynthia. Tenemos la vida que queremos y que los dos hemos elegido. ¿Y tú eres feliz?

La respuesta es «no». Un «no» rotundo. En mayúsculas. Escrito en letras de neón.

¿Cómo va a ser feliz sabiendo que Jorge tiene una amante? Pero eso no es lo que más le duele, lo que realmente le angustia el alma es ser incapaz de confrontar la situación.

¿A qué tiene miedo?

Su corazón deprimido le susurra la respuesta con un ligero temblor en la voz: «A perder a Jorge».

¿Está preparada para vivir sin él?

—Soy muy feliz —miente.

—Pues cualquiera lo diría. Te ha costado soltarlo.

—Porque ahora mismo lo único que tengo en la cabeza es la separación de papá y mamá.

Ana envuelve la mano de su hermana entre las suyas.

—Soy tu hermana, Cynthia. No estás hablando con una extraña. Hemos crecido juntas; compartimos habitación, chicos e incluso bragas hasta que te fuiste a estudiar a la universidad. Sé cuándo mientes. Se te agrandan los orificios de la nariz y te tiembla el labio superior. A mí no me engañas. Hoy te dejo tranquila, pero mañana nos tomamos un café juntas y me cuentas lo que te pasa.

El dolor termina de despertarse en el interior de Cynthia. El rugido de la herida le pulveriza el pecho. Rompe a llorar y se abraza a su hermana.

—Jorge me está engañando con una morena asquerosa que trabaja en el periódico.

—¿Y por qué no lo dejas?

Cynthia se separa de Ana y se encoge de hombros.

—No lo sé… Supongo que porque lo quiero. Ni siquiera se lo he dicho.

—¿No sabe que lo has descubierto?

—Todavía no me veo con fuerzas para aceptar lo que está pasando.

—¿Cómo puedes vivir así?

Cynthia vuelve a encogerse de hombros.

—Trato de no pensar en ello. Es como si mi mente se negara a aceptar que lo nuestro se acabó. Nuestra relación sigue como siempre, solo que Jorge pasa muchísimas horas fuera de casa y está más cansado de lo habitual. Pero por el resto, no ha cambiado nada, hasta seguimos acostándonos.

Ana la mira apenada. Se olía que el matrimonio de su hermana no andaba bien, pero no pudo sacarle una sola palabra cuando hablaban por teléfono. Cynthia siempre ha sido muy celosa con su vida privada y lo respeta. Pensaba que se trataba de un bache, no se esperaba que el asunto pintara tan mal.

—¿Lo quieres tanto como para perdonarlo?

Cynthia niega con la cabeza y fija la vista en su alianza.

—No lo sé… No sé nada, solo que me duele mucho. Me duele y no sé qué hacer…

Taylor Swift empieza a sonar en el móvil de Ana. Se le iluminan los ojos cuando consulta la pantalla.

—Es Josué —dice antes de atender la llamada.

Cynthia extrae un pañuelo del bolso y se seca las mejillas en lo que escucha a su hermana informando a su marido de que se quedará a dormir en casa de su madre.

Ana cuelga la llamada y la mira entusiasmada.

—¿Te parece si hoy dormimos juntas, como en los viejos tiempos?

—Me encantaría, pero no quiero que Josué me coja manía. ¿Se molestó?

—La que le tienes manía eres tú; siempre lo andas prejuzgando. ¿Por qué iba a molestarse? Sois mi familia y sabe que no estamos pasando por un buen momento. Hasta se ofreció a traerme el pijama y el cepillo de dientes.

—Vaya con el cuñado…

—Ya te dije que es un amor. Nunca le has dado una oportunidad. No somos como tú, pero somos felices a nuestra manera.

—Pues eso es lo que importa. Si sois felices y os entendéis, no tengo nada que objetar, más que pedirte disculpas por la caña que te he dado siempre. He querido para ti al príncipe que buscaba para mí.

«Y menos mal que no me hiciste caso, porque el mío se ha convertido en un sapo asqueroso».

—Eres mi hermana y te conozco, siempre has sido una marimandona, nunca te lo he tenido en cuenta; y Josué es bastante inmune a las críticas y a los comentarios sarcásticos, pero sí que te pido que, de ahora en adelante, te relajes un poco con él. Es mi marido y me duele.

—Dalo por hecho. Sé reconocer cuándo me equivoco. Si te parece, antes de irme, podemos ir a comer los tres. Invito yo.

Ana la mira asombrada.

—¿Me lo pones por escrito?

—¿Cuándo he faltado a mi palabra?

—Siempre. ¿Te recuerdo las veces que me castigó mamá porque te chivabas cuando Iker y yo nos peleábamos?

—Es que eras una abusadora… Con lo esmirriado que era, el pobre.

—¿Y no me las devolvió cuando pegó el estirón? Eran cosas de niños; nosotros nos entendíamos. Me prometías que no se lo dirías a mamá y siempre acababas chivándote.

—Hablando de chivarse, no cuentes nada de mi situación con Jorge. Bastante tiene mamá con lo suyo como para, encima, preocuparla con mis problemas.

—Será nuestro secreto.

Uno de los tantos secretos ocultos en la familia. Un puñado de secretos que saldrán a la luz para oscurecer sus vidas.

El ataúd de los silencios está a punto de ser desenterrado.

6
Carlos

Carlos distingue la silueta voluminosa de su madre entre la maraña de plantas trepadoras que visten el porche de entrada. Cabello negro recogido en un moño, vestido negro, medias tupidas negras y zapatos negros. Lleva su inseparable bata verde y una máscara de tristeza adherida al rostro.

Paga al taxista pedorro mientras le desea que se mejore, se cuelga al hombro la bolsa de viaje y se dirige al encuentro de su madre. Lo recibe con los brazos abiertos y los ojos encharcados de lágrimas.

—Gracias por venir —solloza mientras se abrazan—. Ya no sé qué hacer, voy a volverme loca.

—No te preocupes por nada. Verás que Belinda llama en un par de días. Lo más probable es que esté en casa de alguna amiga.

—Las he llamado a todas y ninguna sabe nada.

—Estará con alguna que no conoces.

—Las conozco a todas, Carlos.

—Puede que la conociera hace poco y que no te hablara de ella.

Su madre lo mira pensativa.

—Ojalá tengas razón —dice esperanzada—. ¿Tienes hambre? Te preparé tu comida favorita.

El aroma a pollo al ajillo araña sus fosas nasales en cuanto entran en la casa. Carlos se dirige a su antigua habitación en lo que su madre sirve la cena. Deja la bolsa sobre la cama y se reúne con ella en la cocina. No tiene apetito; él también está preocupado por su hermana, pero lo oculta para no acrecentar la inquietud de su madre.

—¿Y cómo anda Marta? —le pregunta su madre en lo que sirve la cena.

Desconoce que lo dejó hace meses y que firmaron los papeles del divorcio unas semanas antes. Carlos todavía no está preparado para sincerarse con ella; no ha asimilado que su matrimonio terminó y que es un hombre divorciado.

—Como siempre, liada con el trabajo. Están llevando a cabo una serie de reestructuraciones en el hotel y no ha podido venir.

—Pensé que me habías dicho que había dejado el hotel.

Y así fue. Marta dimitió de su puesto como directora el mismo día que rompió con él. Llevaba meses madurando la idea de empezar de cero en otro lugar y, al final, se decidió a dar el paso. La ruptura lo cogió desprevenido. No se lo esperaba, no le había dado importancia a la actitud apática que la acompañaba desde hacía un tiempo. No supo interpretar las dudas que asomaban a sus ojos, las inseguridades que la atormentaban. No se dio cuenta de que, cuando la sorprendía mirándolo ensimismada, estaba preguntándose si era el hombre de su vida.

Ya no.

Andaba tan absorto en el trabajo que se olvidó de cuidar de su matrimonio y cuando quiso rectificar, la decisión ya estaba tomada. Marta se había cansado de esperar una atención que nunca llegaba. Se había desenamorado y la culpa era solo suya. No respondía a las atenciones de su esposa y se despreocupó de sus necesidades. Descuidó la relación. Dejó morir el amor.

—Su jefe la llamó y la convenció para que volviera. Me dio recuerdos para ti.

—Es un encanto. Me alegra que al menos tu matrimonio vaya bien. Belinda nunca me contó que tuviera problemas con Demetrio. ¿Tú sabías algo? Dime la verdad.

Carlos niega con la cabeza.

—No tenía ni idea.

Porque no se interesó. Está seguro de que la última llamada que recibió de su hermana era para desahogarse. Recuerda ese día. Otro día negro en el que había estado atosigando a su exmujer hasta que consiguió hablar con ella sobre las once de la noche.

—¡Menos mal que te dignas a coger el móvil! —le reprochó en cuanto descolgó.

—Ya no estamos casados. No tengo que darte explicaciones y tampoco deberías llamarme todos los días —le recriminó con la voz fatigada.

—Solo te llamaba para saber si llegaste bien —se excusó en un tono amistoso.

Marta tenía razón y evitaba darle motivos para que se alejara todavía más de él. La notaba tan lejana, tan extraña.

—Me acabo de instalar en la casa. El barrio parece tranquilo. Veo el mar desde el dormitorio.

Su exmujer siempre soñó con vivir cerca de la costa. Se había criado en un pueblo pesquero y añoraba el olor del agua salada. Le pidió miles de veces que se mudaran a algún lugar cercano a la playa, pero él ignoró sus deseos. Se comportó como el hombre perfecto hasta que contrajeron matrimonio. Después se centró en conseguir su ansiado ascenso y perseveró hasta que logró un puesto de ejecutivo en un conocido fondo de inversión. Se empeñó en satisfacer sus ambiciones y se olvidó de las de Marta.

Y ella las cumplió sin él.

—¿Puedo ir a visitarte uno de estos días? —le preguntó en un tono suplicante.

Un silencio prolongado lo hizo presagiar la negativa que vendría después.

—Has tenido casi diez años para hacer planes conmigo. Ahora es demasiado tarde.

—Déjame intentarlo una última vez. Fuimos felices juntos, podemos volver a serlo.

—Fuimos felices los primeros años, después fue la costumbre la que nos mantuvo unidos. No podemos vivir de los recuerdos.

—Podemos vernos sin compromiso, sin hacer planes, como cuando estábamos conociéndonos. He cambiado. Probemos a ver qué pasa. Te lo pido por favor, no quiero perderte.

—Ya me has perdido, Carlos. Te esperé demasiado tiempo, no quiero desperdiciar más en una relación que sé que no va a funcionar. Estaremos bien al principio, pero después todo volverá a ser igual.

—Te prometo que no. Te juro por mi vida que serás mi única prioridad. Déjame ir a verte solo una vez y lo hablamos en persona.

La voz de Marta sonó tajante.

—No, Carlos, se acabó. Y tampoco creo que sea bueno para ninguno de los dos que mantengamos contacto.

—¡¿No quieres que te llame más?!

Su exmujer le respondió con un silencio que le rajó el alma.

—No puedes hacerme esto, Marta.

—Es lo mejor. Lo siento.

El sollozo que acompañó la última frase fue ahogado por el sonido intermitente de la línea señalando el final de la llamada. La pantalla desapareció ante sus ojos bajo un chubasco de lágrimas.

Cuando el teléfono sonó segundos después, respondió sobre la marcha, sin percatarse de que la autora no era Marta.

—Pensé que se te había perdido el móvil —le reprochó su hermana Belinda.

—Estoy hasta arriba de trabajo —mintió tras tragarse la angustia e intentar aparentar calma—. Lo tengo en silencio.

—Eso lo entiendo, pero al menos podrías devolverme las llamadas o responderme los wasaps.

—Lo siento, estoy ocupadísimo. Ya sabes cómo son los empresarios: disponen del tiempo de uno como si fuera suyo. De hecho, me pillas en medio de un informe que tengo que presentar mañana a primera hora y voy por la mitad —volvió a mentir—. Te tengo que dejar.

—¿Cuándo vienes?

—No lo sé. Supongo que pronto.

Tercera mentira. No quería ver a nadie. Solo deseaba estar a solas con su desgracia.

—Llámame luego, porfi. Tengo que contarte algo.

—¿Mamá está bien?

—Como siempre. Se trata de…

—Entonces, te llamo luego. Ahora no puedo hablar.

No le apetecía escuchar lo que fuera que le quería contar. Necesitaba llorar. La conversación con Marta lo había dejado

devastado. Antes de colgar, oyó la voz lejana y apagada de su hermana: «Demetrio».

Quería hablarle de su marido.

Los remordimientos infestan su conciencia como un virus letal. Puede que si la hubiera llamado, Belinda no habría desaparecido.

«¿Dónde estás?».

7
El inspector Escudero

El inspector Escudero aguarda a que se abra la puerta del garaje e introduce su vehículo. Se apea del Audi y observa el Chrysler negro aparcado al lado.

—Bonito carro —escucha a su espalda.

Reconoce la voz: la Flaca. Distinguiría el tono estridente de la subinspectora entre un millón de voces. Está apoyada en el marco de la puerta. Viste los mismos vaqueros ajustados y la misma camiseta blanca ceñida que por la mañana, pero ha sustituido la rebeca azul por un abrigo negro desgastado. Su media melena rubia luce alborotada y su semblante, fatigado. Deduce que la reunión con el inspector jefe consistió en una balacera de rapapolvos a diestro y siniestro. En su ausencia, la subinspectora recibiría su generosa parte.

—Es de mi esposa —miente.

La verdad supondría su perdición.

—Pues tiene buen gusto para los coches. La única pega que le pongo es ese rosario hortera que cuelga del retrovisor. Nadie podrá salvarnos cuando nos llegue la hora.

En eso tiene razón; lo está sufriendo en sus propias carnes. Al contrario que la Flaca, él es creyente, pero también consciente de que ni siquiera Dios podrá liberarlo de las demoledoras consecuencias de sus actos. Nunca logrará silenciar los remordimientos que parasitan su conciencia. Jamás podrá reconciliarse con su alma.

—La matrícula es un poco siniestra, ¿no?: 3666. Seguro que se lo regalaste tú. Te pega.

El inspector la mira receloso.

—¿Qué haces aquí, Flaca? ¿Vienes a darme el coñazo porque te comiste tu rapapolvo y el mío?

—El Gordinflón me tiene manía porque es un machista, pero no he venido por eso. Sus sermones me los paso por el coño. Estoy preocupada por ti. Veo que se te ha pasado la fiebre —le recrimina en un tono amistoso.

El inspector le hace un gesto con la cabeza para que se aleje de la puerta antes de presionar el botón de cierre.

—Vengo de la farmacia —se excusa.

—¿Y no diste con la que estaba de guardia? —pregunta la subinspectora en lo que observa con descaro las manos vacías de su jefe, que la mira resignado.

—¿Qué quieres?

—Saber cómo estás —dice mientras estudia su expresión derrotada—. Llevas unos días irreconocible. Es la primera vez en los cinco años que llevo trabajando contigo que faltas a una reunión.

—Porque es la primera vez que me tumba la fiebre. Ya tengo una edad…

—Tengo treinta y dos años. Yo tampoco soy una chiquilla, así que te pido que no me trates como a una. Estoy aquí como una amiga, no como compañera. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste en la puerta de mi casa hace seis meses? —pregunta mientras posa la mano sobre su hombro.

«Cuenta conmigo para lo que sea. Te lo digo como amigo, no como jefe».

Recuerda esas palabras como si fuera ayer. La Flaca dejó a su pareja después de siete años de relación y este se negaba a aceptar la ruptura. La acosaba a llamadas y la perseguía como una sombra cada vez que pisaba la calle. Ella se negó a denunciarlo confiando en que podría controlar la situación.

Una ilusión efímera con resultados desastrosos.

La noche que la Flaca quedó con Roberto, un compañero de trabajo, su expareja los siguió hasta una ladera con vistas panorámicas de la ciudad. Mientras se lo montaban en el interior del coche, su exnovio irrumpió en la escena y reventó el parabrisas con

el mismo bate de béisbol con el que golpeó a Roberto cuando se bajó del vehículo y lo enfrentó.

El apaleado acabó ingresado en el hospital, donde lo habría acompañado la Flaca de no ser por una patrulla que vigilaba la zona y que consiguió neutralizar al agresor antes de que se abalanzara sobre ella.

Su expareja fue acusada de un delito de lesiones y condenada a pagarle una indemnización al compañero y ligue de la Flaca, pero se declaró insolvente y merodeaba por las calles con total impunidad. Una orden de alejamiento le prohibía acercarse a ella a menos de quinientos metros, una medida que no la alivió. Su exnovio había conseguido amedrentarla. Se había asegurado de que entendiera que el día que quisiera, acabaría con ella. Y vivía con ese tormento cada día, con el temor de que cada nuevo amanecer fuera el último de su existencia.

Qué incongruencia. Era policía y tenía miedo. Había visto decenas de cuerpos, en posiciones imposibles, que habían sido arrojados por el balcón o la ventana. Rostros amoratados. Ojos muertos en los que el pánico había quedado inmortalizado. Cabezas reventadas contra el suelo, a golpes, a martillazos. Torsos apuñalados. Mujeres asesinadas por sus parejas o sus ex. Estaban indefensas ante ellos. Desprotegidas. Ella también. Se sentía como un frágil cervatillo frente a un león hambriento. Vulnerable. Desvalida.

El inspector Escudero fue su máximo apoyo en esa época tormentosa. Rescataba sus palabras reconfortantes cada vez que sus pensamientos derrotistas la avasallaban.

«Los buenos somos más».

—¿Te apetece una ginebra? —le pregunta el inspector.

—Pues sí. Creo haber leído que es buena para bajar la fiebre —matiza con ironía.

—Te estás jugando hacer horas extra el fin de semana, así que mejor estate calladita.

La Flaca se espachurra los labios con los dedos de una mano y levanta el dedo pulgar de la otra.

—Así me gusta —dice el inspector.

Caminan en silencio hasta la entrada de la vivienda.

—¿Tu mujer no está? —pregunta la Flaca cuando su jefe abre la puerta y los recibe la oscuridad silenciosa que reina en la casa.

El inspector Escudero traga saliva y niega con la cabeza, cabizbajo, y la Flaca interpreta de inmediato su conducta atípica durante la última semana. Esas contestaciones bruscas, su actitud distraída y sus ojos vacíos.

El dichoso amor y sus embestidas; a veces, simples rasguños, otras profundizan hasta las entrañas del alma. La del inspector parece pertenecer al segundo tipo. Una cornada mortífera, de esas que nunca llegan a cicatrizar y que, de vez en cuando, supuran recuerdos oxidados que corroen las venas, inyectándole al corazón una sobredosis de angustia.

Según tenía entendido, el matrimonio de su jefe funcionaba sin altibajos. Las discusiones estúpidas habían quedado en los primeros años de relación. Pese a que el inspector era bastante discreto con su vida personal, mostraba una ternura especial cuando mencionaba a Elizabeth.

«Ya verás la que me cae encima cuando llegue a casa. Hoy duermo en el sofá», decía sonriendo cuando se percataba de la hora y de que no había avisado a su mujer de que llegaría tarde.

Sus ojos resplandecían de amor cada vez que la nombraba. El tono de su voz se dulcificaba y su característico semblante ceñudo se suavizaba. Era un hombre distinto cuando hablaba de «la Fiera», como la llamaba cariñosamente.

La Flaca sentía envidia sana por el matrimonio de su jefe. Anhelaba una relación similar. Tierna, sin celos, sin secretos. Amor incondicional. Un «para siempre» verdadero.

Ella había tenido varias parejas a lo largo de su vida. Relaciones tóxicas e inmaduras en las que abundaban los celos, las discusiones y las faltas de respeto. Fue saltando de un novio a otro hasta que llegó Óscar y le brindó otra clase de amor. Aparte de pareja, también eran amigos; los mejores amigos. Compartían aficiones y la misma forma de ver la vida. Juntos se divertían como niños. Pensaba que por fin había encontrado al amor de su vida, pero se volvió a equivocar.

El carácter calmo de su pareja se fue agriando con el paso del tiempo. Detestaba su trabajo y acabó descargando su frustración con ella. La hacía sentirse cada día más pequeña, golpeó su autoestima sin piedad. Las riñas se convirtieron en peleas a gritos, sembradas de insultos y con lanzamiento de objetos contra las paredes y el suelo.

Y el día que la desafió a medio palmo del rostro, con el semblante endemoniado, supo que había llegado el final.

Nunca en la vida había sentido tanto miedo. El hombre al que amaba, la aterrorizaba. Los ojos inyectados de rabia de Óscar le aseguraban a gritos que, en un futuro, acabaría siendo una mujer maltratada. Y ese día aprendió que se puede abandonar estando enamorada.

Le había pasado a ella y ahora lo estaba experimentando el matrimonio irrompible de su jefe. Sabía que se amaban hasta el infinito. Se había sentado frente a ellos en la cena de Navidad que organizó la Brigada y el amor con el que se miraban era tan visible como la luna en la noche negra, como el sol en un día azul. Tan real como la vida y, como la vida misma, mortal.

¿Qué demonios pasó para que ese amor se derrumbara?

Sigue al inspector a través del vestíbulo. Las paredes desprenden un olor penetrante a tristeza, a soledad. En la cocina destaca una pila de platos en el fregadero y una hilera de vasos y tazas sobre la encimera blanca, en la que resaltan varias manchas oscuras y pegotes de lo que parece mermelada de fresa. La montaña de envases que rebosa del cubo de basura sugiere que su jefe se ha pasado unos cuantos días a base de comida china.

El inspector sirve la bebida y se sientan alrededor de la mesa, que tampoco escatima en salpicaduras de salsa de tomate y migajas de pan.

—¿Hace mucho que se fue? —le pregunta la Flaca tras el primer trago.

—El miércoles pasado.

—¿Es la primera vez que se va?

Él asiente mientras pierde la vista en el líquido transparente que contonea en el vaso.

—¿Qué pasó?

—Que la cagué.

La Flaca interpreta la respuesta escueta de su jefe, el silencio posterior y su mirada esquiva. Evita hablar del tema. Ella insiste. Para poder ayudarlo, necesita saber.

—¿Y tiene solución?

El inspector le da un trago largo a la ginebra. Se reclina en la silla, estira las piernas, cruza los pies y fija la vista en la lámpara acampanada que cuelga del techo. Coge aire y lo suelta en un suspiro impregnado de pesadumbre y resignación.

—La traicioné. Cometí un error y destruí la confianza que me tenía —responde sin apartar los ojos de la superficie acerada de la lámpara, que empieza a temblar bajo su mirada empañada.

—La recuperarás —lo consuela—. Son muchos años de matrimonio para echarlos a perder por un simple error.

Su jefe apura el vaso de un trago y la mira con los ojos de un niño al que le acaban de quitar la piruleta.

—Te equivocas —le rebate convencido.

Un simple error basta para tirar por la borda toda una vida. Un único fallo puede resultar crucial.

Lo sabe por experiencia.

El alma se le desangra de pena.

8
Cynthia

Mientras su hermana Ana le lleva la maleta al dormitorio que compartían cuando residían en el domicilio familiar, Cynthia se dirige al de su madre. Toca en la puerta antes de entrar. Un ambiente enrarecido la golpea de lleno en cuanto cruza el umbral. Huele a derrota, a esa tristeza pegajosa que desprenden las personas cuando tienen el alma en jirones, cuando bañarse no entra en sus planes y la única alternativa viable es dejarse morir en la cama. Sin hambre, sin ganas de nada, con un ansia irrefrenable de llorar los recuerdos hasta agotar la última lágrima.

La ventana está cerrada y las cortinas, corridas. Entre las tinieblas que revolotean por la estancia divisa el cuerpo de su madre tumbado en la cama, bocarriba, con los ojos cerrados y las lágrimas deshaciéndose entre sus párpados.

Se le desmigaja el alma. Solo la ha visto llorar en tres ocasiones. Las dos primeras, en el entierro de los abuelos; la tercera, cuando su hermano Iker amenazó con irse de casa una semana después de cumplir los dieciséis años. Su reciente afición a fumar porros en el parque con sus nuevas amistades desembocó en un encontronazo con su padre y acabó sentado en el suelo de un guantazo. Era la primera vez que su padre lo golpeaba, pero no sería la última. Su rebeldía fue disciplinada a base de tortazos.

A Cynthia y a su hermana Ana nunca les puso la mano encima. Era su madre la que, de vez en cuando, les soltaba alguna nalgada o unos cuantos zapatillazos, dependiendo del grado de enfado. Los castigos comprendían días en los que solo veían la calle desde la ventana y en los que tenían prohibido encender la televisión. Ana dedicaba esos encierros a pintar lienzos con castillos medievales, una princesa en la torre y el valeroso príncipe sobre un caballo

blanco. Iker se encerraba en su habitación a escuchar música y Cynthia pasaba esas jornadas en el despacho de su padre. Descalza. En pijama. Sentada en el suelo, sobre la moqueta azul, se sumergía en los libros que copaban las estanterías.

Le apasionaba la historia y las novelas de aventura de Alberto Vázquez-Figueroa, hasta que llegó al estante que contenía los libros de suspense y las novelas policiacas y se enganchó al misterio de las tramas de Agatha Christie, Dashiell Hammett y Raymond Chandler.

Y así se fue inyectando la literatura en las venas. Escribió cientos de cuentos con su padre. Historias de amor con finales felices. *Thrillers* en los que el asesino siempre era detenido. Reinventaba la historia en cada línea y en cada página plasmaba un pedacito de ella.

—¿Estás dormida? —susurra Cynthia.

Su madre abre los ojos y la mira sorprendida.

—Pensaba que era Ana. ¿Qué haces aquí? —pregunta mientras presiona el interruptor de la luz situado junto a la cama.

Cynthia se impresiona cuando el rostro humedecido de su madre emerge de las sombras. A través de sus ojos derrumbados puede ver su alma llena de lágrimas.

—Ana me contó lo de papá. No he podido venir antes. ¿Por qué no me llamaste? —pregunta mientras avanza hacia ella.

Su madre se endereza en la cama y se encoge de hombros.

—¿Para qué? ¿Qué podías hacer?

—Para estar a tu lado, mamá. —Se sienta en la cama y le coge la mano—. ¿Cómo estás?

Su progenitora frunce los labios y la mira con los ojos abarrotados de dolor.

—Mal, pero lo superaré. Si no pudo conmigo el cáncer, no me matará el amor.

Cynthia le dedica una mirada compasiva.

—Esa es la actitud, pero no parece que la tengas muy interiorizada —dice mientras trata de poner orden en el pelo corto, rizado y desgreñado de su madre.

—Para poder sanar, primero hay que llorar. Una vez que me deshaga del dolor que llevo dentro, seguiré adelante —replica en un

tono poco convincente.

Cynthia se compadece de ella.

«Mamá y su armadura de acero. Se hace la fuerte, pero está destrozada».

—¿Qué fue lo que pasó? Se os veía felices. El sábado pasado ibais a celebrar una barbacoa por vuestro aniversario de boda.

—Apariencias. De puertas para fuera, todo era felicidad, pero de puertas para dentro, solo había indiferencia y mucho cansancio. El tiempo y la rutina son implacables, hija. No supe mantener a tu padre enamorado. Dejé que la llama se apagara. No pude retenerlo a mi lado.

—¿Por qué te castigas así? Una relación es cosa de dos.

Su madre la mira con los ojos rotos, sin vida, sin alma.

—Porque cuando tu marido te deja por otra, siempre acabas echándote todas las culpas.

Cynthia siente como si le arrearan tres bofetadas seguidas.

—¿Papá tenía una amante?

Su madre asiente con la cabeza. Un puñado de lágrimas le surcan el rostro y se estrellan contra la sábana.

—Lo sospeché la primera vez que llegó de madrugada. Apestaba a otra mujer. Todavía puedo olerla. Al principio la olía solo los fines de semana, luego también entre semana, hasta que ese olor hediondo se quedó pegado a su piel y ya siempre olía a ella. Nunca le dije nada, nunca le reproché nada —admite entre sollozos.

Cynthia le aprieta la mano y la deja desahogarse.

—Pensaba que se trataba de una aventura, que debía soportarla estoicamente, como el resto de mujeres casadas que se resisten a admitir que su matrimonio ha fracasado. Me negaba a perder a mi familia. Llevo toda mi vida con él, se lo hubiera perdonado todo con tal de que no destruyera la vida que habíamos construido juntos. Nuestro mundo… —murmura con la voz quebrada—. Nuestra familia… Nuestro hogar… Lo hubiera perdonado —reconoce en medio del llanto—. Lo hubiera perdonado… Lo hubiera perdonado…

—Lo siento mucho, mamá —dice Cynthia reprimiendo las lágrimas.

La entiende. Ella también había cerrado los ojos, también perdonó a Jorge, aunque él no lo sepa y ella misma se esté enterando en esos momentos al ver a su madre. No quiere acabar como ella. Marchita. Abatida, con el corazón hirviendo en llagas. Se niega a perder su vida junto a su marido. No quiere que nada cambie, solo que Jorge la elija a ella.

—Le pregunté si le apetecía que invitáramos a algunos vecinos a la barbacoa del sábado y me lo soltó de sopetón. Me dijo que se había enamorado de otra y que ya no me quería. Me lo dejó todo y se llevó lo único que me importaba: él. Yo tengo mi pensión, ¿para qué quiero la casa y el dinero si me falta él? Es el hombre de mi vida. Mi primer amor. Es el padre de mis hijos. No sé vivir sin él.

Cynthia siente que se le quema el alma, ese mismo alma que hubiera metido en el fuego por el matrimonio idílico de sus padres. Los cimientos familiares se derrumban en su cabeza como si fueran de aire. Jamás se hubiera imaginado que su padre tuviera una amante y menos que abandonara a su madre por ella.

¿Quién es esa mujer?

9
Carlos

Después de cenar, Carlos recoge la mesa de comedor mientras su madre friega la losa. Le está pasando un paño húmedo a la superficie cuando lo sobresalta un estrépito procedente de la cocina. Le siguen los chillidos de angustia de su madre.

Corre en su auxilio.

Se la encuentra sentada en el suelo, con la espalda contra los muebles, en medio de los fragmentos de un plato. Sus alaridos y lágrimas se escabullen entre sus manos jabonosas.

Esquiva los añicos esparcidos por las baldosas, se arrodilla junto a ella y la abraza. Su madre termina de romperse aferrada a su pecho.

—Echo de menos a tu hermana —solloza.

Carlos le acaricia el cabello y le da un beso en la frente.

—Ya verás que vuelve pronto —suelta sin terminar de creérselo.

Su madre le había contado que Belinda andaba despistada durante las últimas semanas, pero pensó que estaba agobiada por la cafetería. En el mismo mes se habían ido dos camareras y no les habían encontrado reemplazo. No reparó en que el comportamiento estresado de su hija se debía a su intención de abandonar a su marido.

—Belinda estaba sufriendo en silencio. Es mi hija y no me di cuenta de que estaba desesperada. ¿Cómo no lo vi?

—Porque hizo todo lo posible para que no te enteraras. No quería preocuparte con sus problemas con Demetrio. Por eso tampoco se ha puesto en contacto con nosotros. Llamará cuando esté mejor.

—Pobrecita. Lo está pasando mal y no estoy con ella. Soy su madre. ¿Por qué me hace esto?

—Porque te quiere, mamá —la consuela.

¿Cómo Belinda se ha portado así con su madre? ¿Tanto le cuesta enviar un maldito wasap para decirles que está bien y que necesita estar sola?

Lo peor de todo es que la entiende. Se está comportando como una egoísta, igual que él cuando se separó de Marta. Se lo ocultó a su familia y se recluyó en su mundo de dolor. También ignoró las llamadas de su hermana. También se dejó cegar por el drama. Él también se hundió; todavía anda buscando desesperado un salvavidas al que aferrarse en medio de su tragedia. Los dos tienen el alma desmenuzada. Las separaciones siempre resultan traumáticas, por mucho que sepamos y nos autoconvenzamos de que romper la relación es lo mejor. Hay que suprimir demasiado tiempo, demasiados recuerdos. Hay que enterrar un pedazo de nuestro corazón.

Después de acompañar a su madre al dormitorio y aguardar hasta que el llanto la durmiera, se da una ducha y se mete en la cama. Antes de apagar la luz, llama a su exmujer. Necesita escuchar esa voz dulce y pausada que siempre lo calma. Le responde la voz automatizada del buzón de voz. Sabe que le saltará cada vez que la llame.

Marta lo bloqueó.

Conoce bien su determinación inquebrantable y se lo dejó claro en su última llamada. Sus últimas palabras.

«Es lo mejor. Lo siento».

Se lo merece. Está experimentando su propio desapego. Se está envenenando con su propia medicina. Está sufriendo en sus carnes lo que Marta sintió durante años. No la acompañó en el entierro de su padre, tampoco cuando su madre falleció ocho meses después. La maldita volatilidad de la Bolsa y un cliente neurótico y jodidamente rico eran más importantes que el duelo de su mujer. Priorizó su trabajo, como siempre. Despreció el sufrimiento de Marta. Y ese dolor ahora lo está devorando a él.

«Perdóname, Marta. Perdóname por no estar a la altura. Perdóname por ser un marido de mierda y no saberte querer. Y perdóname tú también, Belinda, por no haberte cogido el móvil y

pasar de tus wasaps. Perdóname por ser un desastre de hermano. Y vuelve pronto a casa, por favor. No te vayas tú también».

Ilusiones imposibles. Voluntades irrealizables. Quimeras. Nada volverá a ser igual.

10
El inspector Escudero

El inspector Escudero acompaña a la Flaca hasta la puerta.

—Gracias por venir. Me siento mucho mejor. Necesitaba desahogarme.

—Tú estuviste a mi lado con lo de mi exnovio, ahora me toca a mí apoyarte. A todos nos golpea la vida en algún momento. ¿Nos vemos mañana?

El inspector desvía la vista hacia el cielo mientras se acaricia los tres pelos de la barba.

—Déjame que me lo piense esta noche.

—Avísame con lo que sea para saber qué le digo al jefe.

—Te mandaré un wasap por la mañana.

—Te advierto que si no vas a trabajar, por la tarde volveré para ver cómo andas.

—No hace falta. No soy un niño pequeño, solo estoy pasando un mal momento.

—Se superan antes en compañía —dice la Flaca mientras desciende los peldaños de la entrada—. Espero que pases buena noche.

—Y tú. Conduce con cuidado.

—Yo tampoco soy una niña pequeña, jefe. No voy a hacer *rallies* de aquí a mi casa.

El inspector la observa mientras se sube en el coche y lo despide con la mano antes de desaparecer calle abajo. Luego vuelve a desviar la vista hacia el cielo. El silencio y las nubes invaden la noche.

Es la hora.

Cambia su vestimenta por un chándal y una sudadera negros, se sube en el Chrysler y conduce hacia los suburbios de la ciudad,

evitando las calles concurridas y las cámaras de tráfico. Aparca en una zona de naves y vehículos abandonados y camina camuflado entre las sombras hasta la estación de metro más cercana. Tira las llaves del coche en una alcantarilla antes de llegar.

Tarda casi dos horas en volver a su domicilio. Va directo al garaje, se sube en el Audi y se pierde en la madrugada, dispuesto a llevar a cabo la segunda parte del plan, la más delicada, la más dolorosa. Oye borbotar las lágrimas dentro de su alma.

Llega a su destino quince minutos más tarde. Recorre la calle hasta que encuentra el Opel Zafiro azul oscuro que vino buscando. Comprueba la matrícula para cerciorarse de que no se equivoca de vehículo.

Es ese.

Sigue de largo y aparca tres calles más abajo. Escudriña los alrededores antes de apearse del coche. La oscuridad espesa y la lluvia, que surgió de la nada y que arremete con fuerza contra la ciudad dormida, son sus mejores aliados.

Se encasqueta el chubasquero que guarda debajo del asiento y se pone la capucha antes de salir del coche. Camina bajo los balcones, controlando su alrededor, y recorre varias veces la calle donde está aparcado el Opel Zafiro antes de detenerse junto a él. Vigila por última vez las ventanas de los edificios y los recovecos llenos de sombras fantasmales, saca del bolsillo del pantalón la llave de tuerca que cogió del garaje y afloja los tornillos que sujetan la rueda situada junto al asiento del copiloto.

Regresa al Audi cabizbajo, con el rostro salpicado de lluvia y lágrimas. Le suelta unas cuantas patadas a la rueda antes de subirse en el coche. El volante también se lleva su parte. Su pie dolorido y los nudillos despellejados acusan los estragos de la impotencia que lo atenaza a golpes. De su culpa. De su dolor. De su puta tragedia.

Conduce hasta su domicilio blasfemando y despotricando sobre su destino de mierda. Introduce el Audi en el garaje y cierra la puerta de un portazo cuando se apea, también la de la vivienda en cuanto la cruza. Le da un manotazo al interruptor de la luz y lanza las llaves sobre la mesa de la entrada; acaban en el suelo, junto con el portarretrato plateado que enmarca una instantánea del día más

feliz de su vida. Está abrazado a Elizabeth. Se miran a los ojos bajo un arco de rosas. Ella, con su velo y su vestido blanco de sirena; él, con un esmoquin azul marino y una corbata roja. Son la viva imagen de la felicidad.

Recoge las llaves y el portarretrato, con el cristal agrietado por la caída, y los devuelve a la mesa. Coge otra vez el marco y se lo lleva a los labios.

«Te quiero, Fiera».

Observa la imagen durante unos segundos, hasta que la angustia se adueña de cada célula de su cuerpo y el dolor le resulta insufrible. Estampa el portarretrato contra el suelo y enfila el pasillo en dirección al baño. Descorre la mampara y abre el grifo. Se desnuda como si la ropa quemara y se introduce en la ducha sin esperar a que se temple el agua. Deja que las gotas borren sus lágrimas y ahoguen su llanto, con la mirada clavada en el sumidero y las manos apoyadas en los azulejos. Cinco minutos después, las lágrimas siguen brotando con la fuerza de un tornado; un sunami de emociones arrasa con cada parcela viva de su ser.

Camina desnudo hasta el dormitorio y se deja caer en la cama bocabajo, con el rostro hundido en la almohada y el alma deshecha en hilachos. Los remordimientos le machacan la conciencia con un mazo de piedra; la culpa le recrimina a gritos sus actos.

«¡¡¡Lo siento!!!».

11
Cynthia

Cynthia da unos golpecitos con los nudillos en la puerta.

—¿Se puede? —pregunta.

Oye el quejido de las láminas del somier, seguido de unos pasos que se aproximan. Suena un clic y un halo de luz se escurre por debajo de la puerta.

—¿Cynthia? ¿Qué haces aquí? —pregunta su hermano Iker en lo que gira la llave en la cerradura.

—Asegurarme de que tú y mamá no os pilláis una infección por cochinos —dice en cuanto se abre la puerta y la tufarada a rancio y humanidad la golpean sin avisar—. ¿Pero de qué vais? No podéis seguir así, que no se ha muerto nadie. No es el primer matrimonio que se separa —protesta mientras cruza el umbral y observa la ropa sucia tirada en el suelo, las persianas cerradas y la cama deshecha.

—Si lo sé, no te abro. Pensé que lo primero que harías es darme un abrazo, no comportarte como una madre autoritaria. Ya tengo una y va sobrada.

Cynthia deja de husmear por la habitación y mira a su hermano. Tiene el mismo aspecto deplorable que su madre. Despeluzado, ojeroso y demacrado. Otro que parece que ha envejecido cinco años de golpe.

—Lo siento, enano. Ven aquí. —Extiende los brazos.

—Ahora sí que me alegro de abrirte la puerta —murmura Iker mientras se abrazan—. Qué bien que estés aquí. Mamá está hecha polvo y no sé cómo consolarla. La noticia me cogió por sorpresa. Siempre llego tarde a casa y solo coincidíamos en el almuerzo. No me enteré de nada. No pensé que echaría tanto de menos a papá.

—Papá no se ha ido para siempre, Iker. Volveremos a verlo.

—¿Mamá te contó lo que pasó?

Ella asiente con el rostro apenado.

—¿Y a ti?

—Se lo saqué hace unos días. Me contó que papá la dejó por otra, pero no me dijo nada más. Ni siquiera sé quién es esa mujer.

—Porque no quiso saberlo. No quería ponerle rostro. Mamá es la que peor lo está pasando y tú eres su ojito derecho, tienes que estar bien, por ella y también por ti. Bueno, y por el bienestar de todos los que andamos a tu alrededor. En serio, hueles fatal.

—Gracias, yo también te quiero.

—No exagero, eh. Apestas a estercolero. ¿Por qué no te das una ducha y bajas a la cocina? Ana está preparando la cena y mamá se está bañando.

—¡Quien no esté en la mesa en cinco minutos, se queda sin comer! —escuchan gritar a Ana desde la planta baja.

—Ya la oíste. Vete a la ducha.

Iker le da un beso en la mejilla y corre hacia el baño secundario. Cuando Cynthia enfila el pasillo, su hermano asoma la cabeza por la puerta.

—Me alegra que estés aquí.

—Para eso está la familia.

Su madre ya está en la cocina con Ana, envuelta en su bata roja de estar por casa. Las observa desde la puerta mientras depositan la cena en la mesa. Ensalada y tortilla de patatas. Ana la mira sonriente y señala con la cabeza a su progenitora, que luce un amago de sonrisa mientras busca en un cajón un sacacorchos para abrir la botella de vino tinto que preside la mesa.

Iker aparece cuando ya van por la segunda ronda.

—¿Vino y tortilla? —se extraña—. Esa idea tiene pinta de habérsele ocurrido a la trastornada de Ana.

—Fue idea de mamá, enterado —se defiende la aludida antes de alcanzarle una copa—. Por nosotros —dice mientras brindan.

En lo que Iker sirve la tortilla, su madre decide sincerarse con Ana y confesarle el verdadero motivo por el que su padre se marchó, aparte de pedirles a sus tres hijos que no vuelvan a mencionar su nombre durante la cena y, en la medida de lo posible, durante el resto de su vida.

Los minutos siguientes transcurren en un silencio incómodo que no se rompe hasta que abren otra botella de vino y rellenan las copas por tercera vez. La matriarca sugiere pasar el día siguiente en las montañas y sus hijos aprueban la propuesta; Cynthia y Ana, con entusiasmo infantil, e Iker, a regañadientes. Los preparativos se convierten en el tema de conversación durante el resto de la velada.

Mientras Ana y su madre recogen la mesa, Iker y Cynthia se fuman un cigarro en la terraza, en silencio, observando a la matriarca a través de la puerta corredera.

—Parece que está mejor, ¿no? Está contenta porque mañana iremos a las montañas —apunta Cynthia.

—Sí, y tendremos que pasarnos el día sentados en piedras y quitándonos los bichos de las piernas. ¿Por qué no se os ocurrió ir a la playa?

—Porque mamá ama la naturaleza. Se crio entre árboles. Recuerdo que cuando yo era pequeña y papá hacía horas extra, solía llevarme al bosque. Jugábamos al escondite durante horas y luego nos tendíamos en el suelo a contemplar el cielo hasta que los rayos del sol se perdían entre los árboles.

—A mí nunca me llevó al bosque. Siempre íbamos al parque.

—Cualquiera te llevaba al bosque con lo trasto que eras. Los dos sabemos que hubieran tenido que acudir los bomberos para bajarte de un árbol.

—Tú tampoco eras la hija maravilla. Te recuerdo que te rompiste una pierna por subirte al tejado.

—Y yo te recuerdo que, aparte de romperte una muñeca por hacer el indio con la bicicleta, también te fracturaste el tobillo por saltar sobre un cubo de basura y te dislocaste el hombro cuando te caíste corriendo detrás de un perro callejero. Eso sin contar las cicatrices que tienes por todo el cuerpo, que pareces un pentagrama.

—Manda cojones… Y todo solo porque dije que mamá nunca me llevó al bosque.

La aludida se asoma a la puerta.

—Me voy a dormir, estoy cansada. Nos vemos mañana.

—Yo también me voy a la cama —dice Iker, que desaparece tras los pasos de su madre.

—Que descanséis —dice Cynthia.

Ana sale detrás con dos tazas de descafeinado en las manos.

—Espero que no hayas perdido la costumbre.

—A un cafecito calentito antes de dormir nunca le digo que no.

Su hermana le tiende la taza y se sienta a su lado.

—No me esperaba que papá tuviera una amante —comenta tras un sorbo.

—Yo tampoco. Ni siquiera Iker lo sospechaba y eso que vivía con ellos. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza que nuestros padres se separarían y menos que el motivo fuera una mujer.

Su madre también es una cornuda, como ella. Su padre también es otro infiel, como su marido.

¿Jorge también la abandonará por la morena asquerosa con la que la engaña? ¿Ella también se deprimirá y estará tirada en la cama durante días? ¿Su marido también desaparecerá de un día para otro?

—Vámonos a dormir, que ya sabes que mamá se despierta a las seis de la mañana —dice Ana cuando se termina el café.

En cuanto se meten en la cama, el móvil de Ana emite un pitido. Es un audio de su marido. Aunque se pega el aparato a la oreja para escucharlo, Cynthia alcanza a oírlo.

Espero que la visita de tu hermana haya animado algo a tu madre y a tu hermano. Solo quería decirte que te echo muchísimo de menos y que te quiero hasta el infinito. Que descanses, mi amor.

Cynthia consulta su móvil. Ni una notificación. No hay noticias de su marido. Le escribe un wasap.

Llegué bien.

Lo borra sin enviarlo. ¿Para qué? ¿Acaso le ha preguntado? ¿Le importa? ¿Estará con la morena asquerosa? ¿En su propia casa? ¿En su cama?

12
Carlos

Un rayo de sol se filtra entre las cortinas y se posa en su rostro. Carlos entreabre los ojos y se regaña. Se ha despertado de muy mal humor; el insomnio lo vuelve gruñón. El comportamiento inusitado de su hermana Belinda le arrebata el sueño.

¿Dónde está y por qué todavía no ha dado señales de vida?

Pese a que se bañó antes de acostarse, se da una ducha rápida con agua fría. Necesita espabilarse; debe aparentar normalidad frente a su madre. Si sospecha que él también está intranquilo por Belinda, se vendrá abajo y los fantasmas del miedo se apoderarán de ella.

Cuando está bajando las escaleras, oye el timbre, los pasos apresurados de su madre y el chirrido del picaporte.

—¿Sabes algo? —escucha mientras recorre el pasillo.

Es la voz de su madre, seguida de la de su excuñado.

—Nada. Por eso vine. Pensé que, a lo mejor, ya te había llamado.

—Yo tampoco sé nada. Entra, iba a hacer café.

Carlos se los encuentra en el salón. Demetrio viste su uniforme de hostelería debajo de un abrigo negro. Está bastante desmejorado: más flaco, más viejo y más feo. Su característica cabeza engominada luce alborotada y sus ojos del color del cielo reflejan el infierno. Tiene el aspecto de un enfermo terminal al que el bisturí del amor le está arrancando la vida sin anestesia.

Lo saluda con un abrazo y toman asiento en los sillones mientras su madre se retira a la cocina para preparar el café.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunta.

—Cada día peor. Duermo en el sofá, vigilando la puerta por si vuelve.

—¿Crees que volverá?

—Eso espero… Es la primera vez que rezo en mi vida. Le ruego a Dios a todas horas que me la devuelva.

Carlos se compadece de él. «La esperanza es lo último que se pierde», el lema de las personas exitosas, pero también de los derrotados. Un acicate esperanzador frente a un mísero consuelo. Perseverancia contra una espera agonizante. En el amor todos somos iguales. Nadie se salva de sus traiciones y desplantes, de esas hostias que te dejan días sin querer moverte de la cama y sin entender nada, con un torbellino de interrogantes taladrándote el cerebro: ¿Qué ocurrió? ¿Cuándo se acabó? ¿Cómo no lo vi? ¿Por qué? ¿Y ahora qué?

—Dime la verdad, ¿qué pasó entre vosotros dos? Necesito entender esa reacción tan impulsiva de Belinda. No es normal que actúe así.

Su excuñado lo mira primero, pensativo; luego, abatido. Desvía la vista hacia el suelo y se frota el rostro varias veces.

—¿Por qué te dejó? —insiste Carlos.

—Se enamoró de otro —titubea al fin.

—¿Que qué?

—Creo que se fue con él.

—¿Crees? ¿Qué cojones me estás contando?

—Tu hermana llevaba un tiempo rara. Estaba cambiada; parecía otra persona. Decía que quería cambiar de vida, que estaba cansada de la misma rutina. Y ese cambio se extrapoló a nuestra relación. Dejó de ser cariñosa y me ignoraba. La notaba cada día más distante y me entró el miedo a perderla, así que un día salí antes del trabajo y me presenté en casa por sorpresa con un ramo de flores y una caja de bombones. Belinda no estaba, apareció media hora después. Cuando le pregunté dónde había estado, se puso nerviosa. Me dijo que se había apuntado a un club de lectura porque se aburría por las tardes y sospeché que ese cambio en su comportamiento estaba relacionado con ese club. No me equivoqué. La seguí a los dos días y la vi salir con un hombre con el que se sentó en la terraza de un restaurante cercano. Cada vez que Belinda asistía al club de lectura, luego se pasaba una hora con él.

Hace una pausa para aclararse la garganta y suspira hondo antes de reanudar la conversación. Sus ojos destilan una amargura pegajosa, entristecedora.

—No me dolió tanto verlos besarse como darme cuenta de que Belinda se había enamorado. Lo miraba de la misma forma de la que había dejado de mirarme a mí. No pude bajarme del coche. Me quedé allí, viendo como un imbécil cómo se besaban y queriendo morirme.

Hace un segundo receso en el que se estruja los lagrimales con los dedos. Carlos aprovecha para digerir la bomba que le acaba de soltar.

¿Su hermana tenía un amante?

Nunca lo hubiera sospechado. Siempre la había considerado una mujer tan entregada, tan leal, tan enamorada de su marido. La subestimó, igual que a su exmujer, y las dos se fueron. El amor es perecedero.

—Lo siento —es lo único que se le ocurre decir.

—Volví a casa hecho una mierda. —Demetrio retoma su relato ajeno a todo, como si estuviera en una terapia de hombres abandonados y fuera su turno para expulsar la zozobra que parasita sus sentimientos—. Pensaba hacer la maleta y desaparecer, pero no pude. Nada más abrir la puerta, supe que aquel era mi hogar, junto a Belinda. Sabía que no sería feliz en ninguna otra parte y me decidí a recuperarla. Y entonces fue cuando la perdí del todo. —Se sorbe los mocos y se seca las mejillas con el antebrazo—. Unos días después la sorprendí con unos billetes para un crucero de dos semanas y le prometí que cuando volviéramos, cambiaría mi turno para trabajar con ella por las mañanas y así podríamos pasar más tiempo juntos. Cuando llegué a casa al día siguiente, no estaba. Faltaban las llaves de su coche, su bolsa de viaje y algunas de sus cosas. Dejó las llaves de casa en la mesa de la entrada.

—¿Se fue sin decirte nada?

La mandíbula temblorosa y las lágrimas que enturbian la vista de su excuñado le ofrecen la respuesta.

—¡Eres un mentiroso y un sinvergüenza! ¡Mi hija no es una prostituta!

Los dos hombres se sobresaltan. Carlos vuelve la cabeza hacia su madre, que irrumpe en la estancia hecha una fiera sujetando una bandeja en la que se contonean peligrosamente las tres tazas de café. La deja sobre la mesa de comedor con un golpe seco y una de las tazas acaba rodando y estampándose contra el suelo.

«Genial —se dice Carlos mientras observa los añicos y el líquido dispersos sobre las baldosas—. Ayer un plato y hoy una taza. De aquí a unos días nos quedamos sin vajilla».

El estropicio incentiva el ataque verbal de su madre contra Demetrio.

—¡Belinda no tiene ningún amante! ¡Es una muchacha decente!

En los ojos asombrados de su excuñado, Carlos identifica el resplandor tenue que se enmascara detrás de sus pupilas.

Miedo.

Demetrio permanece inmóvil mientras su exsuegra arremete contra él.

—Insinuar eso de mi niña… Serás sinvergüenza… ¡Fuera de mi casa!

Le señala la puerta con el dedo. Demetrio le lanza una mirada desconcertada a Carlos, que le hace un gesto con la cabeza para que se largue. Camina cabizbajo hasta la puerta y se vuelve antes de salir. Sus ojos ya no irradian estupefacción.

El miedo se ha cristalizado en ellos.

¿Miedo a qué?

13
El inspector Escudero

Después de mentirle a su jefe sobre su ataque febril del día anterior, soportar el rapapolvo como si fuera sordo y oírlo quejarse sobre las presiones que está recibiendo desde arriba para que frene la oleada descontrolada de robos con violencia, agresiones sexuales, machetazos y apuñalamientos que se propagan por las calles como una plaga, el inspector Escudero abandona la comisaría, cruza la calzada y entra en la cafetería Don Pepe, donde desayuna cada mañana. La Carpintería, como la llama. Un espacio diáfano donde predomina la madera. Madera color caoba en las paredes, el suelo, el mobiliario y hasta en el frontal de la barra.

Se sienta al fondo, en su mesa habitual. Desde la distancia le hace un gesto afirmativo a Lola para confirmarle que desayunará lo de siempre. Mientras espera, pasea la vista por la cafetería. La mayoría de los clientes ya se han marchado a trabajar. Solo quedan un par de jubilados en la barra; dos señoras, que se pisan la conversación, sentadas junto al ventanal, y la muchacha pelirroja que trabaja en la farmacia de al lado y que suele aparecer sobre las ocho y media de la mañana. Se está tomando un cortado mientras desliza los dedos por la pantalla del móvil. Por sus gestos y las carcajadas que de vez en cuando se le escapan, el inspector deduce que está viendo los memes que circulan por las redes.

Consulta la hora en el móvil. Las nueve menos cinco. Hoy se le ha hecho tarde. Abre el wasap y le reenvía el mismo mensaje diario a Elizabeth.

Te estaré esperando esta tarde en el aeropuerto. Te esperaré siempre. Te quiero, Fiera. Te quiero más que a mi vida. Te suplico que me perdones. Vuelve conmigo. Te necesito. No sé vivir sin ti.

—Por aquí tu expreso y tu pinchito de la mejor tortilla con cebolla del barrio —dice Lola mientras deposita la taza y el plato sobre la mesa.

El inspector observa la sonrisa risueña de la camarera, enmarcada en unos labios finos rojos, sus ojos del color del alma y ese pelo negro y áspero recogido en un moño. Es la mujer más espontánea y alegre que conoce. Un poco bruta cuando se enoja, pero con un corazón que no le cabe en el pecho, en el que sobresalen sus enormes senos, cuyo canalillo siempre lleva al descubierto. Su sobrepeso no la disuade para embutir sus michelines en prendas estrechas. «Me quiero», es su lema.

«Estas dos me pagan un apartamento en la playa todos los veranos —solía decir mientras se recolocaba el escote tras reparar en la mirada indiscreta de algún cliente—. Son un imán de propinas».

—Eres un sol. No sé cómo sigues soltera.

—Porque además de guapa, también soy inteligente —le aclara con un guiño.

—Pues por eso mismo. Estás sola porque quieres.

—Estuve diez años casada y ya tengo una edad. No estoy para perder el tiempo con cualquiera que me hable bonito. Sé lo que quiero y, si no lo encuentro, prefiero estar sola. No sabes lo bien que se duerme despatarrada en la cama sin que nadie te quite la manta a mitad de la noche o te despierte a ronquidos.

El inspector Escudero la observa sonriendo mientras Lola camina de vuelta a la barra meneando sus voluptuosas caderas. Hace más de una semana que duerme despatarrado en una cama sin que Elizabeth le robe la manta a mitad de la noche o lo despierte con sus ronquidos.

Y no le gusta.

La echa de menos, extraña hasta esos pedos silenciosos que lo anestesiaban cuando levantaba la manta al darse la vuelta en la cama. Añora todo de ella, hasta su mal despertar. Su entrecejo fruncido y ese «no me hables hasta que me tome un café». Lo daría todo por que volviera. Daría hasta la vida por pasar un último día a su lado.

La voz estridente de la Flaca interrumpe sus pensamientos.

—Buenas, jefe, veo que al final te dignaste a venir —dice mientras se sienta.

La mira sorprendido. No debería de estar allí. Esperaba que, cuando llegara a la comisaría, lo informaran de que la Flaca estaba en coma o muerta. ¿Qué pasó? ¿Decidió coger un taxi para ir a trabajar?

—Ya no tengo fiebre —le contesta con ironía.

—Todavía estoy esperando por el wasap para saber lo que le decía al jefe.

Él frunce el cejo y sacude la cabeza.

—Se me pasó. Salí con prisa y ni me acordé.

—¿Cómo estás hoy?

El inspector le da un sorbo al café y deja la taza sobre la mesa mientras reflexiona la respuesta.

—Cada día lo llevo un poco mejor. Es cuestión de tiempo. Mi vida ha cambiado de golpe.

—A todos nos pasa al principio cuando dejamos una relación. La costumbre y la dependencia juegan malas pasadas.

—Créeme, no es mi caso.

En parte. Es dependiente emocionalmente de Elizabeth, pero no por costumbre, sino porque la ama. La necesita para vivir.

—Da igual. Sea como sea, tienes que acostumbrarte a estar solo. No te queda otra.

El inspector la mira disgustado.

—Gracias por el consuelo. ¿Te apetece hacer horas extra el fin de semana?

—Estoy siendo realista. En caso de que tu esposa no vuelva, tendrás que acostumbrarte a vivir sin ella, te guste o no.

La crueldad que desprenden las palabras le apuñala el pecho. Ayer, la Flaca le dijo que no perdería a Elizabeth por un simple error y hoy le suelta que se vaya haciendo a la idea de vivir sin ella.

—¿Pero qué te pasa hoy? ¿De qué vas? No te he pedido tu opinión que, ya de paso, te puedes meter por el culo.

La Flaca se revuelve en la silla y las patas crujen sobre las baldosas. Las palabras de su jefe han sonado ásperas. Acaba de

ponerla en su sitio y le sobran los motivos.

—Lo siento —titubea, abochornada—. Es que no tengo un buen día.

—¡Pero si solo son las nueve de la mañana! ¿Qué coño te ha pasado para que ya estés con esa mala hostia?

—Mi vecino me pidió el coche porque su mujer acababa de romper aguas y el suyo no arrancaba y de camino al hospital, se le salió una rueda y tuvieron un accidente.

—¿Están bien?

—Él sí, pero a ella la están operando. Puede perder al bebé.

El inspector cierra los ojos con fuerza. El puto destino vuelve a ensañarse con él en menos de dos semanas.

«¿Qué he hecho? ¿Qué coño he hecho?».

Después de desayunar, se ofrece a acompañar a la Flaca al depósito municipal para que una grúa lleve su coche al taller. Luego la alcanza hasta el hospital. A su vecina le practicaron una cesárea de urgencia y ya está en planta junto con su marido.

El bebé que esperaban se encuentra en estado crítico.

Unas horas más tarde abandonan el centro hospitalario. Abrazados. La Flaca, llorando a lágrima viva; él, cagándose en todos sus muertos.

14
Cynthia

Cuando su madre abre la puerta para despertarlas, Cynthia tiene la sensación de que acaba de meterse en la cama. No recordaba que su hermana roncara como una locomotora destartalada. El día que Ana le confesó que ella y su marido dormían en habitaciones separadas, mostró su desaprobación. Para ella, dormir con Jorge implicaba una intimidad necesaria, un vínculo especial; para su cuñado, una amenaza para su supervivencia. Hoy lo entiende y lo apoya a muerte. Menuda nochecita le ha dado su hermana. ¡Pedazo de bramidos! Al lado de Ana, los ronquidos de su marido suenan como una nana.

—Dormí como un bebé —dice Ana mientras se despereza en la cama.

—Doy fe, hija de puta —afirma Cynthia tras un bostezo.

Su hermana la mira confusa.

—¿Ronqué?

—Yo no lo llamaría roncar, no sé ni cómo describirlo. Lo que realmente me sorprende es que no te explotara la nariz. Lo tuyo no es normal. Tu marido se ha ganado el cielo contigo. Estoy segura de que, aunque duerma en el garaje, no se libra de tus ronquidos ni soldándose las orejas. De hecho, hace un rato fui al baño y escuché a mamá hablando con la vecina de la calle de abajo. Vino preguntando si estábamos usando la radial tan temprano. Amenazó con denunciarnos y todo, imagínate el escándalo que tenías montado.

—¡Qué exagerada eres! El que se ha ganado el cielo contigo es Jorge, que con ese despertar de perros que te gastas, no sé cómo te aguanta, el pobre.

Arrastra las dos últimas palabras, consciente de que acaba de meter tres patas a la vez. El día anterior, Cynthia le confesó que su marido le es infiel y ella dándole caña.

«¡Qué bocazas!», se dice Ana.

Cynthia le lanza una mirada lapidaria.

—Lo siento —se disculpa Ana—. No quería…

—Mejor cállate —la corta.

—Sí, mejor. Me voy a la ducha —dice mientras se lanza de la cama abajo y corre hacia la puerta como si la persiguiera una cucaracha voladora.

Cynthia consulta las notificaciones en la pantalla del móvil. Jorge sigue sin dar noticias.

«Capullo».

Su hermano Iker asoma la cabeza por la puerta. Huele a limpio. Se ha afeitado y tiene el pelo húmedo. Es el único rubio de la familia y también el único con los ojos verdes. Viste un chándal gris y unas zapatillas deportivas. Pese a las ojeras que afean su rostro, parece más repuesto que ayer.

—Acabo de servir el café en la terraza.

—Ana se está duchando.

—Pues se lo tomará frío —dice encogiéndose de hombros.

Bajan las escaleras y se reúnen con su madre en la terraza de la cocina. Está apoyada en la barandilla, con la vista clavada en la casa contigua. El letrero anunciando su venta ha desaparecido y dos muchachos con monos azules descargan bultos y cajas de un camión de mudanza. La puerta de la vivienda se abre y sale una pareja de mediana edad. Más que un matrimonio, parecen mellizos. Los dos rubios, altos y estilizados, ambos embutidos en unos vaqueros y una camiseta blanca.

—Parece que tienes vecinos nuevos —apunta Cynthia.

Su madre no despega los labios. Observa los movimientos de los cuatro individuos como una leona a su presa.

—¿Los conoces? —pregunta Cynthia.

—No —contesta sin quitarles la vista de encima.

—¿Y por qué los miras como si fueran okupas?

—No me gusta tener vecinos.

—No seas salvaje. Sigues siendo una privilegiada. Enfrente hay un parque y la casa del otro lado está vacía; y estos no tienen pinta de escandalosos, y tampoco parece que tengan niños. Los vecinos son un coñazo, pero pueden sacarte de un apuro en un momento dado. La de veces que me he librado yo de tomarme el café amargo y la comida desabrida.

Su madre apura el café y la mira de arriba abajo.

—¿Todavía estás en pijama? Voy al mercado un momento. Más os vale que estéis listos cuando vuelva —les advierte a ella y a Iker de camino a la puerta.

—El baño está ocupado. Ana se está duchando —se excusa Cynthia.

Se acerca a la mesa, vierte tres cucharadas de azúcar en su taza de café y se sienta junto a Iker. Su móvil empieza a sonar. Su marido la está llamando desde el despacho. ¡Está vivo! Se dispone a atender la llamada, pero se detiene en el último momento y la rechaza. No le apetece hablar con él. Está molesta, y dolida. Jorge no se había interesado por cómo había llegado ni por el estado de su madre tras su reciente separación. ¿Qué excusa le daría? ¿Le diría que llegó cansado del trabajo y se quedó dormido en el sofá?

«¡Capullo!».

—¿No contestas? —le pregunta Iker.

—Ahora no. Como coja la llamada, no me dará tiempo de ducharme antes de que vuelva mamá, y ya sabes cómo se pone cuando la hacen esperar.

—Pues como tú: insoportable. Las dos sois unas paranoicas de la puntualidad.

—Veo que hoy te has levantado enfadado con el mundo, enano. También podemos hablar de lo apestoso que estabas ayer, «don Alérgico al agua».

Iker se vuelve hacia ella y ladea la cabeza.

—¿Me vas a decir que nunca te has pasado un fin de semana en casa sin ducharte?

Cynthia lo mira como si su hermano acabara de proponerle despelotarse en plena misa.

—Pues no, cochino.

—¿Ni en invierno, cuando hace un frío que pela y no te quitas el pijama en todo el día?

Cynthia medita la respuesta mientras le da un sorbo al café.

—Bueno, alguna vez sí que lo he hecho, cuando no para de llover y se te congela el culo al mear.

—¿Tú ves? ¿Y ahora quién es la cochina?

—Tú si tenemos en cuenta que para mear, yo me tengo que bajar el pijama hasta las rodillas y tú solo tienes que asomar el pito.

—Manda cojones, no hay quien pueda contigo. —Coge la cajetilla de Chester que hay sobre la mesa y se enciende un cigarro—. ¿Y qué tal Jorge? —le pregunta tras darle una calada.

«La madre que lo parió». Le acaba de amargar el momento sagrado del café. ¿Por qué tiene que preguntarle por el capullo de su marido?

—Trabajando, como siempre.

—Hace mucho que no lo veo. ¿Cuánto hace que no viene?

La suspicacia se asoma a los ojos de Cynthia, olfateando el entorno, descifrando las palabras.

—Ana se chivó, ¿no?

Iker asiente entre virutas de humo.

—Me lo dijo anoche. Solo a ti se te ocurre pedirle que guarde un secreto. Es la chismosa de la familia por goleada.

—La madre que la parió, nunca cambiará. ¿Qué te contó?

—Que Jorge se está tirando a una «morena asquerosa» del periódico.

La mirada de Cynthia se desploma en el suelo. Siente vergüenza, desilusión y humillación. Se siente traicionada.

—No pensé que tu marido fuera tan gilipollas, tanto por fallarte como por acostarse con una subordinada. Si a ella le da por denunciarlo, lo puede meter en un grave problema. Ya lo dice el refrán: no es buena idea remover con la polla la comida que metes en la olla. ¿A quién se le ocurre? Solo a un completo gilipollas. El mundo anda sobrado de gilipollas y a ti te tocó el más gilipollas de todos. ¿Qué piensas hacer? Ana me dijo que todavía no has hablado con él.

—Vaya con Ana. No se dejó nada.

—Se tragaba *Sálvame* todos los días. Tiene tablas.

—Ya veo, ya…

Cynthia se enciende un cigarro con las manos temblorosas. Está nerviosa. Triste. Defraudada y devastada. Desmoralizada y desengañada. Está desencantada del amor. Despojada de su autoestima. Se siente estafada.

Le da varias caladas profundas al cigarro, como si este contuviera un elixir mágico y la nicotina inyectada en sus venas la inoculara contra la drástica realidad, contra sus pensamientos fatalistas. Contra su miedo a perder a Jorge.

—¿Te estás haciendo la loca? —pregunta Iker.

—No —dice en lo que golpetea el cigarro en el canto del cenicero hasta que se desprende la ceniza—. No sé qué voy a hacer, enano. En serio que no lo sé…

Se reclina en el asiento y cierra los ojos, suplicándole a la negrura que también ciegue sus pensamientos y diseque sus emociones, batallando para que el dolor no aflore y se pudra en su interior.

—Te apoyaré en lo que decidas, pero espero que saques a ese gilipollas de tu vida de una patada en las pelotas. El que te la hace una vez, te la vuelve a hacer. El amor está por encima de todo, menos de la dignidad. Si la pierdes, estás acabada. No te queda nada.

Las palabras de Iker se le hunden en el pecho como tijeras afiladas.

—Creo que no te pedí tu opinión.

—Ya, pero me apetecía dártela. Eres mi hermana y quiero lo mejor para ti, y un gilipollas infiel no se ajusta al tipo de hombre que me gustaría por cuñado.

—Es a mí a la que le tiene que gustar.

—Yo solo pido que te respete y, en caso de que no lo haga, que te hagas respetar, pero sobre todo, que te respetes tú. No actúes movida por el corazón porque los dos sabemos que ese órgano descerebrado se equivoca más que los despistados del Tiempo. Si después de meditarlo, decides seguir con él, aceptaré tu decisión,

pero a la primera de cambio, le parto la boca. Y del laxante en el café no se libra ni loco.

Cynthia fuerza un amago de risa, seguido de un suspiro dolorido, de pena rebosada en lástima. Pena por la situación. Lástima de sí misma.

—No se lo digas a mamá.

—Tranquila. Tampoco sabe que yo también estoy pasando por un bache amoroso. Estamos en las mismas, saldremos de esta.

Cynthia deja la taza sobre la mesa y lo mira extrañada.

—No sabía que estabas con alguien.

—No lo sabe nadie. Yo también soy otro gilipollas, como tu marido. Me enamoré de una persona casada y las cosas andan algo agitadas. El amor a escondidas es lo peor. No te enamores nunca de alguien con pareja.

—Dudo que se dé el caso. No me atraen las personas comprometidas.

—A mí tampoco, pero sucedió. Los sentimientos no se pueden evitar. No puedes huir de ellos. Te alcanzan allá donde vayas.

—Pero sí puedes controlar tus actos.

—Pero no quise hacerlo y ahora lo estoy pagando.

Ambos son víctimas de los vaivenes impredecibles de las relaciones. Están padeciendo sus estragos demoledores. Ella, como cornuda, igual que su madre, e Iker, como amante. Los tres están cautivos en la mazmorra insalvable del amor.

Ana irrumpe en la terraza ataviada con un chándal azul oscuro de su madre. Las dos llevan la talla cuarenta y dos, mientras que Cynthia se endosa la treinta y ocho desde la época del instituto. Como siempre, luce su larga melena negra recogida en una cola de caballo.

—¿Y mi café?

Iker le señala la única taza que queda en la mesa.

—Es esa, cegata. ¿Te olvidaste de lavarte la cara o qué?

—Estaba entretenida restregándome el culo con tu esponja. Espero que no te moleste que la haya cogido prestada.

Cynthia escupe una risotada.

—No me molesta —suelta Iker sin inmutarse—, pero si me lo hubieras dicho, te habría ofrecido una esponja nueva. Ahora te apestará el culo a mis pelotas. Hoy me tocó limpieza profunda de testículos.

—Qué guarro eres —murmura Ana mientras se sienta frente a ellos con la taza de café en la mano.

—¡Está frío! —se queja tras probarlo.

—¿Y quién te mandó a meterte en la ducha antes de tomártelo? —le reprocha Iker.

—No me dijiste que estabas haciendo café.

—Grité que quien no estuviera abajo en dos minutos, se tomaría el café frío.

—Ya estaba en la ducha, enterado.

—Lo mismo me pasa a mí los días que te da por venir y preparar la cena.

—¿Lo hiciste adrede? ¿Estabas esperando a que me metiera en el baño?

—No, pero me cuadró y como te dio por frotarte el culo con mi esponja de las pelotas, pues se enfrió.

—Qué tío más insoportable. No te aguanto.

—Pues ya sabes dónde está la puerta.

—Esta casa es igual de mía que tuya.

—Pues entonces tendrás que aguantarme y fastidiarte con el café frío, como hago yo con tus cenas congeladas, y sosas, ya que estamos.

—Pues tú bien que te las zampas.

—Por no hacerte el feo, pero desde que te vas, quedo llamando al Telepizza.

—Pareces un crío. Cualquiera diría que tienes veintiocho años —refunfuña Ana de camino a la cocina—. Me voy a hacer café para mí sola. Si alguien quiere, que mueva el culo.

—No te enfades, culo aromático.

—¡Guarro!

—Veo que por aquí las cosas siguen igual —apunta Cynthia cuando Ana desaparece por la puerta corredera.

Iker esboza una sonrisa triunfal.

—Me gusta picarla, siempre salta como un resorte. No lo puede evitar. Si se calla, revienta. Lo bueno es que se le pasa rápido. Verás que, cuando vuelva, ni se acuerda. Es como Dory, el pez desmemoriado de *Buscando a Nemo*.

—Le dijiste que se había estregado con tu esponja de los huevos, no sé yo… Yo me iría directa a la ducha con un estropajo de brillo y una botella de amoniaco.

Unos minutos después, Ana reaparece por la puerta con su café humeante y se sienta frente a ellos.

—Estas tazas nuevas son una mierda. Apenas cabe un pizco de café —dice después de darle un sorbo—. ¡Anda!, vecinos nuevos —comenta cuando repara en la furgoneta de mudanzas aparcada en la calle.

Iker y Cynthia se intercambian una mirada cómplice y estallan en una carcajada.

—¿Qué pasa? —pregunta Ana desconcertada.

Una segunda risotada, más estruendosa que la anterior.

—Como os estéis riendo de mí, os meto una hostia y me quedo tan pancha.

Más risas.

Ana observa indignada a sus dos hermanos descojonándose en su cara.

—Hay personas idiotas y luego estáis vosotros, en el top de la lista. El clan de los idiotas invictos.

***

Cuando su madre vuelve del mercado, los tres hermanos ya están preparados y aguardan por ella sentados en el sofá.

—¿Dónde fuiste a comprar, a Portugal? —le pregunta Ana.

Su madre deja la bolsa sobre la mesa de comedor y pasea la mirada entre ellos. El rostro serio.

—Papá llamó.

15
Carlos

Mientras su madre está en la cocina preparándose una tila, Carlos observa a su excuñado desde la ventana del salón. Está sentado en el interior de su Yaris blanco, golpeando el volante con rabia. Sus mejillas resplandecen de lágrimas y su llanto desgarrado atraviesa la ventana.

Una señora castaña, que pasea a su chihuahua en pijama y zapatillas de andar por casa, se detiene frente al coche y se le queda mirando.

—¡¿Qué pasa?! —la increpa Demetrio—. ¿Es que tú no lloras? Con esa cara tan fea debes de ser la típica amargada que se pasa el día llorando y quejándose por todo.

La mujer menea la cabeza.

—Qué maleducado… Solo quería saber si estabas bien, pero vamos, que te puedes ir a la mierda —dice antes de darse la vuelta.

Demetrio asoma la cabeza por la ventanilla.

—Lo siento, lo siento. Discúlpeme. Las he cobrado con usted. No soy ningún maleducado. Perdóneme.

La mujer se vuelve y estudia el rostro afligido de Demetrio durante unos instantes.

—Espero que se te mejore el día —le desea con una sonrisa compasiva.

—Que tenga buen día y disculpe. Por cierto, su chihuahua es una monada. Me encanta.

Carlos oye los pasos pesados de su madre acercándose por el pasillo.

—¿Todavía sigue el sinvergüenza ese ahí fuera?

—Ya se marcha —responde mientras observa cómo el Yaris se aleja.

Se da la vuelta y le hace un gesto con la cabeza hacia el sofá. Su madre toma asiento y él se sienta frente a ella.

—¿Estás segura de que Belinda no le era infiel? —pregunta.

—Tu hermana no es una prostituta.

—Las mujeres que engañan a sus maridos no son putas, mamá. A ver si te quitas de la cabeza de una vez esas ideas retrógradas y machistas que tienes. ¿Por qué iba Demetrio a inventarse que Belinda tenía un amante?

—¿Crees que se fue con él? —pregunta su madre tras darle un sorbo a la infusión.

—Es lo más lógico. Por eso todavía no ha llamado. Debe de estar preparándose para contártelo. Conoce tu mentalidad atrasada. Un divorcio más unos cuernos forman el cóctel perfecto para que te dé un ataque.

—Es mi hija y la apoyaré siempre, haga lo que haga. Debería saberlo.

—Y lo sabe, como también sabe que lo harás después de echarle la bronca del siglo. Sinceramente, me quedo más tranquilo sabiendo que no está sola. ¿Sospechas quién puede ser ese hombre?

Su madre reflexiona unos segundos y niega con la cabeza.

—No se me ocurre nadie. Que yo sepa, iba de la cafetería a su casa.

—Demetrio dijo que era un compañero del club de lectura.

—Ni siquiera sabía que fuera a un club de lectura.

—Podría acercarme y preguntar por ella. Puede que sepan algo o que Belinda y su amante sigan yendo, aunque lo dudo mucho.

—¿Llamas tú a Demetrio para que te dé la dirección?

—Mejor. A ti no creo que te coja el teléfono.

Su excuñado responde al tercer tono.

—¡¿Qué?!

—Tranquilo, que no soy mi madre.

—Perdona, es que me ha puesto de muy mala hostia.

—Te llamo para disculparme por el numerito que te montó. Está estresada con la desaparición de Belinda y no le ha sentado nada bien enterarse de que se fugó con su amante.

Mientras habla, observa por el rabillo del ojo a su madre, que gesticula con la boca y los brazos indicándole con el dedo que le rajará el cuello. Con esa bata verde y esos gestos sobreactuados, le recuerda a una tortuga ninja.

—No quería que se enterara por mí. No sabía que estaba escuchando.

—Tranquilo, no es culpa tuya. Mi madre es una experta en los asuntos del espionaje. Lleva practicando con nosotros toda la vida.

Su madre exagera los aspavientos y utiliza las dos manos para mostrarle cómo le cortará el gaznate. Se lo ha ganado.

—Oye, ¿podrías darme la dirección del club de lectura al que iba Belinda?

Se hace un silencio.

—¿Estás ahí? —pregunta Carlos tras comprobar que no se ha cortado la llamada.

—No tengo ni idea.

—Pero si me dijiste que la seguiste hasta allí.

Otro silencio.

—Es verdad… Ni me acordaba. Solo me quedé con el restaurante donde se sentaba después con… ese hombre. Estaba en una de las calles del centro. Déjame pensar por dónde me metí y te envío un wasap con los datos.

—Gracias.

—No hay de qué. Solo te pido que, si la encuentras, me lo hagas saber. Últimamente, nuestra relación no era la de antes, pero la sigo queriendo y quiero que vuelva. Fui yo el que la descuidó. Le estoy dedicando a la cafetería más horas de lo habitual y esa ausencia le pasó factura a nuestro matrimonio. No justifico que Belinda me engañara, pero puedo llegar a entenderla.

—Lo siento mucho. Siento lo que estás pasando.

«A mí también me duelen todos los huesos del cuerpo. Yo también le dediqué a mi trabajo más tiempo que a mi esposa. Yo también perdí a mi mujer».

—Tengo que colgar. Me toca abrir la cafetería.

—Que tengas buen día.

—Y tú. Y no te olvides de avisarme si sabes algo, por favor.

—Lo haré.

¿Lo haría? ¿Si su hermana llamara para decir que está feliz con su amante, se lo diría a Demetrio? ¿Sería capaz de reavivar su dolor?

Pues sí. Ese pobre hombre se merece conocer la verdad, por muy desalentadora que sea. Para poder continuar, para revivir.

¿Ese era el temor que acusó en sus ojos? ¿Miedo a que su hermana sea feliz con otro y nunca vuelva a su lado?

¿Quién es ese hombre por el que Belinda lo abandonó todo?

16
El inspector Escudero

El inspector Escudero detiene el coche frente a la fachada agrisada de la comisaría.

—Si el jefe te pregunta, dile que fui al banco un momento porque no me funciona la tarjeta —le pide a la Flaca.

—¿Y dónde vas, si se puede saber?

—A buscar los papeles del divorcio al despacho del abogado de Elizabeth.

La subinspectora le acaricia el hombro antes de bajarse del coche. Él le muestra su agradecimiento con una sonrisa forzada. Después se pierde entre el tráfico y conduce sin rumbo fijo. No quedó con nadie. Elizabeth no le ha pedido el divorcio y espera que no lo haga. La perdió, pero lo consuela saber que sigue siendo su esposa.

Necesita desaparecer y ordenar sus pensamientos, anestesiar sus emociones, acallar esos remordimientos que retumban como cañonazos dentro de su cabeza. Necesita borrar el sufrimiento estampado en el semblante de los vecinos de la Flaca cuando el doctor les comunicó el fallecimiento de su bebé. Los bramidos atronadores de la madre, los lagrimones que inundaban las mejillas del padre, el rostro angustiado de la Flaca y la mirada piadosa del médico.

Y esos gritos enfurecidos que rebotan en su cabeza y le ensordecen los pensamientos.

«¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!».

—¡A ver si aprendes a conducir, gilipollas! —lo increpa un peatón al que casi atropella.

Conduce de forma autómata, distraído, como si estuviera narcotizado.

«¿Y si me bajo y le enseño un poco de educación a ese imbécil?», se dice mientras detiene el coche de un frenazo.

—¡Gilipollas! —le grita el conductor del Seat verde que estuvo a punto de colisionar con él.

Se le desinflan las fuerzas y la valentía de golpe.

«Tienen razón. Si solo fuera un gilipollas, pero también soy un asesino. Un puto asesino».

Responde con una peineta a otra serie de bocinazos e insultos y reemprende la marcha hacia las naves donde abandonó el Chrysler la noche anterior.

No está.

Un puñado de cristales se esparcen por el suelo, en el lugar donde estaba aparcado. Una señal inequívoca de que no se lo llevó la grúa, sino que acabó en manos de los pandilleros que frecuentan la zona y desguazan cualquier vehículo en horas. Visto y no visto.

Un problema menos. Ahora solo debe encargarse de la Flaca. Pobre de ella y pobre de él.

Ella, por morir, y él, por matarla.

Cuando regresa a la comisaría, se encuentra con su jefe en la puerta, con su barriga curva, su cabeza pelada y esa caricatura de muñeco estreñido que tiene por rostro.

El Gordinflón lo mira de arriba abajo y le pide que lo acompañe a su despacho.

—Disculpa por el sermón de esta mañana —dice cuando sienta su trasero en el sillón, que lanza un quejido agudo bajo sus pesadas nalgas—. Sé que haces todo lo que puedes y que no damos abasto, pero me acababan de apretar desde arriba nada más llegar y me pusieron la cabeza como un bombo. Ya sabes que los cargos políticos y sus enchufados se piensan que tenemos una varita mágica. Ellos se tocan los cojones a dos manos y nosotros damos la cara. No fui justo y las cobré contigo cuando te vi entrar por la puerta.

El inspector Escudero lo mira receloso.

—Eres el jefe más tocahuevos que conozco. Me las has montado peores y nunca te has disculpado. ¿Qué pasa?

Su jefe se reacomoda en el sillón y se acoda en los reposabrazos. Cruza los dedos delante del pecho y tuerce los labios.

—¿Qué te pasa a ti?

—¿Por qué? ¿No estás contento con mi trabajo? Porque hago más horas extra que un camarero en plena temporada.

—Le pregunté a la Flaca dónde estabas y me dijo que fuiste al banco por no sé qué rollo de la tarjeta, pero no me la pegó. A esa mujer hay que darle un tutorial sobre cómo mentir. He notado que llevas unos días raro, últimamente siempre traes la camisa arrugada y es la primera vez que te dejas barba.

El inspector Escudero le echa un vistazo a los pliegues que serpentean su camisa mientras se pasa la mano por los pelos que le salpican la barbilla.

—Se me rompió la plancha. Y se lleva la barba.

—Y yo me como los mocos cuando me aburro. Son pura proteína.

—¿Me has llamado para hablarme de tus mocos?

—Te he llamado porque estoy preocupado por ti.

El inspector lo mira a los ojos, intentando profundizar en los pensamientos de su jefe. ¿La Flaca le habrá contado que Elizabeth lo dejó? «Ni de coña», se responde de inmediato. Jamás lo traicionaría y, además, no soporta al Gordinflón. Está empeñada en que le tiene manía por ser mujer y resulta que el jefe reparte sermones a partes iguales. Da igual a quién tenga enfrente. Si te cruzas en su camino el día que le estrujan los huevos desde arriba o que se levanta detestando el planeta y a sus habitantes, te comes una reprimenda de campeonato por la cara.

—Elizabeth nunca hubiera permitido que vinieras a trabajar con esas pintas.

El inspector se revuelve en la silla. Las palabras le caen encima con todo su peso. La realidad le sacude el alma hasta hacerla sollozar.

—Y si ya sabes la respuesta, ¿por qué me has llamado?

—Para decirte que puedes contar conmigo para lo que sea y que si necesitas unos días libres, solo tienes que decírmelo.

El inspector Escudero asiente agradecido. Su jefe es un gruñón de manual, entre el *Top 10* de los tocahuevos, pero también humano, y los ojos desamparados del inspector no han pasado desapercibidos para ninguno de sus compañeros.

—Gracias, pero prefiero mantenerme ocupado. Mi casa es un infierno.

Su superior apoya los antebrazos en la mesa y se inclina hacia él.

—¿Qué pasó? —pregunta.

—La cagué hasta el fondo —suelta sin pensarlo, como si su lengua estuviera deseosa de escupir la culpa, de expulsar esa verdad aniquiladora que le envenena cada porción del alma.

—¿Engañaste a Elizabeth con otra?

El inspector agacha la cabeza. Sus ojos verdes se llenan de sombras.

—No me apetece hablar de eso.

Su jefe vuelve a reclinarse en la silla y contonea los labios, señal de que está tramando algo.

«A ver con qué me salta este ahora. Conociéndolo, me dirá que me coja una borrachera y luego me vaya de putas».

Se equivoca. Pese a que, tras su segundo divorcio, hubo una época en la que el inspector jefe iba brincando de prostíbulo en prostíbulo y de bar en bar, se reformó desde que conoció a Margarita y se comprometieron. Se acabaron las borracheras y las juergas en general. Lo único que conservó fue su capacidad insaciable para sermonear.

—Cómprale unas flores, llévatela de vacaciones y no escatimes en gastos ni en regalos. Prométele que no le volverás a fallar y no te despegues de ella hasta que te perdone. Y no vuelvas a cagarla, que ya tienes edad para conocer al dedillo el funcionamiento de las mujeres y cómo debes tratarlas. El truco está en mimarlas y escucharlas, y en salir corriendo por unas flores cuando se encabronan y te vuelven loco de la cabeza repitiendo las mismas frases. Son unas quejicas y unas expertas en darle la vuelta a la tortilla y hacerse las víctimas, ¿pero quién coño puede vivir sin esas brujas? Las mujeres son la hostia. Un regalo del cielo. Nuestro

maná. Así que corre a recuperar a la tuya antes de que te la levante algún buitre. Si lo necesitas, te presto dinero.

«No hay dinero suficiente en el mundo que compre los valores inalterables de Elizabeth. Lo que necesito es un corazón nuevo. Un cerebro desmemoriado. Un alma inmune al amor. Y todo por un puto error».

Un error que pagará toda la vida. Un maldito error que lo ha condenado a convertirse en un asesino.

17
Cynthia

Los tres hermanos aguardan en el sofá a que su madre tome asiento frente a ellos. Los mira pensativa mientras se coloca los rizos detrás de las orejas.

—¿Qué dijo papá? —se impacienta Ana.

—Llamó para saber cómo estaba y si os había contado el motivo por el que se marchó. Me pidió que os dijera que no quería haceros daño y que lo perdonéis.

—¿Perdonarlo? ¿Después de lo que hizo? ¡No tiene perdón!

—Si no te conté antes el motivo de nuestra separación, fue precisamente para evitar que pasara esto. Vuestro padre es humano, no podemos culparlo por haberse enamorado de otra.

—Pero sí por haberte engañado.

—Me engañó a mí y yo lo he perdonado. Me falló a mí como marido, pero no a vosotros. Su conducta como padre siempre ha sido irreprochable. No se merece que le deis la espalda por querer ser feliz.

—Pero destrozó nuestra familia, mamá —insiste Ana.

—Seguimos siendo una familia. Sigue siendo vuestro padre. Que tenga hijos no implica que deba renunciar a su felicidad. Estará ahí, como siempre ha estado, cada vez que lo necesitéis.

—¿Dónde está? —pregunta Cynthia—. Me gustaría verlo antes de irme.

—Ni me lo dijo ni le pregunté.

—¿Está con su amante? —se interesa Ana.

—Tampoco se lo pregunté.

—¿Le preguntaste algo?

—Le pregunté si estaba bien, que es lo único que importa. Necesita tiempo. Volverá cuando lo decida y espero que lo recibáis

como se merece y que no le reprochéis nada.

—Pues no lo entiendo…

—No tienes que entenderlo. No es tu vida y no tienes derecho a juzgarlo, como él no ha hecho nunca contigo. Tu padre tomó una decisión y debemos respetarla.

—No sé cómo puedes hablar así después de lo que te hizo.

—Hablo así porque lo conozco y lo entiendo. Te estás comportando como una niña caprichosa. ¿Se equivocó? Sí, pero no podemos demonizarlo por eso ni olvidar todo lo que ha hecho por nosotros ni lo felices que fuimos juntos. Todos nos merecemos ser felices y papá también, aunque sea con otra mujer.

—¿Entonces vamos a las montañas o no? —interviene Iker—. Porque a mí se me quitaron las ganas.

—Iremos porque debemos seguir adelante, os apetezca o no —sentencia su madre—. Voy a preparar unos sándwiches y cuando termine, espero encontraros sentados en el maldito coche.

Iker coge las llaves de la mesa de la entrada y sale por la puerta. Lo sigue Ana, que camina pisando el suelo como si estuviera aplastando hormigas.

—¿Te ayudo? —le pregunta Cynthia a su madre.

—¿No me oíste? ¡Vete al maldito coche! —le ordena con la voz quebrada y los ojos a punto de reventar de lágrimas.

Cynthia sigue a sus hermanos y se sienta, junto a Ana, en el asiento trasero del todoterreno azul de segunda mano que su padre le regaló a Iker por su vigésimo cumpleaños. Su madre aparece por la puerta quince minutos después, portando un canasto. Se sube en el coche en silencio, con los ojos enrojecidos y el semblante sobrio, y emprenden la marcha hacia las montañas.

La radio es lo único que se oye durante el trayecto. Iker conduce concentrado en la carretera. Su madre pierde la mirada en el paisaje boscoso, con los ojos melancólicos. Ana se mensajea con su marido y Cynthia comprueba que el suyo no la ha vuelto a llamar.

«¿Estará con la morena asquerosa? —se pregunta mientras se esfuerza por contener las lágrimas para que su familia no la vea llorar—. Quédate conmigo, Jorge. Elígeme a mí, por favor. Por favor. No me hagas lo mismo que mi padre le hizo a mi madre».

18
Carlos

Carlos decide llevarse a su madre al centro para intentar distraerla. Le insiste en ir de compras, con su exmujer siempre funcionaba cuando andaba ofuscada, pero con su madre no surte efecto. Sigue desganada.

—¿Por qué no entramos en Primark y te compro una bata?

—Ya tengo una.

—Esa bata verde es de cuando hice la primera comunión. Tiene más agujeros que el erario público.

—Me gusta mi bata. No quiero otra.

—¿Y si nos sentamos en alguna cafetería y tomamos algo?

—No me apetece. Quiero irme a casa.

—No puedes estar encerrada en casa todo el día, mamá. Pareces un vampiro.

—¿Me estás llamando «chupasangre»? Qué sinvergüenza.

«Lo que faltaba… Hoy se levantó victimista. Vaya día me espera y no son ni las diez…».

Están paseando por la avenida cuando recibe un wasap de su excuñado con las señas del club de lectura al que acudía su hermana. Se encuentran a unos metros del restaurante donde se sentaba Belinda con su amante. El club se ubica en el edificio grisáceo que se erige al otro lado de la calle, junto a una sucursal de La Caixa.

Cruzan la calzada y se detienen frente al portal. No hay ninguna indicación que señalice la existencia de un club de lectura, más bien parece un edificio residencial. En el interfono solo figuran los números de los pisos. Seis viviendas, dos por planta.

—¿Puedo ayudarlos? —les pregunta una señora, con una boina verde pistacho, que porta unas llaves en la mano.

—¿Vive aquí? —pregunta Carlos.

—Sí. ¿A quién buscan?

—Estamos buscando un club de lectura.

La señora arruga la frente.

—No me suena que haya un club de lectura por aquí cerca.

—Mi hermana viene a uno y su marido nos dijo que está en este edificio.

—Pues su cuñado se equivoca. Aquí no hay ningún club de lectura.

—¿Está segura?

—Soy la propietaria del inmueble.

Carlos la mira contrariado. Si no hay un club de lectura, allí debe ubicarse entonces el piso del amante de Belinda.

—¿Vive algún hombre?

La señora niega con convicción.

—Solo hay seis viviendas y están ocupadas por viudas o mujeres que estamos solas y nos hacemos compañía. Nos reunimos por las tardes y puedo garantizarles que ninguna está relacionada con un club de lectura.

—Ha sido muy amable. Gracias.

—De nada —responde la mujer mientras introduce las llaves en la cerradura.

Se quedan frente al portal hasta que la puerta se cierra en sus narices. Carlos le pide a su madre que lo espere allí en lo que se acerca al edificio situado al otro lado de la sucursal. En el interfono aparecen los nombres de los residentes y ninguno se corresponde con un club de lectura. Regresa junto a su madre, saca el móvil de la cazadora y llama a su excuñado para que le corrobore la dirección.

Están en el lugar correcto.

Es el único edificio gris situado frente al restaurante Las Brasas, pegado al banco.

—Aquí no hay ningún club de lectura —le confirma Carlos a Demetrio.

—Puede que esté cerrado por vacaciones o que se hayan mudado.

—Nunca ha habido un club de lectura. Acabo de hablar con la propietaria del edificio.

—A lo mejor no está enterada o puede que sea ahí donde vive el amante de Belinda.

—Solo viven seis marujas y se reúnen todas las tardes a chismorrear.

—Pues yo qué sé. Pregúntaselo a tu hermana.

—¡Lo haría si supiera dónde cojones está!

—¡Pues búscala y déjame tranquilo!

—¡Me cago en tu puta madre!

—Y yo en la tuya —grita su excuñado antes de cortar la llamada.

—Pues no va y me cuelga el teléfono, el hijo de su puta madre —exclama Carlos fuera de sí—. Si lo tuviera ahora mismo delante, le reventaba la cabeza.

—Espero que esa amenaza sea fruto del calentón y no la lleves a cabo. No me gustaría tener que detenerte.

Se vuelven hacia la mujer situada a sus espaldas. Carlos la escanea de arriba abajo. Alta y estilizada, con una melena rubia que le cae sobre los hombros, una mirada castaña imponente y una sonrisa que derrite hasta a un muñeco de hielo.

—¡Flaca! —exclama su madre—. Qué alegría verte —dice mientras la saluda con dos besos y un abrazo—. Es mi hijo. No le hagas caso, no hablaba en serio. Tiene la misma mala leche que el padre que lo trajo y que menos mal que se largó al carajo. Te presento a la Flaca —le dice a Carlos—. Es policía. La conocí en la cafetería de Felipa. Nos tomamos un café cuando coincidimos.

Carlos hace además de estrecharle la mano, pero ella se le acerca en busca de dos besos.

—Tranquilo, que no muerdo. Soy una poli buena —le aclara con una mirada coqueta—. No sabía que tenías un hijo tan guapo —añade mientras observa los dedos de Carlos en busca de una alianza.

Su móvil interrumpe el flirteo. Es del taller. Responde de mala gana.

—¡¿Qué?!

—Tengo que contarte algo sobre tu coche.

—¿No me digas? Pensaba que me llamabas para hablarme de física cuántica.

—Es en serio. Me dijiste que tu vecino te dijo que se le salió una rueda…

—Unos días después de que se las cambiaras.

—No fue un error nuestro. Las llantas eran nuevas, yo mismo me encargué de colocarlas. Estaban impecables...

—Te dejé el coche una semana para que lo dejaras como nuevo y a las primeras de cambio, se le sale una rueda. ¿Y me vienes con que las llantas estaban impecables? ¿Qué me estás contando? Tu taller tiene seguro y unos padres perdieron a su bebé. Alguien tiene que compensarlos.

—Lo haría con gusto si la culpa fuera nuestra, pero no lo es. La llanta tiene muescas entre las estrías.

—¿Y?

—Alguien aflojó los tornillos con una llave distinta de la original.

—¡¿Estás seguro?!

—Lo dudaría si no las hubiera colocado yo, pero me esmeré a fondo porque me gus… me caes bien y quería impresionarte.

La Flaca enmudece. Nota los sofocos sudorosos del miedo. El corazón desbocado. Las pulsaciones disparadas. Una sola idea, nítida y brutal, le perfora la mente.

Alguien intentó matarla.

¿Quién? ¿Y por qué?

19
Cynthia

Tras una hora y media de trayecto silencioso, Iker aparca su todoterreno en un descampado, frente a un bosque de pinos negros. Hay media docena de vehículos. El olor a naturaleza les alegra el humor a todos, menos a él, que parece que tuviera una acelga pegada en la cara. Recorren el sendero que se abre paso entre los árboles y caminan hasta que llegan a un pequeño arroyo que discurre entre las rocas sembradas a lo largo del valle.

Su madre extiende sobre la hierba un mantel de cuadros blancos y rojos y saca del canasto un termo y un tubo de vasos de plástico.

—¿A quién le apetece un café?

Todos asienten y se sientan sobre el mantel. Sorben en silencio, encandilados con el paisaje y sus contrastes. El azul nítido del cielo despejado, las montañas verdosas y la alfombra de flores que colorean el jardín de rocas. El arrullo del agua resulta relajante. Unos rayos tibios les acarician la piel. La primavera está avisando de su llegada inminente.

Iker se levanta y se remoja los pies en el arroyo. Su madre decide dar un paseo sola y Cynthia y Ana se quedan sentadas en el mantel.

—¿No te extraña ese cambio radical de mamá? —pregunta Ana mientras observan cómo su madre se pierde entre la vegetación—. Estuvo más de una semana tirada en la cama y ahora, de repente, dice que ha perdonado a papá y que no pasa nada. Me da que se está volviendo majareta.

—Fue después de que papá la llamara. Le confirmaría que no piensa volver y mamá está luchando por seguir adelante. Es consciente de que, por mucho que le duela, debe remontar, y la mejor forma de hacerlo es sin rencores. Olvidar y continuar.

—No sé qué haría si me faltara Josué.

—Aceptarlo y seguir viviendo. No queda otra.

Igual que hará ella si Jorge la deja. Prefiere no pensarlo. La teoría es maravillosa, pero la práctica suele resultar bastante engañosa y dolorosa en los asuntos del corazón.

—¿Y qué me dices de Iker? —pregunta cambiando de tema—. Lo noto raro con mamá. Evita mirarla a la cara, apenas le dirige la palabra y esta mañana pasó por delante de ella como si no existiera.

—Creo que la culpa de que papá se fuera. Hace unos días los oí discutir cuando fui a visitarla.

—¿Por qué discutían?

—No lo sé. Estaban en la habitación de mamá. Iker le estaba recriminando que no le contara nada y mamá se disculpaba. Cuando me vieron, se callaron e Iker corrió a encerrarse en su cuarto. Los dos estaban llorando.

—Sería cuando mamá le contó lo de la amante de papá. No puede culparla de que papá se marchara y tampoco de que le ocultara que sospechaba que estaba con otra. Mamá se negaba a admitirlo y nunca se le pasó por la cabeza que papá la dejara. Tenía la esperanza de que se tratara de una aventura pasajera.

—Pues se equivocó. En el amor nunca hay que dar nada por sentado.

—Dímelo a mí —susurra Cynthia.

Su hermana la mira apenada.

—¿Crees que lo tuyo con Jorge tiene solución?

—No lo sé y tampoco quiero pensarlo. Me resulta insoportable la idea de tener que empezar mi vida sin él. Prefiero dejar las cosas en manos del destino por ahora y rezar para que se aburra pronto de la morena asquerosa.

Su móvil empieza a sonar. Es su marido, desde el despacho otra vez. Aunque sigue sin apetecerle hablar con él, se aleja unos metros para atender la llamada.

Ojalá no hubiera contestado…

20
El inspector Escudero

—¡Por fin apareces, «doña hago lo que me sale del coño»! —exclama el inspector Escudero cuando la Flaca cruza la puerta de su despacho—. ¿No has visto mis llamadas? ¿Dónde estabas?

—Me dio un ataque de fiebre, como a ti el otro día. Debe de haber un virus —suelta sin pestañear.

El inspector le pide que cierre la puerta y se siente. Se reclina en el sillón y tamborilea con los dedos sobre la mesa en lo que escruta el semblante descolorido de la subinspectora.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—El del taller me dijo que alguien manipuló la rueda de mi coche.

—Gilipolleces. Eso lo dice para no hacerse responsable de la muerte de un bebé por su puta negligencia.

—Vi las marcas en la llanta.

—Pudo hacérselas él para librarse del marrón que se le viene encima. Tenías que haberlo denunciado. Tu coche no debería de estar en su taller.

—¿Y si alguien intentó matarme?

—¿Quién? ¿Algún delincuente que metiste en la cárcel o un familiar suyo? ¿Cuántas amenazas de muerte recibe la policía de este país y cuántas se llevan a cabo? Mucho perro ladrador sin dientes. La gente no está tan loca.

—Estaba pensando en mi exnovio. ¿Y si decidió cumplir su promesa de quitarme la vida?

El inspector niega convencido.

—Tuve una pequeña charla con él cuando pasó todo y le dejé claro que, si te ponía un dedo encima, le arrancaba la polla con unos

alicates. También le advertí que, por su bien, lo mejor sería que se mudara de ciudad y me hizo caso. Lleva unos meses trabajando en una inmobiliaria en Valencia; lo tengo controlado. Si no fue el del taller, lo más probable es que la rueda la aflojara algún hijo de puta que se dedica a joder a los demás cuando se aburre.

—¿Piensas que pueda tratarse de una gamberrada?

—¿Por qué no? ¿No has visto cómo han aumentado la tasa de criminalidad y los actos vandálicos en los últimos tiempos? Cada vez hay más delincuentes sueltos.

La Flaca se reclina en la silla, cavilosa. La teoría del inspector no la termina de convencer. Puede que esté en lo cierto, pero… ¿y si se equivoca?

—¿Te importa si me cojo el día libre? No me encuentro bien.

—Me dijeron que hay un virus de fiebre. A mí me tumbó el otro día —bromea—. Llámame si necesitas hablar, a la hora que sea.

—Gracias, jefe.

Cuando la Flaca sale por la puerta, el inspector teclea en internet el nombre del taller, contacta con los de Informática y les pide que localicen al *hacker* que colabora con ellos para que husmee en el sistema del taller en busca de alguna ilegalidad. Cuarenta minutos después recibe la información pertinente.

«Te tengo», exclama cuando cuelga la llamada.

Se sube al Audi y se dirige al taller donde está el Opel Zafiro siniestrado de la Flaca. Tiene una conversación urgente con el dueño, Eusebio Segura. Apechugará con la indemnización por la muerte del bebé por las buenas o por las malas. Él decide.

Después de dejarle claro al tal Eusebio que, si no asume su responsabilidad en el accidente mortal, Hacienda recibirá una copia de la contabilidad B de su empresa, se queda sentado en el asiento de su coche durante unos minutos. Consulta en el móvil el wasap que le envió un compañero con la nueva dirección de su todavía esposa.

Elizabeth ha vuelto.

Se encuentra a una hora de distancia en coche, en un pueblo pesquero de menos de trescientos habitantes. Oculta la identidad de

la llamada y marca su número. Cuelga cuando oye su voz melosa y el eco de los aullidos de su corazón le horada el pecho.

Introduce la dirección en Google Maps y se incorpora a la autopista. El tráfico está fluido y hunde el pie en el acelerador. En cuestión de segundos, los terrenos infinitos, salpicados de árboles y casas, que conforman el paisaje se transforman en manchas marrones, verdes y blancas. Conduce ansioso, con un nudo en el estómago cuyo origen no logra descifrar.

¿Los nervios o el dolor que entraña saber que verá a Elizabeth y que no podrá acercarse a ella?

Ya nunca podrá abrazarla ni besarla. Nunca más volverá a hacerle el amor. No volverá a despertarla a besos y tampoco le acariciará el cabello hasta que se quede dormida. Ya nunca más le hará cosquillas mientras friega la losa. No volverá a achucharla entre sus brazos, a revivir en su calma. Solo le queda amarla en la distancia.

Llega a su destino a la hora del almuerzo. Un pueblo de viviendas blancas con ventanas y puertas verdes. Calles estrechas empedradas. Una plaza redonda azulejada. Ropa y sábanas tendidas en las fachadas. Perros y niños correteando en cada esquina. Aparca junto a la plaza y se dirige a la avenida guiado por el olor a salitre que flota en el aire. Elizabeth vive en una de las casas de dos plantas que recorren el paseo. Solo hay un restaurante, con sombrillas blancas junto a mesas y sillas de plástico rojo.

Apenas ha caminado unos metros cuando la ve. Está sentada en la terraza de su nueva casa, frente a una parrillada de pescado y una copa de vino blanco. Lleva una pamela y unas gafas de sol y tiene la vista perdida en el mar y sus destellos. Se la ve relajada, pero triste. Ella también lo ama, pero nunca lo perdonará. No es digno de su amor. La traicionó. Le mintió. Lo estropeó todo. No se merece que le arruine la vida. Elizabeth no debe pagar sus errores. Se merece lo mejor, se merece ser feliz.

«Adiós, Fiera. Gracias por haberme hecho el hombre más feliz del mundo y perdóname», susurra para sí.

Se seca las mejillas y vuelve al Audi. Cuando se sienta al volante, borra en el móvil los datos de su exmujer. Acaba de pasar página,

con mucho dolor, pero con una voluntad de acero. Por ella. Por su bien. Para protegerla de sus pecados.

«Te querré siempre».

De regreso a la ciudad, decide comer algo en la cafetería a la que lo llevó la Flaca unas semanas antes. Si no recuerda mal, servían el menú hasta las seis de la tarde. Espera que no haya mucha gente. Le apetece estar tranquilo, sin tener que escuchar a los frustrados de las mesas colindantes quejándose de su mierda de vida. Siempre el mismo monotema. La gente está amargada y amargan a los demás.

Observa el interior cuando pasa frente a la cristalera. Reconoce la media melena rubia de la Flaca. Está sentada con la madre y el hermano de Belinda.

Empieza la cuenta atrás.

Tictac, tictac.

21
Carlos

Carlos y su madre almuerzan en silencio unos huevos con salchichas y patatas fritas que improvisaron en un momento. Son casi las cuatro de la tarde y ninguno tiene hambre. Comen por obligación, rumiando para sus adentros sobre la visita al club de lectura ficticio al que acudía Belinda.

—¿Tú también estás pensando que hay algo que no cuadra en la desaparición de tu hermana? El club de lectura no existe y tampoco vive allí su amante —dice su madre.

Carlos la mira pensativo durante unos segundos.

—Sinceramente, no sé qué pensar. Puede que Demetrio tenga razón y que la dueña del edificio no sepa nada del club de lectura o que el supuesto amante de Belinda sea el hijo de alguna de las inquilinas y su casa les sirviera como punto de encuentro.

—Yo sigo pensando que Demetrio nos mintió. Conoces a tu hermana. Es una muchacha decente, nunca actuaría así. Dejó a ese sinvergüenza por algo que le hizo y no quiere que sepamos la verdad.

«¿Qué verdad?», se pregunta Carlos, y se le eriza la piel. ¿Qué les está ocultando su excuñado?

—¿Quién te dice que no le dio una paliza y que Belinda está esperando a que se le quiten los moretones para volver? —dice su madre.

—¿Y por qué tiene el móvil apagado? No tiene sentido. Mañana me pasaré por la cafetería para que Demetrio me cuente qué fue lo que pasó realmente entre ellos.

—¿Y por qué no hoy?

—¿Porque lo insulté y me colgó el teléfono? Prefiero darle tiempo para que se relaje, estará más colaborador. Quédate tranquila. ¿Me

preparas un café?

Su madre se levanta y se vuelve a sentar.

—Se acabó esta mañana. No me acordé de comprarlo cuando salimos. Tengo la cabeza patas arriba.

—No pasa nada. ¿Me acompañas a la cafetería esa que te gusta tanto?

Quince minutos después aparcan frente a la cafetería de Felipa. Un local con las baldosas blancas y negras y las mesas y las sillas rojas de Coca-Cola. Ya pasó la hora del almuerzo y solo quedan algunos clientes rezagados, tomándose el café de la sobremesa.

—¿Esa no es la policía amiga tuya? —le pregunta Carlos mientras señala una de las mesas del fondo.

—¡La Flaca! Sentémonos con ella.

Carlos agarra a su madre del brazo y la frena.

—A lo mejor quiere estar sola, creo que está llorando.

Su madre la mira entornando los ojos.

—Pobre… —murmura cuando descubre las lágrimas que la Flaca se apresura a borrar del rostro con el clínex que estruja en la mano—. Con más motivos debemos sentarnos con ella —dice al tiempo que se encamina hacia la mesa.

Carlos la sigue meneando la cabeza.

«No tengo yo bastante con lo mío, como para aguantar lo de los demás».

Cambia de idea en cuanto su mirada se cruza con los ojos afligidos de la subinspectora. Le apetece achucharla entre sus brazos. Está rota.

—¿Un tequila? —bromea en cuanto se sientan.

—¡¿Un tequila?! —exclama su madre.

La Flaca no pilla la ironía y acepta la propuesta.

—Dos chupitos de tequila y una tila, por favor —le pide al camarero que pasa a su lado.

—Enseguida —responde el muchacho.

Carlos trata de disimular su semblante descompuesto. ¡¿Un tequila?! ¿Y a esas horas? La última vez que probó el tequila fue en su propia boda y tuvo que provocarse el vómito para poder cumplir en la noche nupcial. La resaca le duró varios días. Se juró que nunca

más volvería a beber tequila. ¿Quién cojones lo mandó a abrir la boca?

Su madre le coloca a la subinspectora un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Estás bien? —le pregunta.

La mirada vidriosa de la Flaca se desploma en el suelo y surge más nítida unos segundos después.

—No, pero no me apetece hablar del tema. Esta noche tengo mucho en lo que pensar.

Intentaron matarla y sospecha quién fue. Después de abandonar la comisaría, fue a la oficina de Tráfico en la que trabaja su primo y le pidió que le dejara echarle un vistazo a las cámaras que peinan su barrio.

No encontró el Peugeot de su expareja, pero vio un Audi Q3 negro que reconoció. Entraba a la 1:45 de la madrugada y salía a las 2:20.

Conoce la matrícula.

22
El inspector Escudero

El inspector Escudero entra en la cafetería de Felipa y camina directo hacia la mesa que ocupan la Flaca, Carlos y su madre.

—Buenas tardes —saluda.

Nota el sobresalto que sacude a la subinspectora, sus ojos temerosos y desafiantes a la vez, la lividez que destiñe su rostro. No hay duda. Sabe que fue él quien le manipuló la rueda del coche.

¿Cómo se enteró?

La respuesta irrumpe en su mente como un cohete: las cámaras de tráfico. La muy cabezota debió de revisarlas en busca del coche de su exnovio y reconoció el suyo.

Ante la pasividad de la subinspectora, se presenta él mismo.

—Me llamo Andrés. Trabajo con la Flaca.

—Yo soy Carlos y ella es mi madre: Belinda.

—Encantado. ¿Puedo sentarme o interrumpo algo?

Carlos le hace un gesto con la mano para que tome asiento.

—¿Qué estáis celebrando? —pregunta mientras observa los vasos de chupito y las rodajas de limón mordisqueadas que hay sobre la mesa, junto a un salero.

—Más bien, sobrellevando —responde la subinspectora sin mirarlo.

—Me apunto. Otra ronda por aquí, por favor, y tráeme el menú del día, que todavía no he almorzado —le pide al camarero que se dirige a la barra.

—Solo nos quedan sopa y chuletas —le aclara el muchacho.

—Lo que sea.

—Nosotros nos vamos ya —dice Carlos al tiempo que se levanta.

Su madre se incorpora detrás.

—Sí, estoy cansada. No te olvides de avisarme si descubres algo de mi hija —le ruega a la Flaca.

—Perdonen por entrometerme, pero tengo los oídos de un búho. ¿Le ocurre algo a su hija? —le pregunta el inspector Escudero.

—Dejó al marido y no hemos vuelto a saber nada de ella.

—Esposa a la fuga… —murmura mientras se rasca los pelos de la barba—. No se preocupe, volverá. En la comisaría vemos casos de esos todos los días. Por desgracia, no podemos hacer nada. Las personas tienen derecho a desaparecer. Sería distinto si hubiera hijos de por medio o el marido dependiera de ella económicamente. En ese caso, se podría interponer una denuncia por abandono de hogar y podríamos buscarla.

—Ya me lo explicó la Flaca, pero no lo entiendo. ¿Y si no vuelve en meses, tampoco pueden hacer nada? —pregunta la mujer.

El inspector niega con la cabeza.

—Se fue por voluntad propia. Usted misma lo ha dicho: abandonó a su marido y se largó.

—Eso dice él, pero su desaparición es muy extraña. Belinda es una muchacha razonable, nunca actuaría así. No me daría estos disgustos. Además, su exmarido afirma que mi hija tenía un amante y es mentira.

—¿Puede demostrar que su hija no tuviera una aventura?

La mujer frunce los labios de impotencia.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para averiguar dónde está Belinda —interviene La Flaca.

—Gracias. Eres un encanto.

—Vámonos ya, mamá —dice Carlos sin quitarle la vista de encima al inspector.

Le desagrada ese hombre, no solo por la escasa empatía que acaba de mostrar. Es su mirada. Indefensa a ratos, oscura por momentos.

El inspector Escudero observa a Carlos hasta que sale por la puerta. Se dio cuenta de cómo lo estaba mirando. Sospecha que le traerá problemas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta la Flaca.

—Comer. ¿Y tú? ¿Me pediste el día libre para pillarte una borrachera?

—Necesito olvidar el día de hoy por un rato o voy a volverme loca.

—¿Estás así por la muerte del bebé de tus vecinos?

La subinspectora niega con un movimiento de la cabeza mientras juguetea con el salero.

—¿Quieres hablarlo? —le pregunta su jefe.

La Flaca lo mira a los ojos durante unos instantes. El inspector puede divisar el ajetreo que se ha despertado en su mente. Ha visto esa mirada analítica en los interrogatorios. En las retinas de la subinspectora desfilan reglas, metros, pesas y calculadoras. Está estudiándolo, evaluándolo, puede que hasta juzgándolo.

O intercede en breve o acabará siendo condenado.

—No quiero hablar de ello —contesta la Flaca antes de apurar de un trago uno de los dos chupitos de tequila que el camarero acaba de dejar en la mesa.

El inspector Escudero la imita.

—Yo también quiero olvidar —dice regañado tras chupar media rodaja de limón.

Es hora de distorsionar la realidad.

—Mi exmujer está con otro. Viven en tu barrio, a un par de calles de tu casa. Anoche estuve por allí. Esperaba verla asomada en la ventana. Solía tomarse una taza de leche caliente a las dos de la mañana, antes de acostarse, pero parece que también ha cambiado de costumbres. Si la ves, dale recuerdos.

La Flaca permanece en silencio durante unos minutos, reflexionando, rellenando huecos, tumbando incógnitas.

—Lo siento mucho, jefe —suelta al fin—. ¿Otro tequila?

El inspector asiente en lo que estudia el rostro de la subinspectora. La desconfianza se ha desvanecido de sus ojos. Las reglas, los metros, las pesas y las calculadoras han vuelto al cajón de su mente.

Se ha tragado su historia.

No solo es una buena policía, sino también una muy buena persona. Pura inocencia. Cero malicia. Un sol de mujer. Pero no

puede dejar ni un solo cabo suelto por mucho que le pese. La Flaca acabará llegando hasta él. Nunca olvida una matrícula.

Debe morir.

23
Cynthia

Cynthia entreabre los ojos y dirige la vista hacia la ventana. La claridad del día se desliza entre los resquicios de la persiana y proyecta manchas de luz en el suelo. Se estira entre las sábanas y se levanta de un salto. Durmió del tirón. Anoche su hermana Ana por fin volvió a su casa y se libró de sus ronquidos de locomotora averiada.

Sube la persiana y contempla el cielo. Azul, punteado de retazos blancos desprendidos de nubes sueltas; reconfortante, menos triste que ella. Se da una ducha, se viste con unos vaqueros anchos y una camiseta negra y baja a la cocina en babuchas.

Su madre se está secando las manos con un paño.

—Buenos días, mamá.

—Vaya horas… ¿Dormiste bien?

—Caí en la cama como un saco.

—Queda café. —Deja el paño sobre la encimera y señala la cafetera que reposa sobre la vitro—. Voy al mercado a comprar algo de carne y verdura. Hoy vendrán a comer Ana y su marido.

Cynthia se sirve una taza de café, la endulza con tres cucharadas de azúcar y sale a la terraza. Su hermano Iker está apoyado en la baranda, con la vista clavada en la casa vecina. Un grupo de operarios se congrega alrededor de la piscina vacía y observan preocupados el poliéster resquebrajado bajo el peso del pedrusco que ha caído dentro. Tiene el tamaño de un contenedor de basura.

—Buenos días, enano.

—Buenas, marmota. Ya pensaba que no te levantabas hasta la hora de comer —dice Iker sin volverse.

—Dormir con Ana es como dormir con una amasadora de cemento al lado. Menos mal que anoche le dio por volver a su casa.

Se acerca a la barandilla y también espía la vivienda de los nuevos vecinos.

—¿Están jugando al golf con pedruscos?

—Los vecinos contrataron a los Picapiedra y parece que se les alborotaron un poco.

—Ahora fuera de cachondeo. ¿Cómo acabó esa piedra dentro de la piscina?

—Al incompetente de la excavadora le regalaron el carnet con la revista *Lecturas*. Casi acaba dentro también.

—Parece nueva.

—La instalaron la semana pasada.

—Vaya putada. No me extraña que los dueños estén que se suben por las paredes —comenta mientras observa a la pareja rubia increpando a los obreros y haciendo aspavientos con las manos en dirección a la piscina—. Tendrán que cambiarla.

—Eso me temo —suelta tras un bufido.

—¿Y a ti qué más te da si no vas a pagarla tú?

—Pero me despertará el ruido de la excavadora a las ocho de la mañana. Estoy de vacaciones y me gustaría levantarme cuando me salga de las pelotas.

—Como yo. También estoy de vacaciones —dice mientras toma asiento en las sillas de la terraza.

Coge un cigarro del paquete de Chester que hay sobre la mesa, junto a la orquídea mustia que su padre le regaló a su madre dos semanas antes, y le ofrece uno a su hermano.

Iker lo acepta y se sienta frente a ella.

—¿Y qué piensas hacer en tus vacaciones? —pregunta tras encenderse el cigarro y soltar una bocanada de humo.

—Pensaba sorprender a Jorge con una escapada de fin de semana en un hotel rural —dice con tono melancólico.

—¿Has hablado con él?

—Me llamó cuando fuimos a las montañas con mamá. Me preguntó cuándo volvía. Quiere hablar conmigo.

—¿De qué?

—Prefiere hablarlo en persona.

Iker entorna los ojos.

—¿Crees que te confesará que tiene una amante?

Cynthia siente como si un puño de miedo le golpeara el pecho.

¿Qué si no?

—Estoy convencida. Lo que me preocupa es si me lo contará porque se arrepiente o porque decidió dejarme.

Su hermano resopla agrandando sus enormes ojos verdes.

—No me gustaría estar en tu pellejo por nada del mundo. No quiero imaginarme lo que estás pasando.

—No te creas. Anoche dormí a pierna suelta. Me he levantado renovada. Ya no estoy hecha polvo, solo triste. Mi drama es incomparable con el de mamá. Verla resurgir me ha dado fuerzas. Pase lo que pase, seguiré adelante, con Jorge o sin él.

—Así se habla. Estoy orgulloso de ti.

Cynthia le dedica una sonrisa y chocan las manos.

—¿Y tú qué? ¿Cómo va tu historia con la casada?

Otro resoplido, esta vez, más prolongado y fatigado.

—Voy a confesarte algo y me gustaría que quedara entre nosotros de momento.

—Tranquilo, solo se lo contaré a Ana —bromea.

—Perfecto, así en un par de días se enterará España entera de que soy *gay*.

—¿Te gustan los hombres?

—En eso consiste básicamente ser *gay*.

—Gracias por la aclaración, no tenía ni idea —suelta con ironía—. ¿Sabes? Lo sospeché en su momento porque nunca traías a casa a ninguna chica, pero enseguida se me fue esa idea de la cabeza. Pensé que simplemente estabas centrado en tu vida y que pasabas de las mujeres. No tienes pinta de *gay*.

—No todos los *gays* son locas.

—Será que a todos los que conozco se les nota. ¿Y por qué no quieres que lo sepa nadie? ¿Lo dices por papá?

—Ya sabes que piensa que los homosexuales son unos enfermos mentales.

—Pues tendrá que actualizar su cerebro anticuado. Además, se fue. No podrá echarte de casa.

—¿Tú crees? Sería capaz de volver solo para sacarme a patadas.

—Papá es un bruto, pero eres su hijo.

—Cómo se nota que hace años que no vives aquí. Papá se volvería loco si se enterara de que me atraen los hombres. Se armaría la tercera guerra mundial. Dejó de hablarle a su mejor amigo cuando se enteró de que su nieto es «un maricón de mierda».

—Vaya, no pensé que fuera así…

—Mejor no hablemos de papá.

—Hablemos de tu enamorado entonces. ¿La cosa anda mejor entre vosotros?

—No sé nada de él.

—¿Y por qué no vas a buscarlo?

Iker le da una calada al cigarro y la mira taciturno mientras expulsa el humo.

—Porque no puedo. No es tan fácil… y no me apetece hablar de eso ahora. Tengo otros problemas en la cabeza. El amor puede esperar.

—¿Qué es tan importante como para que reniegues del amor?

—Mamá —suelta tras un silencio.

—Mamá ya aceptó lo que le pasó y se está reinventando. Le costará, pero saldrá adelante. No puedes dejar tu vida a un lado. Y ahora que la mencionas, tu actitud hacia ella tampoco creo que ayude demasiado.

Iker la mira extrañado mientras aplasta la colilla en el cenicero.

—Me he dado cuenta de que la ignoras todo el tiempo y casi no la miras a la cara. Ana me dijo que os vio discutir hace unos días.

—Ana es una chismosa.

—No me cambies de tema. ¿Culpas a mamá de que papá se fuera?

Iker desvía la mirada hacia los jirones de nube que se esparcen en el cielo mientras sopesa la respuesta.

—La culpo por haberme hecho vivir una vida de mentira.

—¡Qué exagerado!

—No exagero. Créeme que no exagero —dice con el semblante pensativo y la mirada ausente.

Cynthia deduce que hay algo que se le escapa en la historia de sus padres.

¿Qué es ese algo que su hermano conoce y que su madre no le ha contado? ¿Ese es el motivo por el que Ana los oyó discutir?

Está a punto de abrir la boca para ahondar en el asunto cuando suena el timbre. Iker se levanta y se asoma a la ventana del salón. Vuelve a la terraza antes de abrir la puerta.

—Es tu marido.

24
Carlos

Carlos estira las sábanas sobre el colchón y extiende el edredón por encima, se da una ducha y busca a su madre por la casa. La encuentra en la antigua habitación de su hermana Belinda, sentada sobre la cama. Un puñado de lágrimas descienden por sus mejillas y humedecen la colcha violeta que está acariciando embelesada.

—Se quedaba a dormir los sábados. Todavía huele a ella.

—Volverá a dormir aquí.

Ella lo mira con los ojos descorazonados.

—Tengo un mal presentimiento. Algo en mi interior me dice que a Belinda le ha pasado algo malo.

Rompe a llorar desconsolada. Carlos se sienta a su lado y la abraza. Escarba en su cerebro en busca de alguna frase de consuelo entre el revuelo de pensamientos pesimistas que monopolizan su mente.

Él también lo ve todo negro.

También tiene el siniestro presentimiento de que el silencio de Belinda está plagado de sombras.

—Volverá sana y salva —miente, tanto a su madre como a sí mismo.

—Me dijiste que hoy irías donde su exmarido.

—Iré cerca de la hora del mediodía, que habrá menos gente.

Su madre se aferra a su pecho con fuerza.

—Gracias, hijo. Voy a hacerte el café —dice mientras se seca las mejillas.

—Ahora voy.

Cuando su madre sale por la puerta, se levanta de la cama y contempla las fotografías antiguas colgadas en las hojas del armario. Imágenes con sus abuelos en las montañas, junto a la vieja

camioneta roja en la que los llevaba al colegio; de las barbacoas de los sábados, cuando su madre los visitaba. Instantáneas con su grupo de amigos en el instituto, sentados en el parque con las mochilas en el suelo, reunidos en una cafetería, bañándose en el río en ropa interior. *Selfies* de ambos en la terraza de su antigua casa, acurrucados en una manta.

Se acerca al tocador y observa los dos portarretratos rosas que decoran las esquinas. En uno aparece su madre y en el otro, él. Datan de las navidades pasadas, cuando todavía estaba con Marta. Las últimas festividades que pasarían juntos. Sobre la mesa de noche, un marco dorado con forma de corazón muestra la imagen de su hermana. Es reciente. Luce una sonrisa risueña y su característica trenza negra.

Acaricia la foto con los dedos y luego con los labios.

«Te echo de menos».

Devuelve el portarretrato a la mesa de noche y coge el libro que hay junto a la lámpara: *Los puentes de Madison*, la novela preferida de la romántica de su hermana.

Descubre un puñado de hojas de comanda ocultas en el interior.

Notas de amor.

No veo el momento de tenerte otra vez entre mis brazos. Anoche me hiciste el hombre más feliz del mundo.
Te quiero

Echo de menos el tacto de tu piel. Ya no sé vivir sin ti. No me siento entero si no te tengo a mi lado.
Te quiero

Anoche no pude dormir recordando nuestro encuentro. Tus besos, tu olor, el contorno de tu cuerpo… Quiero volver a tenerte. Hoy y siempre.
Te quiero

Venir a la cafetería es aterrizar en la antesala del cielo. Eres mi ángel, mi universo entero.

Te quiero

Verte a diario y no poder tocarte me está matando. Necesito más. Lo necesito todo.
Te quiero

La última nota le encrespa la piel.

Lo dejaría todo por ti. Solo dímelo y desaparecemos. Juntos. Solos tú y yo.
Te quiero

25
El inspector Escudero

El inspector Escudero no encuentra aparcamiento frente a la cafetería Don Pepe y estaciona su Audi dos calles más abajo. Saca el brazo por la ventanilla y le echa un vistazo al cielo salpicado de nubes sueltas. Hace bueno y decide dejar el abrigo en el asiento trasero. El ambiente primaveral flota en el aire. En las noticias anunciaron un ascenso generalizado de las temperaturas. La estación del amor acaba de aterrizar para quedarse unos meses. La gente camina sin prisas, con el rostro sonriente, alegres porque los chubascos intermitentes de los últimos días hayan remitido y el frío invernal decidiera regresar a su hogar hasta el final del año.

La cafetería está a reventar, en la terraza no cabe más gente. Por suerte, Lola siempre le reserva una mesa en el fondo del local. Desayuna ensimismado en sus pensamientos. Augurios pesimistas. El destino está apretando sus manos aplastantes alrededor de su cuello. El encuentro del día anterior con la Flaca y la madre y el hermano de Belinda le perturbó el sueño.

El asunto empieza a complicarse.

No le interesa que la Flaca indague en la vida de Belinda y conoce de primera mano lo testaruda que puede llegar a ser. Y encima, se lleva genial con la madre y ha notado los ojitos de cordera con los que mira al hermano, por lo que se esforzará por impresionarlo. La cosa está jodida. El tiempo juega en su contra y, por mucho que meditó durante la noche, la almohada no le brindó más opciones.

Tiene que hacerlo.

La palabra «mátala» resuena en su mente como un altavoz a todo volumen. El eco se estrella contra sus tímpanos y atosiga su cerebro.

«¡Mátala! ¡Mátala! ¡Mátala!».

—¿Cómo estaba la tortilla? —le pregunta Lola mientras recoge el plato.

—Como siempre, la mejor tortilla con cebolla del barrio. Tráeme la cuenta cuando puedas.

—Añádele un cortado y un pincho de la mejor tortilla del mundo. —La Flaca se sienta frente a él—. El jefe va a invitarme a desayunar.

—Pero qué morro tienes —protesta el inspector.

—Lo que tengo es hambre y se me quedó la cartera en casa.

—Qué raro. ¿Estás segura de que tienes cartera? Nunca la he visto.

—No seas tacaño, que cobras más que yo.

—Mi trabajo me ha costado.

—No lo dudo, por eso puedes estirarte un día e invitarme a desayunar.

—Te invitas tú sola todos los días.

—Luego te hago un *bizum,* pesado, que siempre estás igual.

—¿Un qué?

—Un pago desde el móvil. ¿No tienes *bizum*?

El inspector la mira desconfiado.

—Te lo estás inventando para no pagar tu desayuno.

La Flaca suelta una carcajada.

—No me lo puedo creer. ¿En qué mundo vives?

Lola reaparece con el cortado y la tortilla de la Flaca.

—¿Tú tienes *bizum*? —le pregunta el inspector.

—¿Qué es eso? ¿Alguna aplicación de esas para echar un polvo?

—Sois unos abuelos —se carcajea la subinspectora.

—A tu jefe le puedes decir lo que te dé la gana, pero a mí ni se te ocurra llamarme «vieja». No te olvides de que soy la que te sirve el desayuno. No querrás tomarte el café salado y la tortilla con salsa de escupitajo.

La Flaca se regaña asqueada y el inspector suelta una risotada.

—¿Te he dicho ya que hacéis el mejor café y la mejor tortilla del universo? —la agasaja la Flaca.

—Por tu bien, espero que me lo recuerdes a diario. Que aproveches, guapa. Y no te preocupes, que ese pincho no tiene saliva.

Se da la vuelta y camina hacia la barra contoneando las nalgas. La subinspectora deja el plato a un lado.

—Ya no tengo hambre.

—Como dejes una sola migaja, te habrás ganado a una enemiga para toda la vida. Y a ver dónde vas luego a comerte una tortilla así. Además, estaba de broma. Antes de escupirte en la comida, Lola te coge por los pelos y barre el suelo contigo. No es de las que se andan con tonterías. El día que la conocí, echó a sartenazos a un borracho que estaba molestando a las clientas.

—Me cae bien. Tiene el mismo carácter belicoso que mi madre. Aquí me siento como en casa.

Parte un trozo de tortilla y se lo lleva a la boca.

—¿Y cómo llevas lo del coche? ¿Sigues pensando que alguien intentó matarte?

Ella niega con la cabeza mientras mastica.

—Eusebio me llamó hace un rato para admitir que fue un fallo del taller. Quedé en pasarme luego por allí.

Consulta la hora en el móvil, se bebe el café en dos sorbos y engulle la tortilla de tres bocados.

—Voy a pedir un taxi. Me tengo que ir.

—¿Dónde vas?

—Al entierro del bebé de mis vecinos.

—Te llevo —se ofrece el inspector mientras se traga el alma.

La deja en la puerta del cementerio, aparca tres calles más abajo y presencia el sepelio oculto entre los cipreses que resguardan las tumbas. Las turbulencias de la culpa anidan en su mente y le ensucian la conciencia.

Ese bebé murió por su culpa. Otro muerto más a sus espaldas.

Aguanta allí hasta que siente que el alma se le cae a los pies. Regresa al Audi y conduce hasta la iglesia donde se casó con Elizabeth veinte años antes. No hay nadie. Solo él y sus pecados. Se persigna tres veces frente al altar, con la figura inexpresiva de Jesucristo observándolo fijamente. Él evita mirarlo. Siente

vergüenza. Se siente sucio, corrompido. Es un pecador, un puto asesino.

Enciende una vela, se arrodilla en uno de los bancos que ocupan la primera fila y entrelaza las manos debajo de la barbilla.

«Perdóname, padre. Perdona mis pecados. Sabes por qué lo hago. Debo sacrificarlos».

26
Cynthia

Cynthia le pide a su hermano que se quede en su habitación y se apresura hasta la puerta. Le echa un vistazo a su aspecto en el espejo colgado sobre la mesa de la entrada.

«Vaya horror».

Se ve fea, avejentada. La sombra de la tristeza se ciñe sobre ella como una segunda piel. Se atusa el cabello y respira hondo antes de abrir. Su marido está al otro lado y teme lo peor.

¿Le confesará que está enamorado de la morena asquerosa y que desea empezar una vida con ella?

Se siente morir.

«Elígeme a mí, mi vida, por favor. Quédate conmigo».

Su semblante mortecino contrasta con el de Jorge, que le sonríe entusiasmado en cuanto la ve.

—¡Sorpresa! —exclama desplegando los brazos.

Cynthia lo mira a los ojos. Ve sinceridad. Ve ilusión. Ve amor. Se siguen queriendo. Y se lanza sobre él sin pensarlo.

—No sabes lo que me alegra que estés aquí, mi vida —dice mientras nota los brazos protectores de su marido alrededor de su cintura.

—Te echaba muchísimo de menos, cariño. La casa se me cae encima sin ti. No me gusta dormir solo.

—Yo también te echaba de menos.

Despega el rostro del pecho de Jorge y busca la calidez de sus labios. Saben igual que siempre. Es su marido. Su cabello revuelto castaño, sus ojos grises y ese lunar en la comisura del labio. Es él. Su aire. Su calma. Su cobijo. Su Jorge. El hombre con el que se casó y con el que desea compartir hasta la última milésima de segundo que pase en este mundo.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta que tú decidas.

Cynthia lo mira atónita.

—¿Y el periódico?

—De eso quería hablarte. Por eso he estado tanto tiempo fuera de casa los últimos meses. Estaba ayudando al nuevo equipo a familiarizarse con el negocio. Lo vendí, ayer firmé los papeles. Quería decirte en persona que no me olvidé de la promesa que te hice hace dos años, frente al altar, el día que nos casamos.

Cynthia no cabe en su asombro. La pesadilla que esperaba hace unos minutos se ha convertido en el sueño más bonito del mundo.

—¿Lo dices en serio?

Jorge asiente y le estampa un beso en los labios.

—Nos mudamos a la casa de la playa. Me dijiste que estabas hasta las narices de tu trabajo y tengo en el banco dinero suficiente como para vivir desahogados el resto de nuestras vidas. Es el momento.

Cynthia rompe a llorar emocionada y se aferra al pecho de su marido.

—Gracias por elegirme —susurra.

—Nunca he dejado de hacerlo, cariño. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras, tonta?

Ella suelta un suspiro y lo mira a los ojos.

—Si vamos a empezar de cero, hagámoslo bien.

Jorge la mira escéptico.

—¿A qué te refieres? ¿No querrás llevarte a tu madre ahora que se ha quedado sola? Le podemos buscar una casa cerca de la nuestra, pero te pido que no la metas con nosotros. Solo hay un dormitorio; no tendremos intimidad.

—No estoy hablando de mi madre que, por cierto, jamás se iría a vivir con nosotros. Se vale sola y, además, tiene a mi hermano. Iker la necesita más a ella que ella a cualquiera de nosotros.

—¿Entonces? No me estoy enterando de nada y no me gusta esa cara con la que me estás mirando…

—Vamos dentro.

Lo conduce de la mano hasta el salón. Se sientan en el sofá, uno al lado del otro.

—Me estás preocupando, cariño. ¿Qué ocurre? —pregunta Jorge con los ojos asustadizos y el rostro despintado.

—Quiero que seas sincero. Lo que digas no alterará nuestros planes. Dejaré el banco y nos mudaremos a la casa de la playa, pero necesito que empecemos de cero, sin secretos.

—No pensé que fueras a tomártelo así. Si no te dije nada, fue porque quería darte una sorpresa.

—No me refiero al periódico, sino a tu aventura.

El temor que tiñe el rostro de Jorge cede a la confusión.

—¡¿De dónde sacaste eso?! Nunca se me ha pasado por la cabeza engañarte. Lo tengo todo contigo. No haría nada por lo que pudiera perderte.

Cynthia clava su mirada llorosa en la de su marido. Sus pupilas esperanzadas se estrellan contra un espejismo. Sigue viendo amor. Ve sinceridad. Ve el alma trasparente de Jorge rogándole que confíe en él. Y le duele más allá del límite del sufrimiento. Le duele cada poro del alma. Su marido osa mirarla directamente a los ojos; se atreve a mentirle sin pestañear.

—Te pido que no me mientas. Os vi.

—Eso es imposible.

Cynthia niega con la cabeza, decepcionada. El desengaño brota en forma de lágrimas. Él trata de secárselas con el dorso de la mano, pero ella lo aparta con brusquedad.

—El fin de semana que me dejaste en el aeropuerto para venir al cumpleaños de mi hermano, no cogí el avión. Te seguí hasta el periódico.

—¿Y?

—Me quedé allí hasta que salisteis todos y os sentasteis en una terraza.

Jorge asiente y Cynthia guarda silencio, esperando a que su marido tome la palabra y admita la verdad, pero él la mira como si le estuviera hablando en ucraniano.

—Te quedaste solo con una morena y pediste una botella de champán.

Jorge reflexiona unos segundos y suelta una carcajada que resuena por toda la estancia.

—Esa morena es la nueva dueña del periódico, cariño. Estábamos brindando porque habíamos llegado a un acuerdo que nos satisfacía a los dos. Todos los empleados conservan su puesto. Por cierto, es lesbiana y se casa el mes que viene. Estamos invitados a la boda. Mi amante, dice —suelta entre risas—. Ven aquí, tarada, que no sé cómo te puedo querer tanto con la lata que me das.

Cynthia nota cómo los demonios de su cabeza huyen en estampida burlándose de ella, y se abraza a Jorge con fuerza.

—Lo siento, lo siento —suplica con voz infantil.

—¿Cómo se te pasó por la cabeza que tenía una amante? Jamás te haría daño. ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque soy una capulla —dice mirándolo a los ojos.

—Te quiero más que a nada en el mundo, capulla —le susurra antes de besarla.

El timbre interrumpe la romántica escena.

—Yo te quiero más —dice Cynthia camino de la puerta.

Se encuentra con el semblante descompuesto de su hermana Ana. Su marido está aparcando.

—¿Qué te pasa? ¿Discutiste con Josué?

—Ya sé quién es la amante de papá.

27
Carlos

Carlos conduce como si estuviera borracho. Ya le han pegado unos cuantos bocinazos y se ha saltado varios semáforos en ámbar. Está sin estar. Las notas de amor que encontró en el libro de su hermana bullen en su cabeza como la sangre en una herida abierta. Ese puñado de hojas de comanda demuestra que su excuñado decía la verdad. Belinda tenía un amante y, según se deduce del contenido de los escritos, se veían a diario en la cafetería. No puede tratarse de un empleado porque Demetrio los había visto juntos y lo habría reconocido.

Tiene que ser un cliente.

Las palabras de la última nota explicarían su desaparición misteriosa.

Lo dejaría todo por ti. Solo dímelo y desaparecemos. Juntos. Solos tú y yo.
Te quiero

Aparca frente a la cafetería de su excuñado: Don Cafecito. Sus predicciones en cuanto a la clientela andaban bastante desencaminadas. Es casi mediodía y la mayoría de las mesas están ocupadas. Le pregunta por Demetrio a una camarera con un moño tenso y los ojos legañosos. La muchacha se pierde en la cocina y reaparece minutos después, seguida de Demetrio, que lo recibe con cara de pocos amigos.

—¿Puedo hablar contigo? —le pregunta Carlos en un tono implorante.

—Me pillas en mal momento.

—Solo serán unos minutos. Tenías razón.

La última frase produce el efecto deseado. La hostilidad que irradian los ojos de su excuñado se transforma en curiosidad. Demetrio le hace un gesto con la cabeza para que lo siga hasta la terraza y se sientan en una mesa alejada.

—Soy todo oídos. Te pido que vayas al grano. Tengo que trabajar —dice tras cruzar los brazos.

—Necesito que me ayudes a encontrar al amante de Belinda. Estoy seguro de que se fue con él.

Su excuñado se revuelve en la silla.

—¿Entonces me crees? Porque tu madre me dijo de todo.

—Olvídate de mi madre y, ya que estamos, me gustaría que esta conversación quedara entre nosotros hasta que dé con mi hermana.

Demetrio lo mira receloso.

—¿Qué me estás ocultando? Ayer me recriminabas que no existiera el club de lectura y hoy estás convencido de que tu hermana se fue con su amante.

—Que ese club exista o no ya no me importa. Puede que la propietaria del edificio sea una tirana y que la encargada del club se lo ocultara para que no le pusiera pegas. Da igual. He encontrado otra forma de dar con el amante de Belinda.

—¿Y eso?

—Encontré unas notas en un libro que dejó en casa de mi madre.

—¿Qué notas?

—Notas de amor.

El semblante de su cuñado palidece.

—¿Qué decían?

—Eran notas de amor.

—Eso ya me lo dijiste y no es lo que te pregunté.

—¿Para qué quieres saberlo? No seas masoquista.

—Quiero saberlo y punto. O me lo dices o se acabó la conversación y encuentras a ese tío tú solo.

Carlos lo mira caviloso durante unos segundos y suelta un bufido de resignación.

—¿Pues qué van a decir? Las chorradas que se escriben los enamorados.

—Quiero conocer esas chorradas.

—Mira que eres cabezón. Yo qué sé. Le decía que era su ángel y su universo, que echaba de menos su piel y que si se lo pedía, lo dejaría todo y desaparecerían juntos.

Demetrio lo mira con el rostro petrificado.

—Lo dejaría todo y desaparecerían juntos —repite como abducido.

—Por las notas se deduce que se veían todos los días en la cafetería. Debe de ser un cliente.

—Trabajábamos en turnos distintos. Ella se encargaba de las mañanas.

—¿Cómo era el hombre con el que la viste?

Demetrio se piensa la respuesta durante unos segundos.

—Era bastante mayor que ella. De hecho, al principio pensé que se trataba del responsable del club de lectura. No se me pasó por la cabeza que pudieran ser amantes hasta que los vi besarse.

—¿Qué más?

—Era alto y fornido. Se conservaba bien para su edad, pero estaba casi calvo. Calculo que rondaría los cincuenta y tantos.

La camarera soñolienta se asoma a la terraza.

—Jefe, tiene una llamada.

Demetrio se excusa y le pide a la camarera que le lleve un café a Carlos en lo que atiende el teléfono.

—¿Llevas mucho trabajando aquí? —le pregunta Carlos a la muchacha cuando reaparece con la taza.

—Va para dos años.

—Entonces, conoces a mi hermana Belinda.

A la camarera se le iluminan los ojos y luego se le apagan.

—Era muy buena como jefa. La echo de menos. El jefe nos dijo que no volverá y lleva una semana que no hay quien lo aguante. ¿Se separaron, verdad?

Carlos asiente, pero no dice nada.

—Imaginaba que algo raro pasaba entre ellos, pero pensaba que era una simple crisis de pareja.

—¿Qué te hizo sospechar que las cosas andaban mal entre ellos?

—Que Belinda dejó de sonreír de la noche a la mañana. Un día me la encontré llorando en el baño, pero no me atreví a preguntarle

nada y ella me mandó de vuelta al trabajo de un grito. Me dio mucha pena. Dele recuerdos de mi parte.

«Pobrecita. A veces es peor abandonar que ser abandonado, y más cuando esa persona no te ha dado motivos para dejarla. Mi hermana era consciente de que su partida destrozaría a su marido, por eso no se atrevió a decírselo a la cara. Se fue sin decirle nada, sin dejarle una triste nota de despedida. Prefirió que Demetrio la odiara a que la echara de menos. El odio sepulta el amor. Así la olvidaría antes».

—Le daré recuerdos de tu parte. Hablando de recuerdos, le dije que iba a pasar por aquí y me pidió que saludara a un cliente con el que tenía una relación muy especial, pero no me acuerdo de cómo se llamaba. Sé que era mayor, alto y casi calvo —repite la descripción que su excuñado le acababa de facilitar del amante de Belinda.

—¡Santiago! Se tomaban un café todas las mañanas. Tiene que ser él, es el único cliente con el que se sentaba. Hace más de una semana que no lo veo. Es el padre de uno de los camareros.

A Carlos se le agrandan los ojos.

—¿Puedes llamarlo? Me gustaría hablar con él.

—Trabaja en el turno de tarde, pero me parece que está de vacaciones.

—Vaya, qué casualidad —dice, decepcionado.

—Pero Santiago trabaja aquí al lado. Seguro que le hace ilusión recibir noticias de Belinda.

Carlos se reclina en la silla y suelta un suspiro de alivio y esperanza. Todo apunta a que ha dado con el amante de su hermana.

Santiago.

28
El inspector Escudero

El inspector Escudero observa desde el interior del coche los pasos de Carlos. Lo ve conversar con su excuñado y luego con una camarera con el moño tan apretado que parece que se haya sometido a una maratón de *liftings*. Fue esa hija de puta la que le indicó el edifico donde se ubica la asesoría en la que trabajaba Santiago. Esa hija de puta lo llevó hasta él.

La bomba de relojería está a punto de saltar por los aires.

Se baja del Audi cuando Carlos viene de regreso y se hace el encontradizo.

—Buenos días… Carlos, si no recuerdo mal.

—Sí, Carlos. Buenos días, inspector.

—Me alegra verte porque quería disculparme por haber sido tan duro con tu madre ayer en la cafetería, pero en mi trabajo debo ser realista y evito crear falsas esperanzas. Pero aquí me tienes, me he escaqueado un rato para venir a hablar con tu excuñado.

—Se lo agradezco. Creo que he descubierto quién es el amante de mi hermana. Vengo de la asesoría donde trabajaba y me dijeron que lleva sin aparecer por allí desde el mismo día que se fue Belinda.

—¿Tienes sus datos?

—Solo sé que se llama Santiago, pero puede preguntar en la asesoría o también a mi excuñado. Su hijo es uno de los camareros.

—Perfecto. Yo me encargo. Ocúpate de cuidar de tu madre y déjame a mí el resto.

Carlos lo mira sorprendido. Ese hombre parece bipolar. No se esperaba que el cromañón del día anterior pudiera resultar tan condescendiente a la mañana siguiente. Al fin y al cabo, un mal día lo tiene cualquiera.

—Vaya, parece que a todos se nos ha ocurrido el mismo plan —los interrumpe la voz de la Flaca, que se acaba de bajar de un taxi.

—¿También vienes por Belinda? —le pregunta Carlos.

—Vengo de un entierro y necesito meterme algo fuerte en el cuerpo. La vida es una puta mierda, siempre cebándose con los más débiles. Y luego dicen que hay un dios. ¡Y un coño!

—Lo siento —dice Carlos—. ¿Era algún familiar?

—El bebé de mis vecinos; estaba a punto de nacer.

—Vaya putada.

—Díselo a sus padres… Era su primer hijo.

El inspector siente las puñaladas de la culpa en el pecho.

—Bueno, ¿y qué, acabáis de llegar o ya os vais? —pregunta la Flaca.

—Yo me voy ya —dice Carlos—. Solo vine a preguntarle a Demetrio por mi hermana.

—¿Hay noticias?

—Sospecho quién puede ser su amante. Dejó el trabajo sin avisar el mismo día que Belinda se fue.

—Vaya… Me dejas seca. Había dejado de creer en las historias románticas, pero tu hermana se ha convertido en mi ídolo. ¿Y quién es ese príncipe?

—Un tal Santiago con el que se tomaba un café todas las mañanas.

—¿Santiago qué más? Me muero por indagar en la vida de ese pedazo de hombre.

—Olvídate —le ordena el inspector—. Tú céntrate en Belinda, yo me encargo de Santiago. Seremos más productivos si cada uno se enfoca en una sola persona.

—Puede que tengas razón. Últimamente estoy bastante dispersa y necesito algo de tiempo para mí —dice mientras clava una mirada sugerente en Carlos.

Este nota el rubor subiendo a la carrera por sus mejillas.

—Me tengo que ir. Mi madre me está esperando —se despide.

—Dale recuerdos —dice la Flaca—. Espero verla pronto, y a ti también.

—Solo te faltó quitarte el sujetador y lanzárselo en la cabeza —comenta el inspector cuando Carlos se ha alejado unos metros.

—Lo pensé, pero hoy no me puse sujetador.

Él evita desviar la vista hacia los pechos de su compañera.

—Dime que estás de coña.

La Flaca suelta una carcajada.

—Son bromas. El coño es lo que llevo fresco. Hoy pasé de las bragas.

—¿Estás borracha? —Se le acerca olisqueando el aire.

—Solo estoy de cachondeo. Estoy hecha polvo y las bromas me ayudan a evadirme. La muerte del bebé de mis vecinos me ha dejado muy mal cuerpo. Me apetece un tequila.

—No vas a tomarte un tequila a estas horas. ¿No tenías que ir al taller? Vamos, que te llevo.

—Cuando te pones en plan padre, no hay quien te aguante. ¿Qué me va a pasar por un tequila de nada?

—Al coche —le ordena—. Vamos al taller antes de que cierre.

La Flaca pone morritos y camina de mala gana hacia el Audi. El inspector la sigue con el corazón en un puño. La muerte de ese bebé lo acompañará siempre. Como una sombra reminiscente. Como una penitencia perpetua. Como un yugo del que nunca podrá escapar.

29
Cynthia

—¿Cómo sabes quién es la amante de papá? —pregunta Cynthia.

—Porque Josué los vio una noche que vino a buscarme —le contesta su hermana Ana.

—¡Hola, cuñada! —las interrumpe Jorge.

—¿Y tú cuándo viniste? —le pregunta Ana mientras le lanza una mirada discreta a su hermana.

Cynthia sonríe y asiente con la cabeza disimuladamente. Todo va bien. Su marido no la engaña con ninguna morena asquerosa.

—Llegué hace un rato. Quería darle una sorpresa a tu hermana —dice Jorge mientras pasa el brazo por encima del hombro de Cynthia.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

—¡Buenas, cuñados! —exclama el marido de Ana.

—¡Qué mal aparcaste! —lo increpa su mujer mientras observa disgustada el espacio de un metro que separa su nuevo Golf del bordillo—. Como me rocen el retrovisor, duermes en el sofá hasta que me lo arregles.

—Pero si el coche no tiene ni dos semanas y parece un tres en raya —se defiende Josué mientras le estrecha la mano al marido de Cynthia.

Luego la saluda a ella con dos besos.

—No sé cómo la aguantas —bromea Cynthia.

—Eso digo yo. Y porque no la has oído roncar.

—¡¿Cómo que no?! Dormí con ella dos días y no pude pegar ojo en toda la noche. En serio, eres mi héroe.

—¿Vale ya, no? —protesta Ana con las manos en jarra.

—¡Estaba durmiendo, cabrones! Yo no voy a vuestra casa a molestar —bromea Iker desde el pasillo—. Espero que al menos

traigáis cervezas.

El marido de Ana levanta en lo alto un *pack* de Heineken.

—¡Recién sacadas del congelador!

Los hombres lo celebran como cavernícolas, gritando y saltando, y desaparecen bailando la conga en dirección a la terraza de la cocina.

Cynthia coge a Ana de la mano y la lleva hasta el sofá del salón.

—Cuéntame —la apremia cuando se sientan.

—Sabes que no tengo secretos con mi marido y cuando veníamos, le conté que papá había dejado a mamá por su amante. Primero se sorprendió, pero luego se quedó pensativo. Me dijo que la última vez que vino a buscarme, vio a papá cerca de casa abrazado a una mujer. No le dio importancia porque se fijó en que ella estaba llorando y pensó que papá solo la estaba consolando, y además la reconoció.

—¿Quién es? —la interrumpe Cynthia impaciente.

—No se acuerda del nombre. Trabaja en la misma cafetería que Iker; es la esposa del dueño. Papá se tomaba un café allí todas las mañanas. Josué lo acompañó en alguna ocasión y ella siempre se sentaba a charlar con ellos. Me dijo que se notaba que se llevaban bien, pero que no se le pasó por la cabeza que tuvieran algo porque la muchacha aparenta tener nuestra edad.

—¿Papá con una jovencita? No me pega.

—¿Y te pega que tuviera una amante?

—¿Y si papá iba a la cafetería para ver a Iker?

—Iker trabaja en el turno de tarde.

Cynthia abre la boca para rebatirla, pero al final se queda callada. Ana tiene razón.

—El día que Josué los vio fue la misma noche que papá dejó a mamá. ¿No te parece demasiada casualidad?

30
Carlos

Carlos camina hacia el coche mirando de soslayo por encima del hombro para comprobar si la Flaca lo sigue.

«Pero qué mujer más descarada. No se corta ni un pelo, la tía. En otras circunstancias, ya le habría arrancado la ropa con gusto, pero con la que tengo encima, el pajarito se queda encerrado en la jaula».

Desde su vehículo observa cómo la subinspectora se sube en el Audi de su jefe y desaparecen. Se apea del coche y vuelve a la cafetería en busca de la camarera soñolienta. Cinco minutos después se sienta otra vez al volante y despliega la hoja de comanda que le entregó la muchacha.

La dirección del camarero cuyo padre es Santiago, el supuesto amante de su hermana.

Luego se pasará por allí, pero primero debe cumplir con sus obligaciones laborales. Coge su portátil del maletero y se dirige a la recepción de un hotel cercano que cuenta con señal wifi. Se sienta en la cafetería, enciende el ordenador y dedica un par de horas a contactar con clientes, a responder correos electrónicos y a rellenar formularios. Después de tres cafés con sus respectivos minicruasanes, da por finalizada la jornada de trabajo.

Cuando vuelve al coche, introduce en Google Maps la dirección de Santiago y sigue las indicaciones que le dicta la aplicación. Aparca frente a una vivienda de dos plantas, con la fachada de piedra clara y la cubierta plana. Se ubica en una finca salpicada de árboles, delimitada por una valla de madera de un metro de alto.

Las cortinas de la planta baja están descorridas y escruta el interior. Tres hombres están sentados alrededor de una mesa bebiendo cervezas. Una muchacha morena, con una cola de caballo

interminable, aliña una ensalada mientras la del pelo corto deposita los platos en la mesa. La que debe de ser la anfitriona, una señora de cabello corto y rizado en una tonalidad grisácea, extrae del horno una bandeja de carne y patatas.

Los espía durante todo el almuerzo. Los ve brindar con vino tinto, hablar y reír con la boca llena, engullir una porción de tarta de chocolate y tomarse el café de la sobremesa.

No hay ningún hombre mayor. No ve a nadie que se asemeje a la descripción de Santiago. El supuesto amante de su hermana no está.

Sus tripas comienzan a quejarse y acaba de llegarle el quinto mensaje de su madre preguntándole dónde está, por lo que decide marcharse. Volverá más tarde, cuando en la casa no se encuentre la familia al completo. Es consciente de que su visita no será bien recibida. Hay tres varones que se han dado un buen atracón de cerveza y vino y prefiere no jugársela. Solo le han pegado una vez y fue hace más de diez años, antes de conocer a Marta. Nunca olvidará ese día. Bastó un solo puñetazo para derribarlo al suelo. Una piña más que merecida. Por espabilado y gilipollas. Después de un clásico en el que el Real Madrid goleó al Barça, salió a celebrar la victoria con dos amigos. Acabaron en una discoteca bebiendo chupitos, se vino arriba y le tocó el culo a una gogó que acababa de bajarse de la tarima. El novio de la chica lo enseñó a respetar a las mujeres en cuestión de segundos y sin una sola palabra. Estuvo con el ojo hinchado y amoratado durante una semana. Fue la primera y última vez que tocó un culo por la cara.

Está a punto de girar la llave en el contacto cuando la puerta de la vivienda se abre y la muchacha de pelo corto sale por la puerta con una bolsa de basura. No se lo piensa y se baja del coche. La sigue hasta el contenedor y aguarda a que tire la bolsa.

La mujer se sobresalta cuando se vuelve y lo ve.

—¡Qué susto!

Carlos la mira pensativo unos segundos. La reconoce. Es la pasajera del abrigo rojo que estaba sentada en su fila en el avión, la «creída» que no le devolvió el saludo cuando se sentó.

—Lo siento, no pretendía asustarte. Me llamo Carlos.

—Cynthia —se presenta mientras se estrechan la mano.

—¿Viniste en avión el miércoles?

Ella sonríe.

—Sí, soy yo. También te reconocí.

—¡Qué casualidad! Porque justo iba a tocar en la casa de la que saliste.

—¿Eres amigo de mi hermano Iker?

—Vengo buscando a Santiago.

A Cynthia se le cae la sonrisa al suelo.

¿De qué conoce a su padre?

31
El inspector Escudero

La Flaca habla sin parar durante el trayecto hasta el taller.

—No sabes lo contenta que estoy de que Eusebio se haga responsable del accidente.

—Como tiene que ser —dice el inspector Escudero.

—No me esperaba que rayara la llanta para quitarse de encima el problema. Parecía sincero, incluso llegué a pensar que le gustaba. Creía que era buena juzgando a las personas por su mirada y sus gestos, pero voy a tener que apuntarme a un curso avanzado en psicología del comportamiento. Últimamente no doy una. Tampoco se me había pasado por la cabeza que Belinda tuviera un amante y menos que se fugara con él. Si la llegas a ver, tiene una cara de mosquita muerta que no puede con ella. Apenas hablaba cuando acompañaba a su madre. Se la veía tan tímida…

—Puede que lo que le pasara a la pobre muchacha es que estaba amargada porque no soportaba su vida de mierda.

—Pues si no era feliz, lo mejor que hizo fue dejar a su marido. La vida solo es un rato.

—¿Cuántos cafés llevas hoy?

—Solo uno. Podemos parar en alguna cafetería, si quieres. Todavía estoy media dormida.

—¿Me estás vacilando? Pero si me tienes loco de la cabeza.

—Es que si no hablo yo, el trayecto es un aburrimiento. A ti hay que sacarte las palabras con un desatascador. No es por nada, jefe, pero no eres muy buen conversador. Eso sí, eres perfecto para las personas a las que les gusta hablar sin parar.

—¿Como tú, que pareces una cotorra? Lo único que pido es que no nos pille un atasco.

—Vale, ya me callo, antipático. Algún día echarás de menos que sea tan charlatana, cuando estés aburrido de tanto silencio.

Está completamente de acuerdo. Sabe que la echará de menos.

Y pronto.

Es consciente de que nunca encontrará a una compañera igual. Duda que lo supere. Lo más probable es que se retire del Cuerpo después de matarla, cuando todo acabe. Fantasea con la idea de mudarse al pueblo pesquero donde se afincó Elizabeth. Contemplarla desde lo lejos, aunque ya no pueda tenerla. Puede incluso que ella lo descubriera y puede que decidiera perdonarlo y hasta puede que volviera con él.

Puede…, puede…, puede… Tantos «puedes» sin poder. Se trata de una quimera, pero por poder, puede soñar. Es lo único que le queda.

Aparca frente al taller y se asegura de que el dueño repare en su presencia antes de que la Flaca se baje del Audi. Le guiña un ojo y se lleva el dedo índice a la boca. El hombre le hace un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Serio. Asustado.

«Más te vale que no abras la puta bocaza. Ya tengo suficientes problemas encima. Por tu bien, sé un chico listo y no te la juegues. Últimamente me he vuelto un experto en esconder muertos».

32
Cynthia

Cynthia escruta detenidamente el semblante esperanzado de Carlos.

—¿De qué conoces a mi padre? —le pregunta.

—Bueno, en realidad, no lo conozco…

—¿Y por qué lo buscas?

Carlos sopesa la respuesta unos instantes.

—Es posible que pueda ayudarme a encontrar a mi hermana.

Cynthia nota un vuelco en el estómago. Sabe por dónde van los tiros.

—Dejó a su marido y no hemos vuelto a saber nada de ella…

—¿Y qué tiene que ver mi padre?

Carlos suspira hondo antes de soltarle su teoría. Se está arriesgando a llevarse un bofetón.

—Su marido sospecha que tenía un amante y que se fue con él.

Hace una pausa para comprobar la reacción de la mujer. Ni lo ha abofeteado ni parece escandalizada. Su intuición le dice que está siguiendo la pista correcta.

—Al parecer, tu padre y ella solían tomarse un café todas las mañanas.

—Mi padre no está —dice Cynthia tras un silencio—. Dejó a mi madre por su amante.

Carlos entorna los párpados.

—Mi hermana se fue el lunes pasado.

—Mi padre también.

Se miran a los ojos durante unos segundos, comunicándose sin hablar.

«Es ella».

«Es él».

—Encontré unas notas de amor en un libro de mi hermana. ¿Reconocerías la letra de tu padre si te las traigo?

Cynthia asiente convencida. Identificaría su letra entre mil escritos. Durante su infancia, después de que su padre le corrigiera los deberes, solían escribir un microcuento; cada uno se ocupaba de un párrafo. Todavía los conserva.

—Cariño, ¿estás bien? —se preocupa Jorge desde el rellano de la puerta.

—Enseguida voy —le contesta Cynthia.

—¿Cuándo podría traerte las notas? —le pregunta Carlos.

—Cuando quieras.

—¿Hoy a las nueve?

—Vale.

—Hasta entonces.

Cynthia se despide y regresa con su marido.

—¿Quién era ese tipo?

—No digas nada por ahora, pero estoy casi segura de que es el hermano de la amante de mi padre.

—¡¿Tu padre tenía una amante?!

—Dejó a mi madre por ella.

—¡Joder con tu padre! ¿Y qué quería ese hombre? Espero que no viniera a buscarlo para patearle la cabeza.

—Intenta localizar a su hermana. También dejó a su marido y desapareció el mismo día. Encontró unas notas de amor que me traerá a las nueve. Si es la letra de mi padre, lo sabré.

—Pedazo de telenovela que se ha montado tu padre. ¡La hostia! Vamos a fumarnos un cigarro y me cuentas.

Mientras caminan en dirección a la terraza de la cocina, la madre de Cynthia entra en el salón por la puerta opuesta y se asoma a la ventana. Venía del baño y escuchó la conversación.

Carlos vuelve la vista hacia la casa antes de subirse en el coche. Se encuentra con el semblante receloso de una mujer observándolo entre las cortinas de la planta baja.

33
Carlos

Carlos se sube en el coche y vuelve a mirar hacia la ventana de la vivienda del supuesto amante de su hermana. La silueta femenina sigue entre las cortinas, atenta a cada uno de sus movimientos. Es la señora que estaba sirviendo la carne y las patatas durante el almuerzo. Debe de tratarse de la mujer de Santiago. La esposa abandonada.

Un escalofrío le recorre el espinazo. Esos ojos hostiles le están enviando señales de peligro. No es bien recibido.

No consigue sacudirse esa sensación desagradable hasta que se adentra un buen tramo entre el tráfico. Su madre lo está esperando en la cafetería de Felipa. Se le quemó el potaje y no le apetecía cocinar nada nuevo. No está sola. La acompaña la poli cachonda, que lo observa con la misma mirada sugerente que le dedicó por la mañana, cuando se la encontró en la cafetería de Demetrio mientras conversaba con el inspector Escudero.

—Buenos días, guapetón —lo piropea la Flaca en cuanto se sienta.

—¿Qué averiguaste? —le pregunta su madre, ansiosa.

—Déjame pedir algo de comer primero. Me muero de hambre.

—Yo también estoy hambrienta —suelta la subinspectora con lascivia—. ¿Os importa si como con vosotros?

—Claro que no —dice su madre.

Los tres piden una ensalada y macarrones con tomate, acompañados de una botella de agua. Cuando el camarero se aleja, Carlos pone al día a su madre sobre sus indagaciones.

—Creo que he descubierto quién es el hombre con el que se fue Belinda.

Su madre se inclina hacia delante para escucharlo mejor, con los ojos y la boca expectantes.

—Se llama Santiago, es un cliente de la cafetería con el que se tomaba un café todas las mañanas. Trabajaba en una asesoría cercana y dejó su puesto sin avisar el mismo día que Belinda se fue. Conseguí su dirección y hablé con su hija. Me contó que su padre también abandonó a su madre por su amante. Quedamos a las nueve para enseñarle unas notas de amor que encontré en un libro en el cuarto de Belinda. Me confirmará si es la letra de su padre.

—¿Cuándo descubriste esas notas?

—Esta mañana, mientras me hacías el café.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque quería asegurarme primero de que iba por el camino correcto.

—Qué manía con ocultarme las cosas. Los padres solo queremos lo mejor para los hijos.

—No empieces, mamá.

—El día que tengas hijos, sabrás de lo que hablo.

—Me gustaría vivir tranquilo hasta entonces.

—¿Esas son formas de hablarle a tu madre? ¿Y delante de la Flaca?

Carlos la mira incrédulo.

—Pero ¿qué he dicho ahora?

Su madre menea la cabeza.

—Pues hablarme mal.

—No te he hablado mal, mamá. ¿Podemos tener la fiesta en paz, que no creo que la Flaca se sienta cómoda oyéndonos discutir?

—Yo estoy encantada. Por mí no os cortéis. Me recordáis a la pareja de ancianos de *Escenas de matrimonio*.

—Gracias. Un comentario muy halagador —dice Carlos con ironía—. ¿Te he dicho que tú me recuerdas a la Chusa, de la serie *La que se avecina*?

—Oye, oye, bájame el tonito, que yo no tengo nada que ver en tus berrinches con tu madre, con la que, por cierto, estoy plenamente de acuerdo. Deberías hablarle con un poco más de respeto —suelta con una mirada sarcástica.

—Lo que me faltaba…

—¿Ves? —Su madre se viene arriba—. Los hijos sois todos unos desagradecidos.

—Lo siento, mamá. —Carlos le da la razón con tal de que se calle—. ¿Podemos dejarlo ya?

—Espero que no vuelva a ocurrir. No me merezco que me hables de esas formas.

«La madre que me parió, que casualmente es la misma que me está tocando los cojones. ¿Por qué las madres son tan pesadas?».

—¿Puedo acompañarte luego a ver a esa mujer?

—Prefiero ir solo. No quiero incomodarla. No creo que le haga ilusión conocer a la familia de la mujer que rompió el matrimonio de sus padres.

—¡Pero qué comentario más machista! —le recrimina la Flaca—. Se te olvidó decir que ese hombre también rompió el matrimonio de tu hermana. Los dos están casados. Son los únicos responsables. Por cierto, me acabas de dejar de gustar.

—Tu hermana no rompió ningún matrimonio. ¿Cómo puedes hablar así de ella? No te entiendo —lo reprende su madre meneando la cabeza—. Mi niña no es una prostituta.

—Ya empezamos otra vez… Si lo sé, no digo nada. La que me ha caído encima por un simple comentario…

—Un comentario de *machirulo* —matiza la Flaca.

—Y ofensivo. Estás hablando de tu hermana —le recrimina su madre.

Carlos agradece la interrupción del camarero, que se percata de la tensión que crispa el ambiente y deposita sobre la mesa los platos de ensalada y las botellas de agua como si estuviera en un velatorio.

—Buen provecho —murmura antes de darse la vuelta.

Carlos es el único que le da las gracias al muchacho.

—Yo ya no tengo hambre —dice su madre.

—A mí también se me ha cerrado el estómago —añade la subinspectora.

Carlos las mira escéptico.

—Pues vámonos. Yo paso de comer mientras me miráis con esa cara de asesinas.

Levanta la mano y le pide al camarero que ponga la comida para llevar y que le traiga la cuenta. Cuando vuelve la cabeza hacia la mesa, la Flaca está ayudando a levantarse a la dramática de su madre.

—Te acompaño hasta el coche.

—Voy caminando. Me apetece dar un paseo.

—Hay más de media hora hasta casa, mamá. No digas tonterías —interviene Carlos.

—Como si son dos horas. No pienso subirme en el coche contigo. Es la última vez que delante de mí criticas a tu hermana.

—No la critiqué…

—Insinuaste que es una prostituta.

—¡No dije eso!

La Flaca reprime una carcajada y le dedica a Carlos una mirada burlona.

«Será cabrona, la poli cachonda», se dice.

Ella parece leerle la mente y se venga.

—Yo también lo entendí así —dice intentando aparentar seriedad.

—Qué sinvergüenza —murmura su madre mientras le lanza una mirada desdeñosa.

—¿Quieres las llaves del coche? Puedo coger un taxi.

—No quiero nada de ti, sinvergüenza.

Carlos menea la cabeza y se queda mirándolas con cara de idiota desorientado mientras caminan hacia la puerta. La Flaca se vuelve antes de salir y le regala una sonrisa y un guiño.

«Lo que me faltaba… Me está empezando a gustar la loca esta».

34
Cynthia

La familia al completo se encuentra en el porche de entrada. Son cerca de las seis de la tarde y Ana y su marido se están despidiendo.

—Nos vemos mañana —dice Ana de camino al Golf.

—No os quiero volver a ver por aquí hasta el año que viene, pesados —bromea Iker.

—Conducid con cuidado —les pide Cynthia.

—Bueno, pues yo voy a casa de la Paca a cotorrear un rato —dice su madre al tiempo que baja los peldaños de la entrada—. Nos vemos luego.

—Yo me voy a cambiar de camisa —dice Jorge mientras observa el surco de grasa que resalta en la manga—, y nos vamos a tomar un helado. ¿Te apetece, cariño?

—Me parece muy buena idea —contesta Cynthia.

—¿Te vienes, Iker?

—Si hubieras dicho una cañita, me habrías tentado, pero no soy nada goloso.

—Te puedes tomar lo que quieras.

—Qué va, no puedo. Quedé para ir al cine.

Cynthia le lanza una mirada interrogadora. ¿Ya se arregló con el hombre casado?

—Con un compañero del curro —puntualiza Iker.

—Ahora vuelvo —dice Jorge.

—Date prisa —lo apremia Cynthia—. No te vayas a poner a planchar una camisa.

—¿Qué pasó, «doña Desconfiada»? —le pregunta Iker cuando su cuñado desaparece escaleras arriba—. ¿Jorge no venía para dejarte por la «morena asquerosa»?

Cynthia sonríe y sacude la cabeza.

—No me había llamado porque se le rompió el móvil y tampoco tiene una amante. La morena es lesbiana. Jorge le vendió el periódico, por eso brindaban con champán. Me lo ocultó porque quería darme una sorpresa. Nos mudamos a la casa de la playa.

—¡Manda cojones! Y tú llamándolo «capullo» y yo pensando en darle una paliza. Se libró por los pelos de una noche en el váter. Solo quedaba un laxante en la caja y cualquiera aguanta a mamá cuando está estreñida. Las mujeres sois la hostia. Tenéis una capacidad inventiva de otro planeta. Pobre hombre.

—¿Qué querías que pensara? Pasaba más horas en el periódico que en casa y los vi brindando con champán.

—Podrías haberle preguntado, como hace la gente sensata, en vez de imaginarte lo peor.

—Mira quién fue a hablar de sensatez, el que está con un hombre casado. Muy sensato por tu parte, sí.

Cuando intenta atrapar sus palabras, ya es demasiado tarde. Han salido expulsadas de su boca como flechas impregnadas de veneno.

Las facciones de Iker se endurecen.

—Eso ha sido una patada en las pelotas. Si lo sé, no te cuento nada. Me estás atacando por la cara. Solo te estaba dando un consejo.

—Lo siento, enano, es que ando algo estresada, pero no pretendía cobrarlas contigo. Sé que lo dices por mi bien y tienes toda la razón del mundo.

—A ver si piensas antes de hablar, que hace tiempo que tienes canas en los pelos del chocho.

—Ya te pedí perdón…

—No vale con pedir perdón si no aprendes de tus errores, y esa boca indiscreta lleva metiéndote en líos toda la vida.

Cynthia abre los labios para contraatacar, pero los vuelve a cerrar. Su lengua hiperactiva y la ligereza con la que escupe sus opiniones, sin importarle si son políticamente correctas o no, la han enemistado con varias personas afines a la hipocresía e hipersensibles a la sinceridad sin filtros.

Perdió a una de sus mejores amigas por defender a su expareja cuando esta despotricaba de él.

«No es ningún hijo de puta. Es el cuarto hombre que te deja por el mismo motivo. Cuando te enfadas, traspasas todos los límites imaginables. No puedes destrozar la casa por un cabreo y soltar a gritos todos los insultos que has memorizado a lo largo de tu vida. No es justo y nadie tiene por qué soportarlo. Tu mal carácter es problema tuyo, no de los demás. Yo te aguanto porque eres mi amiga y nos vemos de vez en cuando, pero si tuviera que pasar contigo un fin de semana, ya te habría bloqueado en el móvil. El problema eres tú y no lo quieres ver».

Ella tampoco volvió a ver a su amiga nunca más.

Su lengua revoltosa también la metió en algún que otro lío con Jorge. Su marido estuvo tres días sin hablarle cuando se le ocurrió hacer una pequeña matización durante el coito. No anduvo muy acertada cuando le acarició el torso y le soltó que su barriga le impedía ver cómo la penetraba.

También tuvo un pequeño percance con el pederasta de su antiguo jefe. Qué a gusto se quedó cuando le vomitó encima la mierda que se merecía mientras la policía lo sacaba esposado de su despacho.

«Eres un hijo de puta pervertido y ojalá en la cárcel te corten la polla y te follen con ella hasta que te mueras».

Su lengua era una descarada, pero no viperina; la mayoría de las veces, su última intención era lastimar. También pronunciaba expresiones dulces, palabras sanadoras, frases tiernas. Le decía a su marido que lo quería nada más despertarse y antes de dormir. También a su madre cuando la visitaba o hablaban por teléfono. Piropeaba a sus amigas cuando las encontraba favorecidas y siempre tenía palabras de aliento cuando flaqueaban. Era odiosa y adorable a la vez. Su compañía resultaba agotadora y hasta desquiciante a ratos, pero también reparadora.

—Por cierto —dice Iker—, antes fui al coche a buscar la caja de Chester y te vi hablando con un tipo en la calle. No te fíes de nadie. Aquí los robos están a la orden del día. Las puñaladas vuelan por un reloj o un simple cigarro. El barrio ya no es lo que era. Ni los pobres ancianos se libran de que les den una paliza a plena luz del día para robarles la cartera o la cadena de oro.

—En mi barrio pasa igual. Y pensar que antes dejábamos la puerta abierta. El país se va a la mierda. Vamos de mal en peor, pero el tipo con el que me viste no es ningún psicópata. Es el hermano de la supuesta amante de papá. Vino preguntando por él.

—¿Quién es? —pregunta Iker, intrigado.

Cynthia traga saliva antes de soltarle la noticia.

—Trabaja contigo en la cafetería.

—¡¿Qué?!

—Es la mujer de tu jefe.

—¡¿Belinda?!

—Se tomaban un café juntos todas las mañanas. También dejó a su marido por su amante y desapareció el mismo día que papá. Su hermano encontró en un libro unas notas de amor.

Iker la mira estupefacto.

—Me las traerá a las nueve. Si es la letra de papá, sabremos de seguro que ella es la mujer con la que se fue.

—Me dejas seco. No sé qué decir… Si ya me costó asimilar que papá tenía una amante, que sea Belinda me ha dejado descolocado. Sería la última persona de la que sospecharía.

—Estoy convencida de que es ella. El marido de Ana los vio abrazados aquí fuera la misma noche que papá se marchó.

—¿Quieres que vaya yo? Conozco la letra de papá mejor que tú.

—Conozco la letra de todos vosotros como la mía. Cuando os echo de menos, releo las tarjetas que me regaláis por mi cumpleaños. En la letra de papá predominan los trazos alargados y elegantes; la de mamá es redonda y separada; Ana tiene una letra infantil, y tus íes son inimitables.

—¿Qué les pasa a mis íes? —pregunta ceñudo.

—No conozco a nadie que siempre las escriba en mayúscula y las adorne con un círculo en los extremos.

—¿Y para qué necesitas ver esas notas? ¿Te hacen falta para saber que Belinda es la amante de papá? Después de lo que me acabas de contar, a mí no me quedan dudas. Demasiadas casualidades en la misma cesta.

—Es que me cuesta tanto aceptar que papá se fugara con su amante. Nunca me hubiera esperado ese comportamiento por su

parte. Siempre nos inculcó rectitud, honradez, lealtad y fidelidad.

—El amor enloquece a las personas. Nadie es consciente de lo que puede llegar a hacer por amor hasta que este penetra en cada rendija de su ser.

—¿Te has enamorado así alguna vez?

Iker asiente.

—Estoy enamorado hasta las trancas.

—¿Y él?

—También. Pronto empezaremos de cero en un lugar donde nadie nos conozca.

—Tu historia me recuerda a la de papá.

Iker suelta un suspiro y frunce los labios.

—Compartimos la misma historia, pero él ya tuvo su final y yo sigo esperando.

35
El inspector Escudero

El inspector Escudero aparca el Audi en el garaje, entra en su domicilio y camina directo hacia el baño; se desviste y se introduce en la ducha. Su rostro ya está empapado antes de que caiga el agua. Llora la angustia de los padres del bebé muerto por su culpa.

«Todavía no había nacido. También podría haber muerto durante el parto porque se le enredara el cordón umbilical en el cuello. Su destino era morir», se consuela mientras se seca con la toalla.

Se viste con un pijama de cuadros de manga corta, camina descalzo hasta la cocina y enciende el horno. En lo que se calienta, se sirve un vaso de ginebra. Saca una lasaña de carne del congelador y la introduce en el horno cuando suena el pitido que indica que ya se ha alcanzado la temperatura programada.

Se acerca a la ventana y contempla la vivienda de los vecinos de enfrente. Estéticamente es igual que la suya. Una sola planta con la cubierta plana y un garaje adosado con capacidad para dos coches grandes. Una fachada blanca, rota por dos ventanales, y un coqueto jardín con barbacoa.

Contempla a sus vecinos a través de la ventana. Están en la cocina preparando la cena. Ella es encargada de recepción en un hotel de cuatro estrellas ubicado en el centro; él trabaja como director en un banco. Se mudaron el año pasado y congeniaron desde el principio. Solían organizar una barbacoa una vez al mes.

La última vez que estuvieron juntos fue hace dos lunes, con motivo del cumpleaños de Selena, como se llama la mujer. Elizabeth preparó una deliciosa tarta de chocolate y nata que acabó esparcida por el rostro de la cumpleañera; una broma que se le ocurrió a su marido, motivado por el vino, y que desembocó en una guerra de trozos de tarta.

Se lo pasaron en grande. Bebieron, brindaron, bailaron, hicieron el ridículo cantando con el karaoke y acabaron mojándose los unos a los otros con la manguera del jardín. Cuando volvieron a casa, se ducharon juntos e hicieron el amor bajo el agua. Después se acurrucaron en la cama.

Fue una noche perfecta. La última noche que sería feliz. La última vez que Elizabeth le diría que lo amaba.

A medianoche sonó su móvil y su vida de fantasía se transformaba en un drama. Dos días más tarde, Elizabeth cogía su maleta y se marchaba para no volver más.

«No puedo perdonarte», fueron sus últimas palabras.

Su teléfono empieza a sonar cuando las lágrimas están a punto de precipitarse en caída libre desde sus ojos. Observa la pantalla extrañado.

¿Por qué lo llama?

Le advirtió que solo debía contactar con él en caso de riesgo inminente.

Se ha desatado la tormenta.

Se apresura a atender la llamada y escucha con atención lo que le cuenta la voz femenina desde el otro lado de la línea.

—Yo me encargo —dice antes de colgar.

«Sabía que me traerías problemas. Deja de meter las putas narices o también morirás».

36
Carlos

Carlos está maniobrando para salir del aparcamiento cuando su madre asoma la cabeza por la ventanilla del copiloto y golpetea el cristal.

—Llámame desde que termines con esa mujer.

—Que sí, mamá. Me lo has repetido cien veces.

No exagera. Desde que llegó jadeando y sudorosa de su caminata de más de media hora desde la cafetería de Felipa, solo se ha dirigido a él para mencionarle esa maldita frase. Cuando se enoja, se vuelve más repetitiva que un loro. Y sigue molesta porque, según ella y su mentalidad antediluviana, Carlos tachó a su hermana de prostituta.

—Te lo puedo repetir ochenta mil veces, que nunca me haces caso.

«Qué pesada es», murmura cuando la deja atrás.

El tráfico escasea y llega a su destino con más de veinte minutos de antelación.

«Mejor pronto que tarde».

Mientras espera, observa a la mujer rubia que pasa a su lado haciendo *footing*. Lleva el mismo tono y corte de pelo que la Flaca. Le viene a la mente la escena que ocurrió hace unas horas, cuando la subinspectora se volvió antes de salir por la puerta de la cafetería y le guiñó un ojo mientras sonreía. El mismo gesto que le hizo Marta el día que la conoció. El mismo desparpajo que lo enamoró.

A Marta la conoció en el Mercadona. La vio bailando por el pasillo del congelado mientras empujaba el carro y se olvidó de la compra, del resto de hombres solitarios que se volvían para escanearla y del mundo en general. La siguió por todo el establecimiento como un idiota y se colocó detrás de ella en la caja, consciente de que en un

rato tendría que volver a rellenar el carro. Solo llevaba un paquete de sándwich sin corteza y uno de salchichas de pollo.

Todavía, a día de hoy, se pregunta de dónde sacó el valor para acercarse a ella cuando estaba a punto de subirse en el coche.

—Disculpa.

Marta se volvió y sonrió cuando lo vio.

—Me llamo Carlos.

—Yo, Marta.

—No quiero que pienses que soy un psicópata ni nada por el estilo, pero te he visto y…

La vergüenza hizo acto de presencia y las palabras se le enredaron en la lengua.

—Y decidiste seguirme por todo el supermercado —añadió ella con una sonrisa que le transmitió una sensación de cercanía y bienestar que no había experimentado antes.

—Eso fue exactamente lo que pasó —reconoció con una sonrisa socarrona—. Espero que no te hayas sentido incómoda.

—Me gustó que pasaras de hacer la compra por mí. No creo que te alimentes a base de sándwiches de salchichas —dijo mientras le echaba un vistazo al carro.

—¿Te tomarías un café conmigo?

Marta se lo pensó unos minutos en los que lo repasó de arriba abajo.

—Puede… Otro día.

—¿Me das tu teléfono?

Ella negó con una sonrisa pícara.

—Échale imaginación.

Se subió al coche y le dedicó un guiño y otra sonrisa hipnótica y él se quedó mirando embobado cómo desaparecía.

«Échale imaginación». Paciencia fue lo que le echó. Estuvo yendo al supermercado a la misma hora todos los días hasta que finalmente la vio bajarse del coche una semana después. Caminó directa hacia él con esa sonrisa que lo desarmaba, le entregó un papel sin decirle nada y volvió al coche.

Su número de teléfono.

Tres horas después se enamoraban mientras cenaban en una terraza.

El guiño y la sonrisa de Marta. El guiño y la sonrisa de la Flaca. Mujeres con una personalidad marcada, seguras de sí mismas. Féminas temerarias que lo desafiaban y por las que se sentía irremediablemente atraído.

El recuerdo de Marta le está agriando el humor y decide bajarse del coche y caminar hacia el lugar en el que quedó con Cynthia. Se encuentra a unos metros cuando oye unos pasos sigilosos a su espalda.

No le da tiempo de volverse.

Siente un estallido de dolor en la cabeza, seguido de otro en la espalda. Cae de bruces en el suelo y el mundo se agita a su alrededor antes de emborronarse de negro.

37
Cynthia

Cynthia y su marido regresan al domicilio de su madre cerca de las ocho y media de la tarde, después de tomarse un helado de chocolate mientras paseaban por el centro agarrados de la mano, besándose en cada esquina como dos adolescentes que se adentran en la gruta paradisíaca del amor por vez primera. Como siempre que pasaban frente a una dulcería, Jorge entró para comprarle una docena de pasteles de nata, su capricho favorito.

Tras zamparse media bolsa, tumbada en la cama junto a su marido, que hace tiempo que acabó aborreciendo los dichosos pastelitos y se está empachando de gominolas ácidas, Cynthia se da una ducha y se prepara para su encuentro con Carlos.

Mientras se viste, piensa en la historia de sus padres y filosofa sobre la vida y la fugacidad de cada instante, en la importancia de los detalles. Los giros imprevistos del destino. La felicidad efímera. Un día estás casado y con una familia feliz, y al otro estás plantado en medio de un divorcio, con una familia destrozada a tus espaldas. Del amor eterno al odio irracional. De la felicidad más plena a la miseria más patética. De los colores vivos al negro muerte. De tener el mundo en tus dedos a ser aplastado por el universo.

«¿Qué es la vida? —se pregunta—. Un cielo y un infierno».

Mientras tanto, Jorge le cuenta desde la cama los planes que tiene previstos para cuando se muden a la casa de la playa.

—He pensado que podemos poner un jacuzzi en la terraza. Aunque tengamos el mar a unos pasos, podríamos usarlo en las noches calurosas o cuando los días estén ventosos. He estado mirando precios en internet y los hay que no llegan a los mil euros. ¿Qué te parece, cariño?

Cynthia sigue a lo suyo, rebuscando prendas en la maleta.

—Podríamos hacer el amor en él. Siempre he querido hacerlo en un jacuzzi —apunta Jorge.

—Claro. ¿Por qué no?

Jorge hace una pausa. Su mujer le está dando el «sí de los locos». Sabe de sobra que a ella no le agrada hacerlo en el agua, ni siquiera en la ducha lo deja manosearla.

—También he pensado que podríamos celebrar una fiesta de bienvenida y montarnos una orgía con los vecinos para conocernos mejor. ¿A que estaría guay?

Cynthia le lanza una mirada rápida a través del espejo mientras se sube la cremallera del vaquero.

—Eh… sí.

—Podrías organizarla tú.

—Claro —suelta sin pensarlo.

—¿Y qué propones? ¿Los recibimos en bolas?

—Como quieras —dice mientras se calza unas sandalias.

—¿No te importa que abra la puerta con la polla fuera?

El término «polla» atrona en la mente de Cynthia como una bomba y la devuelve de un porrazo a la habitación. Mira a su marido como si este acabara de entrar por la puerta con una lechuga en la cabeza.

—¿De qué hablas?

—De la orgía.

—¡¿Qué orgía?!

—La orgía con los vecinos. Me acabas de decir que estás de acuerdo.

—¿Estás gilipollas?

Jorge suelta una carcajada.

—Bienvenida de vuelta al mundo, cariño. ¿Dónde estabas? No te has enterado de nada de lo que he dicho. ¿En qué piensas? ¿Estás así por la cita con el hermano de la amante de tu padre?

Cynthia asiente y se acurruca con él en la cama. Apoya la cabeza en su pecho y lo abraza.

—Es todo tan extraño. El comportamiento de mi padre es tan impropio de él. No solo que engañara a mi madre, sino que se haya largado de esa manera y que su amante aparente mi edad. No lo

reconozco. Es como si esa persona no fuera mi padre. Ahora mismo es un extraño.

—Siento mucho lo que estás pasando, cariño —dice Jorge mientras le besa el cabello y la abraza fuerte contra su pecho.

—Necesito hablar con él.

—¿Sigue sin dar noticias?

—Llamó el otro día a mi madre para saber si nos había contado la verdad. Le dijo que nos pidiera perdón y que no pretendía hacernos daño.

—Pobre hombre. Estará pasándolo fatal. Para él no debe de haber sido fácil tomar la decisión. Cuando se tiene familia, las cosas cambian. Los hijos cambian la vida.

—No lo culpo por haberse enamorado de otra mujer y querer ser feliz. Lo entiendo, aunque me duela ver a mi madre destrozada, pero mi padre no ha hecho las cosas bien. Y encima, con una treintañera… No sé si se ha vuelto loco o está *pitopáusico* perdido.

—Nadie es perfecto, cariño. Tu padre también es un ser humano. Todos nos equivocamos.

—Lo sé, pero es mi padre, mi superhéroe, y siento que me ha fallado.

—Lo estás juzgando como mujer y como padre, por lo que tengo entendido, según me has contado, nunca te ha defraudado. Siempre ha estado ahí para ti. Tiene derecho a ser feliz con quien elija. Y si tu madre lo ha perdonado, ¿quién eres tú para recriminarle sus errores?

—Lo sé…

—¿Sabes dónde está? Podríamos visitarlo antes de irnos y así te quedas más tranquila.

—Mi madre no le preguntó ni quiere saber nada más de él. Tampoco sabe quién es su amante ni le importa.

—¿Y entonces? ¿Por qué quedaste con su hermano?

—Porque yo sí necesito saberlo.

—Y yo que pensaba que la cotilla de la familia era tu hermana Ana.

—No se trata de eso. Estuve hablando antes con Iker y estoy segura de que mi madre me oculta algo.

Las palabras de su hermano se reproducen automáticamente en su mente cuando pronuncia la última sílaba: «La culpo por haberme hecho vivir una vida de mentira».

«¿Cuál es tu secreto, mamá?».

38
El inspector Escudero

Lo despierta una voz ronca y unos golpecitos en la mejilla.

—Carlos, despierta.

Entreabre los ojos y se lleva la mano al bulto que le sobresale en la frente y luego a la cabeza; está a punto de explotarle. Nota la calidez de su sangre entre los dedos. Está tirado en el suelo, rodeado de salpicaduras rojas.

—¿Estás bien?

Entre las brumas que enturbian su vista distingue el rostro ceñudo del inspector Escudero.

—¿Qué pasó? —pregunta aturdido mientras trata de incorporarse.

Tiene el cuerpo dolorido. Los latigazos que le castigan la espalda siguen a corta distancia a los que le fustigan la cabeza sin compasión.

—Despacio —dice el inspector mientras lo sujeta por el costado—. No te levantes. Quédate sentado un rato.

—¿Qué pasó? —repite contrariado.

—Eso me gustaría saber. Venía a preguntar por Santiago y te encontré tirado en el suelo.

—Alguien me golpeó por detrás con una barra o un bate.

—¿Viste quién fue?

—Lo oí, pero no me dio tiempo de girarme. Sentí un golpe en la cabeza y otro en la espalda. Luego me caí al suelo y perdí el conocimiento.

El inspector Escudero le echa un vistazo a la muñeca de Carlos.

—¿Llevabas reloj?

El agredido observa su muñeca desnuda y se lleva la mano a los bolsillos. Su móvil y su cartera también han desaparecido.

—¿Pero qué cojones está pasando en este país con la inseguridad? ¿Había necesidad de esta paliza para robarme? Si el hijo de su puta madre que me golpeó me lo hubiera pedido, le hubiese entregado hasta los gayumbos.

—Mejor no te cuento o termino de fastidiarte la noche. Agradece que te hayan agredido con un palo y no con un machete. Últimamente se está poniendo de moda apuñalar para robar. Nos encontramos en plena verbena del «pincho».

—No, si encima voy a tener que estar agradecido de que solo me abrieran la cabeza y no me rajaran las tripas. Siento que, en vez de progresar, retrocedemos como país y como sociedad. Es como si volviéramos a la época de las tribus salvajes.

—«Salvaje», tú lo has dicho. El mundo se está convirtiendo en una jungla salvaje. A este paso, en unos años nos regirá la ley de la selva. Sálvese quien pueda. Pero hoy sí puedo serte útil. Levanta, te acompañaré a denunciar, pero primero vamos al hospital. Hay que mirarte esa herida. ¿Qué hacías por esta zona?

—Había quedado con la hija de Santiago para que me confirmara si él escribió las notas de amor que encontré en un libro de mi hermana.

—¿Puedo verlas?

Carlos busca sin éxito en todos los recovecos de su ropa y por el suelo.

—Parece que el ladrón tenía prisa y arrancó con todo lo que tenías encima —apunta el inspector.

39
Cynthia

Jorge apoya la espalda contra la pared, echa la cabeza hacia atrás y trata de contener un gemido. Entierra los dedos en el cabello de su mujer, arrodillada frente a él, y le retira los mechones que le caen sobre el rostro.

Cynthia se aparta de golpe y le agarra la muñeca.

—¡Las nueve y diez! —exclama con la vista clavada en el Casio de su marido.

Se incorpora de un salto.

—Me tengo que ir. Carlos ya debe de haber llegado. Con lo que odio la impuntualidad…

—¿Vas a dejarme así? —protesta Jorge mientras señala su miembro erecto.

—Lo siento, mi vida. Termina tú solito en el baño o espera a que vuelva. No creo que tarde mucho.

—¿En serio?

—Llego tarde.

—Esto no se hace. Es cruel —se queja mientras se sube los calzoncillos.

—Te quiero —dice Cynthia antes de desaparecer corriendo por la puerta.

Son las nueve y cuarto cuando llega al contenedor donde quedó con Carlos.

No está.

«Pues sí que es tiquismiquis, el tío».

Reza por estar equivocada y que Carlos sea igual de impuntual que su hermana Ana. Se apoya en la farola fundida de enfrente y observa los coches pasar, la calle cada vez más vacía y la noche cada

vez más oscura. A las diez menos cuarto se da por vencida y regresa al domicilio de su madre.

Su hermano Iker canceló su cita para ir al cine y está esperándola impaciente en el porche de entrada.

—¿Qué? —le pregunta.

—No vino o se fue porque es un gilipollas que no puede esperar más de diez minutos.

—¿Un gilipollas como tú, que eres incapaz de esperar cinco?

—No, un gilipollas como tú, que es peor.

—Oye, oye. No las pagues conmigo, que yo no fui el que quedó con él y llegó tarde.

Cynthia le dedica una mirada incendiaria.

—¿Ves cómo eres un gilipollas?

Su madre asoma la cabeza por la puerta.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué insultos son esos?

—Cynthia tiene que contarte algo —dice Iker.

Su madre la mira expectante. Cynthia le lanza una mirada aplastante a su hermano.

—Tiene derecho a saberlo —replica este.

—¿Saber qué? —pregunta su madre.

Cynthia coge aire y lo expulsa de un soplido.

—Está bien. Creo que sé quién es la mujer con la que se fue papá.

Su madre arquea las cejas y despega los labios, pero las palabras no acuden a su boca.

—Se llama Belinda —continúa Cynthia—. Trabaja en la misma cafetería que Iker. Es la mujer de su jefe.

Su madre desvía la vista hacia su hijo, que expresa su desconocimiento encogiéndose de hombros, y la vuelve a mirar a ella.

—Belinda —repite entornando los ojos.

—No pareces muy sorprendida —apunta Cynthia.

—Solo hay hombres en el bar al que tu padre iba por las tardes, por lo que suponía que debía de tratarse de alguna clienta o de una empleada de la cafetería donde se tomaba un café por las mañanas. A veces lo acompañaba y Belinda se sentaba a charlar con nosotros,

pero no noté nada raro entre ellos. No pensé que fuera de esas *jovenzuelas* a las que les atraen los hombres mayores y tampoco que tu padre fuera un viejo verde. Podría ser su hija…

—Lo siento mucho, mamá.

—Más lo siento yo, que lo lloro cada noche.

Cynthia se acerca para abrazarla, pero su madre la frena con una mano y se lleva la otra a los ojos, intentando taponar sus lágrimas.

—Os voy a decir una cosa y os pido que respetéis mi decisión, ya que soy la principal afectada. No quiero saber nada de vuestro padre. Nada de nada. Es la segunda vez que os lo pido. Solo quiero olvidar y seguir con mi vida. Ya tengo bastante dolor en mi corazón; me niego a teneros por la casa cotilleando a mis espaldas. Para mí, Santiago está muerto. Si volvéis a nombrarlo en mi presencia, os echo de mi casa.

40
El inspector Escudero

El inspector Escudero se descojona cuando ve salir a Carlos por la puerta de Urgencias.

—¿Pero cómo coño te vendaron la cabeza?

—Ni me lo recuerdes. Me tocó el de prácticas.

—Pareces un muñeco de los *Teletubbies.*

—Gracias por el comentario, muy edificante. Ahora me siento mucho mejor.

—Pues si yo te parezco sarcástico, espera a que lleguemos a la comisaría. Se van a partir el culo cuando te vean entrar con esas pintas.

—Nadie va a reírse de mí, ya denunciaré mañana.

—Al menos tendrás que bloquear la tarjeta del banco.

—Nunca la llevo encima, pago con el teléfono. En la cartera solo estaba el DNI, el carnet de conducir y la tarjeta sanitaria. Y el móvil era un iPhone de los viejos. Me duele más la paliza que lo que se llevó el hijo de su puta madre que me agredió. ¿Me puedes llevar hasta mi coche?

—De eso nada. Hoy no vas a conducir. Te llevo a tu casa. Mañana paso a por ti y vamos por el coche, y luego, si quieres, te acompaño a denunciar.

—No conoces a mi madre. Me echará de casa si le digo que su coche duerme esta noche en la calle. Y espérate cuando me vea aparecer con las vendas. Hoy le da un ataque.

—No te preocupes por tu madre, está con la Flaca. La llamé para contarle lo sucedido y fue directa para allá. Tu madre ya sabe que te dieron un par de palos y que estás bien.

—Gracias.

—Es mi trabajo.

—No lo digo solo por lo de hoy. Tu trabajo no es investigar a personas que desaparecen por voluntad propia. Tú y la Flaca os estáis tomando muchas molestias para encontrar a mi hermana.

—Ver a tu madre destrozada, me llegó al alma y se nota que la Flaca le tiene aprecio. Por eso me decidí a echaros una mano.

—Tu compañera se lleva muy bien con mi madre, lo que me choca bastante por ese carácter tan desvergonzado que tiene.

—A la Flaca le encanta el coqueteo, pero no pasa de ser un simple juego. No encontrarás a una mujer más leal. Es la persona más generosa del mundo, ofrece todo lo que tiene. No la juzgues sin conocerla. Aunque pueda parecer una loca despendolada, es el ser más especial que conozco.

Las dos mujeres los están esperando en el porche de entrada. La madre de Carlos se echa las manos a la cabeza en cuanto lo ve.

—Pero hijo, ¿qué te hicieron?

—No es nada, mamá. Es más el bulto que la herida. Ni siquiera me dieron puntos. Las vendas son para que no se infeste.

—¡Pero si pareces Calimero!

Al inspector y a la Flaca se les escapa una carcajada.

—Gracias por ridiculizarme delante de la policía, mamá. Es lo único que me faltaba hoy para que el día fuera una mierda total.

—Yo te encuentro guapísimo, gruñón —dice la Flaca.

Carlos se le queda mirando a los ojos. Esos ojos marrones y misteriosos llenos de vida. Hoy está más bonita que nunca. La ve distinta. Siente curiosidad por descubrir qué es lo que tiene que, según el inspector, la hace tan especial.

—Al final tú y yo vamos a tener que quedar un día —le dice.

—Cuando quieras. También soy buena enfermera —suelta con una sonrisa pícara.

—No le hagas caso —le advierte su madre—. Solo está jugando. Anda que no me he reído yo en la cafetería cuando se le acercan moscones.

Carlos y la Flaca no han dejado de mirarse, estudiándose, provocándose, desnudándose la mente. Lo saben. Se están seduciendo con la mirada. Desde que puedan, acabarán en la cama.

—Yo me voy ya, que aquí no pinto nada y mañana tengo que madrugar —dice el inspector Escudero—. Encantado de volver a verla, señora. Que pase buena noche. A vosotros dos, mejor no os digo nada —añade antes de darse la vuelta y caminar hacia su Audi.

—No hace falta que te recuerde que estás casado —dice la madre de Carlos tras desearle buenas noches al inspector—. Lo que me faltaba es que tú también siguieras los pasos de tu hermana. ¿Está de moda ser infiel o qué?

Los labios de la subinspectora se contraen y su mirada se desanima.

—Ya no estoy casado. Me separé hace meses y firmamos el divorcio hace unas semanas —afirma sin apartar la mirada de la Flaca, que esboza una sonrisa al escuchar sus palabras—. Soy un hombre libre —enfatiza mientras le devuelve la sonrisa a la subinspectora.

Su madre se lleva la mano al pecho.

—¿Te divorciaste? Ay, madre, otra desgracia más. ¿Y por qué no me lo dijiste?

—No es ninguna desgracia, mamá. Los matrimonios se rompen; no pasa nada. Te lo digo ahora para que quede claro que no tengo ningún compromiso con nadie.

Esas últimas palabras van dirigidas a la Flaca.

—Bueno, pues me voy a dormir —dice la mujer tras un silencio en el que ni su hijo ni la subinspectora han dejado de mirarse a los ojos—. Parecéis dos subnormales. Si entráis, procurad no hacer ruido, que tengo el sueño ligero —apostilla antes de desaparecer por la puerta.

El inspector Escudero observa desde su Audi cómo la Flaca sigue a Carlos al interior de la vivienda.

«Folla, Flaca, folla hoy todo lo que puedas porque mañana estarás muerta».

41
Cynthia

Después de la cena, la matriarca de la familia alega cansancio y se va a dormir. El marido de Cynthia sube al dormitorio para ponerse algo más cómodo y ella y su hermano Iker se sientan en la terraza de la cocina a fumarse un Chester. Cynthia, con un descafeinado; Iker, con una Heineken.

—¿Crees que el hermano de Belinda volverá mañana? —le pregunta Cynthia.

Iker se encoge de hombros mientras se enciende el cigarro.

—¿Qué más da? ¿Qué cambia que la amante de papá sea ella? Todo seguirá igual. Papá se fue, con Belinda o con otra. Y ya escuchaste a mamá. Si te pilla cotilleando sobre él, te echa de aquí, y los dos sabemos que habla en serio. Olvídate del asunto, es lo mejor. Debemos pensar en ella. Distraerla, hacerla reír. El resto da igual.

—Puede que tengas razón —concluye Cynthia tras un sorbo de café.

—Cambiando de tema, tú y Jorge podíais cortaros un poco, que los tabiques son de papel, *guarretes*. A mí me da igual, pero al otro lado duerme mamá y no creo que le haga mucha gracia oír vuestros jadeos.

—¿Tanto se oye? —le pregunta Cynthia, ruborizada.

—Se oye todo. Hasta te puedo decir que antes dejaste a tu marido con la caseta de campaña montada y que lo mandaste al baño a darle a la zambomba. Eso no se hace. Mira que dejarlo con los huevos cargados… Si ya llegabas tarde a tu cita con Carlos, ¿qué más te daban unos minutos de más?

—Eso digo yo —lo secunda Jorge, que sale por la puerta en pijama y con una Heineken en la mano—. Al final lo solucioné

dándome una ducha fría.

Él e Iker se ríen y chocan las manos.

—Hombres… —murmura Cynthia.

Su marido se sienta a su lado y le acaricia el muslo.

—Luego me tendrás que compensar.

—Qué menos, con la putada que te hizo —lo apoya su cuñado.

Cynthia los mira sacudiendo la cabeza.

—Se me ocurre una idea mejor. ¿Por qué no dormís juntos esta noche y celebráis una fiesta de pajas y cervezas?

Los dos hombres se miran y sueltan una carcajada.

—Buena idea —dice Jorge.

—Me apunto —añade Iker—. ¿Otra cerveza?

—La tengo llena, pero te la traigo.

Cynthia menea la cabeza mientras observa cómo su marido desaparece en la cocina.

—Vaya dos… ¿Y tú, qué? ¿Cómo va tu historia? Antes te vi hablando por teléfono. ¿Era con tu enamorado?

Iker asiente y apura el último trago.

—¿Y qué? ¿Te dijo cuándo dejará a su esposa?

—Ya está hecho.

—¡Felicidades! Me alegro mucho por ti. ¿Y qué haréis ahora?

—Me pidió unos días para comunicárselo a su familia y prepararlo todo. Luego nos iremos de aquí.

—¿Ya habéis decidido adónde?

—Todavía no. Donde nos lleve el destino.

Una voluntad fallida. No irá a ninguna parte. El destino tiene otros planes para la familia.

Planes negros. Negro muerte.

42
Carlos

Carlos cierra la puerta de su dormitorio y se abalanza sobre la Flaca. Se besan, se desnudan y se entregan a esa pasión desenfrenada que se ha apoderado de ellos de forma instantánea. Uno de esos polvos saciantes de unos minutos de duración, unos escasos minutos de un deseo desorbitado que desemboca en un éxtasis lapidario. Caen rendidos en la cama, bocarriba, jadeantes.

—¡Vaya polvazo! —exclama Carlos en cuanto recupera el aliento.

La Flaca le tapa la boca con la mano.

—*Shhhhh*. No hagas tanto ruido, que ya sabes lo que nos dijo tu madre.

—Si no se enteró de lo que acaba de pasar aquí, es que tiene un problema de sordera grave. Me encanta cómo gimes —le susurra al oído.

—Y a mí que me hagas gemir.

Sus bocas vuelven a buscarse y sus lenguas se enredan. Entre lengüetazos y sobeteos, Carlos acaba tumbado sobre ella y la penetra por segunda vez. Otro orgasmo legendario. Se acuesta a su lado y la abraza por detrás. Su cabello huele a fresa y le gusta el tacto sedoso de su piel. Es su primera vez después de Marta y no se ha sentido extraño. Lo ha disfrutado. Con su exmujer era mejor, todo era mejor a su lado, pero la ha perdido y debe aprender a vivir sin ella.

La Flaca le pregunta sobre su divorcio para asegurarse de que no se está adentrando en terreno pantanoso y le habla de su experiencia traumática con su exnovio. Después se abre en canal. Le cuenta que tuvo una infancia feliz con su hermana y unos padres empalagosos que, si bien eran exigentes en cuanto a los estudios, las colmaban de cariño. Estudió Magisterio porque le encantaban los

niños, hasta que su hermana le dio un sobrino y su instinto maternal se disipó de un plumazo. El pequeñajo era un amor, pero los niños exigían demasiado tiempo, demasiadas atenciones, una responsabilidad que no estaba segura de querer asumir. Y cuando empezó a trabajar como policía, desterró de su vida la opción de la maternidad. Su trabajo es su verdadera pasión, su vida. Nació para ser policía, como su padre y su abuelo.

Carlos la escucha atento. Comparten tantas similitudes que tiene la impresión de estar inmerso en un documental sobre sí mismo. Él tampoco quiere ser padre, al contrario que su exmujer, que en cada cumpleaños le soltaba la misma indirecta: «A ver si te espabilas, que se me está pasando el arroz».

También le apasiona su trabajo, la vida y la libertad de la que dispone. Y a la Flaca también le gusta viajar, y el rap, y las artes marciales mixtas, y el fútbol, y las películas de acción y la novela negra. Un buen chuletón, una cerveza antes de comer, un vino al atardecer, los polvos sorpresivos y los besos y los abrazos. Los perros, la playa, la lluvia para dormir, el silencio de la noche, las bromas, los planes improvisados, una buena hamburguesa con sus patatas, el guacamole, el marisco y los donuts de azúcar.

Intercalan la charla con el sexo, hasta que su miembro dice «basta» y la Flaca acaba con las piernas doloridas.

—¿Te quedas a dormir? —le pregunta Carlos.

—Prefiero irme a casa.

—¿Por qué?

—Dormir con alguien es peligroso.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Cómo que «porque sí»? ¿Qué respuesta es esa? No voy a matarte. No soy ningún psicópata.

—No me refiero a eso…

—Me has contado tu vida entera y llevamos toda la noche revolcándonos. ¿Me vas a dejar así? ¿Por qué no quieres dormir conmigo? ¿Tan mal lo he hecho?

—Porque lleva al cariño —dice la Flaca tras un silencio.

—Es peligroso para los dos. Los hombres no somos de piedra y también nos encariñamos, aunque no queramos. Me estoy dejando llevar y me gustaría que tú también lo hicieras —dice mientras la abraza fuerte—. Quédate solo esta noche.

La subinspectora no le contesta. Se acomoda en la cama, entrelaza los dedos de su mano con los suyos y cierra los ojos. Unos minutos después, Carlos oye su respiración profunda y nota el vaivén pausado de su pecho. Le besa el cabello y también se duerme.

Cuando entreabre los ojos, la luz tímida del amanecer se esparce a través de las cortinas, difuminando las últimas sombras rezagadas. Sigue abrazado a la Flaca, en la misma posición que cuando se durmieron. La observa en silencio y se le enternece el alma. Está tan indefensa, tan angelical. Le aparta un mechón de pelo del rostro y le besa la mejilla.

La Flaca entreabre los ojos y sonríe al verlo, y a él se le cae la coraza del pecho. Sí que va a resultar peligroso dormir con alguien. Si le regala esa sonrisa cada mañana, en unas semanas acabará enamorado perdidamente de ella.

La subinspectora se despereza y se incorpora en la cama.

—¿Qué hora es? Tengo que ir a trabajar.

—Tienes tiempo de sobra. Date una ducha en lo que te preparo un café.

Le da un beso en los labios y busca sus gayumbos entre las sábanas. La Flaca se levanta y recoge su ropa del suelo.

—¿Estás loco? Me muero de vergüenza si veo a tu madre.

—Mi madre me hizo follando, por si no lo sabías.

—No compares peras con plátanos —dice mientras se viste.

—¿Eh?

—Que anoche se nos fue la bola. No sé en qué estábamos pensando. Tu madre estaba a unos metros.

—Con lo descarada que eres conmigo y lo vergonzosa que te vuelves con ella. ¿Crees que no sabe que estás aquí y que follamos?

—¿Quieres asomarte a ver si está, pesado?

Carlos se ríe y menea la cabeza.

—No me lo puedo creer —murmura mientras se pone los gayumbos y se asoma a la puerta.

—Mamá, ¡¿estás ahí?!

—¡En la cocina!

—¡¿Puedes quedarte ahí hasta que la Flaca se vaya?!

Por el rabillo del ojo ve cómo la subinspectora se lleva las manos a la cabeza.

—¡¿No se toma un café?! ¡Con lo poco que dormisteis anoche, necesitará una dosis extra de cafeína!

Carlos se descojona de las mejillas sonrojadas de la Flaca.

—Te lo dije. Mi madre no es sorda, ni tonta. Sabe que aquí anoche hubo *ñaca ñaca*.

—Y tú eres idiota perdido —dice mientras asoma la cabeza al pasillo y se echa a correr hacia la puerta.

Carlos la sigue.

—¿Nos vemos luego, vergonzosa? —le pregunta cuando la subinspectora está a punto de cruzar la puerta.

La Flaca se vuelve y le guiña un ojo.

—Déjame pensarlo —suelta con una sonrisa.

Él también sonríe. Le gusta. Quiere pasar tiempo con ella. Conocerla. Seguir escarbando en su interior e indagar en cada recoveco. Se asoma a la ventana del salón y la ve desaparecer en el Honda que le prestó el taller hasta que arreglen su coche.

A unos metros de distancia, entre dos árboles, está aparcado el Audi Q3 negro del inspector Escudero.

43
Cynthia

Cynthia asoma la cabeza por la sábana y observa el semblante extasiado de su marido y sus ojos en blanco.

—¿Te gustó?

—Me vuelves loco, cariño. Me encanta cuando me despiertas a lametones.

Cynthia se tumba a su lado y se despatarra en la cama.

—Pues ahora te toca a ti.

Jorge se acuesta sobre ella y le acaricia los pechos. Hunde la boca en sus pezones y recorre su abdomen con la lengua hasta alcanzar la entrepierna.

Su móvil empieza a sonar.

—No me lo puedo creer —se queja Cynthia—. ¡Ni se te ocurra cogerlo!

—Solo déjame ver quién es —dice Jorge mientras le echa un vistazo a la pantalla.

—¿Qué más da? Si ya no trabajas… —replica en lo que empuja la cabeza de su marido entre sus muslos.

—Es del periódico. ¡Qué raro! Déjame cogerlo. Ahora sigo.

Cynthia suelta un bufido y se cruza de brazos, con el entrecejo y los labios fruncidos.

Jorge le da un beso en la mejilla antes de atender la llamada.

¿Sí?… ¿A qué hora es?… Sí, claro. Nos vemos allí… Hasta luego.

—Cariño, levántate, tienes que llevarme al aeropuerto. Se me olvidó que hoy tengo una reunión de presentación con la nueva dueña del periódico y los patrocinadores.

—¿Me vas a dejar así? Estoy supercachonda.

—Lo siento. Otro día te compenso —dice mientras recoge su ropa del suelo—. Date prisa.

—Esto no se hace, eh. Me parece fatal, que lo sepas.

—Cuando vengas del aeropuerto, puedes darte una ducha fría, como hice yo ayer cuando te fuiste corriendo a tu cita con Carlos, o también puedes apañártelas tú solita en el baño, como me sugeriste.

—¿Te estás vengando, hijo de puta?

Jorge suelta una carcajada.

—Para nada, cariño. Lo que más me gustaría es quedarme contigo todo el día en la cama haciéndote el amor, pero tengo que cumplir con una última obligación. ¿Por qué no te vienes conmigo? Tu madre está más animada.

—Prefiero quedarme unos días más. Ella y mi hermano se hacen los fuertes, pero los conozco y sé que están hechos polvo.

—Como quieras. ¿Y qué haces desnuda todavía? Vístete, que me tengo que ir.

Cynthia recorre la cama a cuatro patas.

—Pensaba que te gustaba verme desnuda.

—Y me encanta, pero cuando puedo disfrutarte. —Le lanza el sujetador que acaba de recoger de entre las sábanas—. Date prisa, voy a despedirme de tu familia —añade antes de abrir la puerta.

Tres cuartos de hora después, Cynthia observa a su marido mientras desaparece corriendo entre el vaivén de pasajeros. Se sigue derritiendo por él. Lo sigue eligiendo entre los millones de hombres del mundo.

¿Cómo pudo pensar que le era infiel?

Si lo hubiera hablado con él en vez de sacar conclusiones precipitadas, alimentadas por unos celos estúpidos, se habría ahorrado unas buenas toneladas de sufrimiento. Se aman. Se siente infinitamente feliz. Ojalá pudiera compartir una parte de esa felicidad con su madre, verterle unos centilitros en su corazón, como se hace en un vaso con el agua de una jarra.

Su madre se hace la fuerte, pero sus dormitorios comparten tabique y todas las noches la oye sollozar en la cama, igual que a Iker, cuya habitación se ubica en la pared opuesta.

Cuando aparca frente al domicilio de sus padres, se fija en las dos patrullas aparcadas frente a la vivienda de los nuevos vecinos. Se apresura a abrir la puerta y se dirige a la terraza de la cocina. Su hermano Iker está allí, apoyado en la barandilla, espiando la casa contigua.

Se coloca a su lado y observa al círculo de personas que se congregan alrededor de un bulto en el suelo.

Lo están cubriendo con una lona gris.

44
El inspector Escudero

Lo despierta un bocinazo seguido de un vocerío. Dos hombres se están dedicando unas cuantas «sutilezas» al volante.

—¡Espabila, gilipollas!

—¡Tu puta madre!

—¡La tuya, hijo de puta!

—¡Cómeme la polla!

—¡Y tú a mí los huevos!

«Poesía en estado puro. Y decían que la pandemia nos haría mejores personas. En imbéciles integrales es en lo que nos ha convertido. En insensibles. En egoístas. En cínicos».

Entreabre los ojos y se incorpora despacio. Con cada movimiento, siente como si los huesos de su cuerpo quisieran romperse. El freno de mano se le clava en el muslo, nota la piel pegajosa y el ambiente cargado. Se acomoda en el asiento y observa la calle envuelta en sombras grises. Ya ha amanecido y el Honda que conducía la Flaca ha desaparecido. Se marcharía después de las cinco de la mañana, que fue la última vez que consultó la hora en el salpicadero antes de quedarse dormido.

Se le escapó.

Soñó que la golpeaba en la cabeza con una piedra, pero no pudo acabar con ella. En sus sueños es incapaz de quitarle la vida y en el mundo real está condenado a matarla.

Enciende el motor, mete primera y conduce hasta su domicilio maldiciendo y bendiciendo al mismo tiempo no haber podido ejecutar su plan.

A la Flaca le queda un día más de vida.

Se da una ducha con agua fría, se encasqueta el mismo vaquero que el día anterior, disimula las arrugas de una camisa con la

plancha a medio calentar y se dirige a la cafetería Don Pepe.

Lola se acerca a su mesa.

—Vaya cara me traes. ¿Tu mujer te mandó anoche al sofá?

«Las ganas mías. Dormiría allí todas las noches de mi vida, sin manta ni almohada, con tal de que Elizabeth volviera».

—Dormí de pena. Se me cierran los ojos.

La Flaca aparece de la nada y se sienta en la mesa. Su cabello húmedo desprende un intenso aroma a fresas. Luce el rostro resplandeciente de una persona que ha pasado una noche de buen sexo.

—Buenos días, Lola. ¿Te he dicho que hacéis el mejor café y la mejor tortilla del mundo?

—Así me gusta. Ahora te los traigo, guapa. Y un carajillo para tu compañero, a ver si se espabila.

La Flaca escruta el rostro adormilado de su jefe.

—Pues es verdad. No me digas que volviste a espiar a tu exmujer de madrugada.

El inspector la mira extrañado. Está tan empanado que ni se acordaba de la trola que le soltó cuando sospechó que la Flaca había revisado las cámaras de tráfico y descubrió su Audi rondando por las inmediaciones de su casa el día que le manipuló la rueda del Opel.

«No. Mientras tú te lo pasabas de escándalo follando con Carlos, yo estaba sobando retorcido como un gusano en el asiento del coche, esperando a que salieras para matarte».

—Ya me di por vencido, pero sigue doliendo. Ayer estuve toda la noche recogiendo las cosas que quedaban de ella por la casa y me quedé dormido en el sofá a las tantas.

—Desprenderse de los recuerdos simboliza el preludio del olvido. Me alegro por ti. Ahora solo falta que te afeites esos parches de pelo que tienes por barba y que te hacen más feo de lo que ya eres.

—¿Te digo lo que puedes hacer con tu lengua de mierda?

La Flaca suelta una carcajada.

—No hace falta, me lo imagino. No te pongas a la defensiva, que lo digo por tu bien. Las mujeres solemos hacernos un cambio radical cuando pasamos página. Yo me corto el pelo cada vez que empiezo

un nuevo capítulo de mi vida. Y funciona, créeme. No hay nada más peligroso que una mujer convertida en loba.

—¿Nunca miras atrás?

—Nunca —dice tajante—. Cuando me hieren el corazón, silencio sus quejidos y me centro en alejarlo de lo que lo daña, aunque duela.

—¿Sigues creyendo en el amor?

—Por supuesto. Nunca dejaré de hacerlo, por muchas patadas que me suelte. Pero no permitiré que ningún amor traicionero me tumbe.

—¿Y cómo haces durante el duelo?

No recuerda verla hecha polvo más de unos días, ni siquiera cuando su exnovio estuvo a punto de agredirla con un bate. A saber cómo habría acabado si no llega a aparecer aquella patrulla. Pensándolo ahora, ojalá Óscar la hubiera matado esa noche, así no tendría que hacerlo él y no le dolería tanto el alma.

—Lloro todas mis lágrimas juntas, después me seco el rostro y sigo adelante con una sonrisa —dice la Flaca—. Creo en el destino, en que todo pasa por algo. Si hay padres que logran sobrevivir a la muerte de un hijo, ¿cómo el resto no vamos a ser capaces de superar un amor maldito?

—Envidio tu fortaleza.

—No se trata de eso, sino de tener las ideas claras y no dejar que el corazón nos ciegue. Cuando se enamora, se vuelve idiota perdido y hay que ignorarlo de vez en cuando para poder analizar la situación desde una perspectiva realista. A mí también me duele, no soy de piedra, pero no permito que me derrote ni que condicione mi vida. «Yo te cuido y tú me cuidas. Ni yo te hiero ni tú me hieres y, si lo haces, me pierdes». Punto. No hay más. A eso me aferro para olvidar.

El inspector no puede evitar que el recuerdo de Elizabeth regrese a su mente. ¿Su exmujer pensaría igual que la Flaca? ¿Se trataba de un lema entre mujeres? «¿Si me hieres, me pierdes? ¿Punto? ¿No hay más?». ¿Ella también lo habría llorado una sola noche? ¿Una única noche de duelo habría bastado para borrarlo de sus pensamientos y encerrarlo en la celda de aislamiento de su corazón?

Él siempre la llevará clavada en el alma. Como un tatuaje. Como el recuerdo más bonito de su vida. El más valioso. Su cicatriz del amor.

—¿Superaste a Óscar?

—Está más que superado y olvidado. Un hombre que, en vez de hacerme sentir protegida, me hacía vivir aterrorizada, no se merece que lo recuerde. Es una etapa pasada, un capítulo cerrado. Trato las rupturas como aprendizajes para saber lo que quiero en mi vida, pero sobre todo, lo que no quiero. Busco un amor bonito, puro, sin máscaras.

—Pensé que te habías dado por vencida en el amor.

—¿Por?

—Porque podrías tener a cualquier hombre y siempre estás sola.

—¿Tú también me vas a venir con eso? Mi madre me tiene loca. Me gusta la soledad y no pienso renunciar a ella si no es por alguien que verdaderamente merezca la pena. No me apetece perder el tiempo en historias pasajeras. Ya tengo treinta y dos años, tengo cosas mejores que hacer que andar ligoteando en aplicaciones de *follocitas* y en las redes o corriendo por las discotecas.

—¿Y Carlos qué es? ¿Una distracción?

La Flaca niega con una sonrisa resplandeciente.

—¿Te gusta?

—Me siento muy cómoda con él.

—Está claro que te gusta, no sé por qué te andas con rodeos.

—Yo no he dicho eso —lo contradice con las mejillas sonrojadas.

—¿Lo vas a negar? Doy por hecho que hoy no te miraste en el espejo. ¿Has visto la sonrisa bobalicona que tienes? Y te brillan los ojos como faros cuando hablas de él.

—Pero ¿qué dices? Estás chocheando.

—La que estás «chocheando» eres tú.

—¿Tengo que aguantar esto?

—Soy tu jefe, así que yo diría que sí.

—Cuando volvamos a la comisaría, recuérdame que pida el traslado.

—Muy bien, pero eso será luego. Ahora estamos hablando de Carlos. ¿Por qué no admites que te gusta?

—Porque no lo conozco.

—¿Y eso qué tiene que ver? Te puede gustar ahora y dejarte de gustar cuando lo conozcas.

—Mira que eres pesado. ¿Por qué no me dejas desayunar tranquila?

—Lo haré cuando Lola te traiga el café y la tortilla.

—Me estoy pensando en serio lo de pedir el traslado.

—Y yo que eres la persona que peor miente en el mundo.

—¡Toma ya! Por la cara y nada más empezar el día. ¿Y dónde está mi desayuno? —dice mientras desvía la vista hacia la barra.

Recibe una llamada y se apresura a coger el móvil, aliviada y agradecida por la interrupción. Siempre le ha costado mostrar sus sentimientos, aunque el inspector conozca su vida entera y le haya secado las lágrimas en más de una ocasión.

—Dime… Sí, la conozco… Envíame la dirección, voy para allá.

Cuelga con un bufido de angustia y busca a Lola con la mirada.

—¿Me puedes poner el desayuno para llevar? Me tengo que ir.

—Enseguida, guapa.

—¿Qué pasa? —le pregunta el inspector.

—Mataron al prometido de una amiga.

45
Carlos

Carlos se da una ducha rápida y se dirige a la cocina. Su madre vierte café en una de las dos tazas que hay sobre la mesa y se la acerca.

—¿Y la Flaca?

—Se fue. Le daba vergüenza verte.

—Vaya por Dios. Espero que no empiece a evitarme ahora por tu culpa. Te preguntaría qué tal la cabeza, pero veo que no te dolió durante la noche. Lo que me sorprende es que todavía tengas las vendas puestas.

Carlos se sienta y le da un sorbo al café.

—¿Nos estuviste espiando?

—No hizo falta… Me falla la vista, pero el oído lo tengo fino.

—Y la lengua también.

—Estoy en mi casa, puedo decir lo que quiera.

—No empieces, mamá. Me acabo de levantar…

Su madre aparta una silla y toma asiento frente a él.

—¿Por qué no me contaste lo de Marta?

—Porque me costó asimilar que me dejara y no quería hablar del tema.

—¿Qué pasó?

—Que mi trabajo hizo mella en la relación. Pasaba muchas horas fuera de casa y Marta se acostumbró a vivir sin mí.

—Lo siento, hijo. Ustedes, los hombres que trabajáis a destajo, debéis procurar buscaros una mujer que esté igual de ocupada para que no os eche de menos. Tenías que habérmelo contado.

—No quería preocuparte y tampoco me sentía preparado para afrontar la realidad.

—¿Y ahora lo estás?

Carlos reflexiona la respuesta. Se ha levantado fortalecido, ilusionado. Por primera vez en meses, se siente capacitado para hablar de Marta sin que se le quiebre la voz.

Y hay un motivo: la Flaca.

En una sola noche, la poli cachonda consiguió que vuelva a sentirse vivo, que vuelva a confiar en el destino. Como solía decirle a su hermana cada vez que la vida la golpeaba y corría a sus brazos buscando consuelo: «Todo pasa por algo».

—Marta me dolerá siempre, pero ya es pasado y no me apetece hablar de ella. Le deseo que encuentre a un hombre que la valore y sepa darle lo que yo no pude.

Se levanta y se asoma a la ventana. Su madre lo sigue con la vista sin pronunciar ni una sola palabra.

—Por cierto, ¿estuvo aquí el inspector Escudero?

—No, ¿por qué?

—Porque quedó en venir a recogerme para llevarme a buscar tu coche y acompañarme luego a denunciar y antes vi su Audi aparcado fuera.

—¿Un Audi grande negro?

—Sí.

—Yo también lo vi, pero no creo que fuera el suyo porque ese coche pasó la noche ahí.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que me llamo Belinda. Anoche tampoco pude dormir pensando en tu hermana y estuve la mitad de la noche asomada a la ventana.

Carlos da el tema por zanjado y fija la vista en el espacio vacío donde estaba estacionado el Audi del inspector. Está convencido de que era su vehículo.

¿Por qué pasó la noche allí?

46
Cynthia

Su madre se une a Cynthia y a Iker en la terraza de la cocina y también observa la casa adyacente. Una pareja de policías acordona la zona mientras otra apremia a los propietarios de la vivienda y a los trabajadores a que se mantengan alejados del bulto que yace en el suelo.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Encontraron un cadáver enterrado en la piscina —la informa Iker.

Su madre aparta la vista como si acabara de recibir una bofetada, apoya una mano en la pared y se lleva la otra al pecho.

Cynthia se apresura a sujetarla.

—Vamos dentro, mamá.

La ayuda a sentarse en el salón y vuelve a la cocina para prepararle una tila. Iker permanece en la terraza, con la vista clavada en la escena que se está desarrollando en la finca contigua.

Acaba de llegar un Dacia verde y un furgón azul oscuro. Una pareja de mujeres, vestidas de paisano, se baja del Dacia y se acerca a las dos patrullas que protegen la zona. De la furgoneta descienden cuatro hombres que se apresuran a endosarse un mono con capucha, unos guantes de látex y unos cubrezapatos blancos.

Mientras los cuatro individuos examinan y fotografían la escena, una de las mujeres conversa con los propietarios de la vivienda y con los trabajadores que encontraron el cuerpo; la otra se encasqueta la misma indumentaria desechable que sus compañeros y se dirige al cadáver.

El encapuchado que apartó la lona lo está fotografiando desde varios ángulos, intercambiando los objetivos de la cámara. Cuando termina, le hace un gesto afirmativo con el pulgar y la policía se

inclina sobre el muerto. Se encuentra en un estado avanzado de descomposición. Emite un olor fuerte y los tejidos blandos están deteriorados. Se aprecian heridas en la cabeza, como si lo hubieran golpeado con un objeto pesado. Se trata de un hombre de edad avanzada, vestido con un jersey verde y unos vaqueros. Le falta una zapatilla.

La mujer palpa los bolsillos delanteros. No encuentra nada. Le pide ayuda al compañero de la cámara para girarlo ligeramente y comprueba los bolsillos traseros. Saca una cartera negra. Examina su contenido y dirige la vista hacia la vivienda vecina. Sus ojos se encuentran con los de Cynthia, que acaba de volver a la terraza para fisgonear. Los retortijones del miedo se agitan en su estómago. Un mal presagio le arponea el pecho, un presentimiento siniestro que se materializará en breve.

Cinco minutos después suena el timbre.

47
El inspector Escudero

Después de dar tres vueltas en busca de un aparcamiento imposible, el inspector Escudero estaciona su Audi Q3 en doble fila frente a la fachada enladrillada del edificio de seis plantas donde encontraron el cuerpo tiroteado del prometido de una amiga de la Flaca. Benito Romero, un experto en infidelidades. Un detective privado de dudosa reputación y un currículum mancillado por los métodos reprobables que empleaba en el desempeño de su trabajo.

Se rumoreaba que instalaba cámaras secretas en los domicilios de los espiados y que el chantaje y la extorsión, en caso de que lo amenazaran con demandas, abundaban en sus investigaciones. Había acabado varias veces en el hospital de una paliza, pero siempre se había negado a denunciar.

«Un robo», decía. Hasta que le robaron la vida.

—Sabía que acabaría mal —dice la Flaca cuando caminan hacia el portal—. Cuando te dedicas a romper matrimonios y a arruinar a ricachones, te arriesgas a sufrir las represalias de los afectados. Hay personas adictas a la adrenalina del peligro. Lo habían amenazado de muerte, le habían dado palizas y ahora lo han matado.

—¿Qué hacía tu amiga con un tipo así?

—Es de esas mujeres a las que les atraen los *malotes*. Soltaba uno y se enganchaba a otro, así fue como lo conoció. Lo había contratado para que descubriera si su novio la estaba engañando y el mismo día que se lo confirmó, acabaron liados. Es una cabeza loca, pero tiene muy buen fondo y un corazón de algodón. Todos somos responsables de nuestras malas decisiones, pero no se merece pasar por una experiencia así. Estaban prometidos…

—Si cambiara de tipo de hombre, le iría mejor.

—Qué poco empático eres. Espero que no se te ocurra soltárselo.

—No se trata de empatía, sino de sentido común. Ella solita se lo buscó. Si te lías con un *malote*, acabarás mal, como el propio término indica. Ni lo cambiarás ni dejará su vida por ti. Eso solo ocurre en las películas. Si te vas, vendrá otra. Y si te quedas, en el mejor de los casos, terminarás como tu amiga: destrozada, pero viva; en el peor, como el detective: muerto.

Desde el vestíbulo les llegan las voces de sus compañeros interrogando a los vecinos en busca de posibles testigos o de información que los lleve hasta algún sospechoso.

Las puertas del ascensor se abren en la tercera planta, destinada a oficinas. Salen a un vestíbulo amplio, de paredes y baldosas beis. Al fondo a la izquierda, la oficial Artiles trata de consolar a la amiga de la Flaca, la típica rubia ceñida que roba todas las miradas allá donde vaya. Está apoyada en un rincón, abrazándose a sí misma frente al despacho de su difunto prometido. Solloza a gritos, con el rímel corriéndole a chorros por las mejillas. Se lanza en los brazos de la subinspectora en cuanto detecta su presencia.

—Lo siento mucho —murmura la Flaca cuando se abrazan.

El inspector Escudero se asoma a la puerta y le echa un vistazo a la escena del crimen. Paredes revestidas de títulos y diplomas salpicados de proyecciones de sangre negruzca; una lámpara de lágrimas en el techo; los añicos de un móvil, un portátil y un ordenador regados sobre las baldosas negras. Un espacio angosto iluminado por una ventana alargada con las persianas echadas. Dos plantas artificiales en las esquinas y en medio, frente a la ventana, un escritorio de madera sin nada encima, salvo manchurrones de sangre seca. Dos sillas rojas de piel enfrente y en el lado opuesto, un sillón negro donde está despatarrado el cadáver, inflado, con la piel verdosa y el pecho y la cabeza perforados por un orificio de bala. El traje de chaqueta azul, la corbata verde y la camisa blanca están emborronados de costras sanguinolentas. Huele a carne podrida. A sangre. A muerte.

—Lleva muerto una semana por lo menos —apunta la oficial Artiles, que decide dejar solas a las dos amigas y se sitúa al lado del inspector en la puerta—. Su prometida estuvo fuera dos semanas por motivos laborales. El viernes pasado discutieron por teléfono

porque él estaba celoso de un compañero de ella y no volvieron a hablar.

—¿Tantos días?

—Al parecer, esos silencios prolongados formaban parte de su relación y él era de mecha corta, por lo que a ella no le extrañó que no le cogiera el teléfono ni le respondiera los mensajes. Se peleaban, se dejaban de hablar durante unos cuantos días y se reconciliaban sin más. —Señala los fragmentos dispersos por el suelo—. Su móvil está destrozado y también su ordenador y el portátil. El asesino se aseguró de que los discos duros quedaran inservibles para que no podamos extraer información, lo que sugiere que pueda tratarse de un cliente o de alguien a quien espió.

—¿Testigos?

—Ninguno de los empleados de las oficinas de esta planta vio a nadie entrar en el despacho. Permanecía cerrado desde el viernes pasado. Lo más seguro es que lo mataran ese día entre las siete y las ocho de la mañana, que es el intervalo de tiempo entre la apertura de su despacho y el resto. Hablé con algunos de los vecinos de la planta baja y, aunque la mayoría estaban despiertos a la hora del crimen, ninguno oyó los disparos. Lo más probable es que el asesino utilizara un silenciador.

—Todo indica que se trata de un crimen premeditado. El asesino conocía el lugar, los horarios de las oficinas y la hora a la que solían llegar los empleados. Puede que hasta estuviera citado para ese mismo día a primera hora.

—Pediremos el registro de llamadas de su móvil. Parece el trabajo de un profesional, diría que de un sicario.

—El detective estaba especializado en infidelidades. La mayoría de sus clientes eran mujeres casadas con tíos forrados. Lo más probable es que lo mandara a matar algún adúltero al que el divorcio dejó temblando su cuenta bancaria.

—Nos centraremos primero en sus clientes. Lo tenía todo informatizado. Aunque es improbable que saquemos algo de los discos duros, usaba Apple y su prometida nos confirmó que también tenía un iPad en su casa. Conoce la contraseña. Cuando terminemos aquí, iremos para allá.

—¿Y cómo es posible que ninguno de los empleados de las oficinas reparara en el olor a putrefacción?

—Tienen problemas constantes con los sumideros, pensaron que el mal olor provenía de los bajantes.

El inspector observa el cadáver desmadejado en el sillón. Sus ojos de pánico lo observan fijamente, como si lo hubieran reconocido, como si se hubiesen percatado de que tienen enfrente a su asesino.

«Yo te maté».

48
Carlos

Carlos se despide de su madre con un beso en la mejilla.

—Voy a coger un taxi para que me lleve a tu coche. Luego iré a pedir un duplicado de la tarjeta SIM y a comprarme un móvil nuevo, y también pasaré por la comisaría a denunciar.

—Voy contigo.

—No. Tu coche está en la calle donde vive Santiago. Ayer no pude ver a su hija. Me gustaría hablar con ella y explicarle por qué le di plantón.

—Llámame con lo que sea.

Carlos le pide al taxi que lo deje frente al vehículo de su madre. Comprueba que todo está en orden y se encamina hacia el domicilio del presunto amante de su hermana. Varias patrullas se arremolinan en la vivienda colindante y una pareja de policías está apostada delante del precinto que rodea el perímetro.

—Encontraron dos cuerpos —murmura una voz femenina de entre el grupo de curiosos que se ha acercado a husmear.

—Es uno —la corrige un hombre.

—Le faltaba la cabeza —apunta otra mujer.

—No le faltaba nada —la contradice una segunda voz masculina—. Lo vi cuando lo subían en la ambulancia y estaba entero.

«El mundo se nos va de las manos y lo peor es que lo acabamos normalizando todo. Ahí están, comentando la muerte de un ser humano como quien conversa sobre el tiempo. En mi época, los muertos causaban una conmoción general. Nos arrebataban el sueño durante días. Hoy los cadáveres se hacen virales y en las noticias televisan imágenes morbosas de accidentes mortales, palizas y asesinatos como si fueran dibujos animados. Qué locura. Si

tienes algo de sangre en las venas, este mundo te la reseca», se dice Carlos.

Sigue su camino hacia la vivienda de Santiago. Es Cynthia la que le abre la puerta. Tiene el rostro descompuesto y la mirada ausente.

«Otra que tampoco puede dormir por las noches. Y encima matan al vecino. Vaya panorama le ha tocado a esta pobre».

—Hola, siento el plantón, pero tengo excusa. —Señala el vendaje que cubre su cabeza—. Me atacaron ayer cuando venía hacia aquí y, aparte de desvalijarme, se llevaron las notas de amor que iba a enseñarte.

Cynthia tarda unos segundos en contestar. Su mirada está perdida en las vendas de Carlos. Su mente, ni ella misma lo sabe.

—Tu hermana no está con mi padre.

—¿Cómo lo sabes?

Carlos ve la angustia invadir los ojos de Cynthia, que le suelta la cruel realidad tras un suspiro dolorido.

—Porque mi padre está muerto.

49
El inspector Escudero

El inspector Escudero observa atentamente cada paso de los agentes de la científica. La jueza certificó la defunción y hace unos escasos minutos que el cadáver del detective privado partió hacia la morgue.

Unos focos iluminan la escena con la misión de delatar hasta el más mínimo indicio. Mientras el agente espigado señaliza y fotografía las pruebas, sus dos compañeros extraen instrumental de un maletín metálico. Uno de ellos recoge del suelo los fragmentos del móvil, del portátil y del ordenador y los introduce en bolsas y cajas. El otro rocía el pomo de la puerta con un espray gris. Resaltan varias huellas parciales. Le pide al compañero de la cámara que las señalice y las fotografíe mientras rebusca en el maletín. Saca una lámina adhesiva que coloca sobre el pomo para copiarlas.

«No encontraréis las mías», se dice para sus adentros el inspector.

Se puso los guantes antes de bajarse del coche y recorrió el trayecto hasta el despacho con las manos en los bolsillos para no levantar sospechas. Está seguro de que tampoco lo captó ninguna cámara de seguridad. La víspera del crimen se había pasado horas recorriendo los alrededores y descubriendo los ángulos muertos, con la cabeza cubierta por una gorra negra y los ojos, por unas gafas de sol.

Se aseguró de llegar al edificio sobre las seis de la mañana para evitar encontrarse en las escaleras con algún madrugador de las viviendas situadas en las plantas inferiores. Sabía que el detective comenzaba a trabajar a las siete, mientras que el resto de las oficinas abría a las ocho y sus empleados solían llegar unos minutos antes de la hora. Forzó el portal y el despacho con una ganzúa, sustituyó la gorra por un pasamontañas que guardaba en la mochila.

Teniendo en cuenta la mala reputación que perseguía al detective, no descartaba que hubiera cámaras ocultas en su despacho.

Aguardó detrás de la puerta a que apareciera y le pegó el cañón en la nuca en cuanto entró. Ni lo rozó. Pese a llevar guantes, se cuidó de tocar solamente el pomo de la puerta, aparte del móvil, el portátil y el ordenador que estalló contra el suelo. Luego los golpeó con un martillo hasta que quedaron reducidos a añicos.

Cuando cumplió su cometido, devolvió el martillo a la mochila y cambió su atuendo por unas deportivas negras y un mono azul de trabajo, manchado de pintura roja. No se quitó el pasamontañas hasta que salió del despacho. Lo sustituyó por la gorra y llevó los guantes hasta que se introdujo en el coche.

Cuando abandonó el edificio, no había ni un alma en el vestíbulo. Estaba convencido de que no había cometido un solo error. El crimen perfecto. El detective estaba muerto y no existían indicios que lo relacionaran con él.

Otra muerte condenada al archivo.

50
Cynthia

Cynthia acompaña a su madre a la cocina, la ayuda a sentarse en una silla y le sirve una segunda tila. La vigila de reojo mientras vierte la infusión en el vaso; sigue en estado de *shock*.

—Se acabó —la escucha murmurar.

—¿El qué se acabó, mamá? —pregunta mientras le ofrece la bebida.

Su madre rechaza la infusión y la observa con la mirada desorientada.

—Todo. Mi mundo se acaba de derrumbar…

—No digas eso. Tenías que vivir sin papá igualmente. No puedes hundirte, te necesitamos. Lo superaremos todos juntos.

Su madre niega con la cabeza y se sumerge nuevamente en su trance. Actúa como si estuviera ida. La mira sin verla. La oye sin escucharla. Su mente anda enfrascada en una lucha acalorada para amordazar la verdad. Se niega a aceptarla. Le resulta demasiado dolorosa, demasiado insoportable.

A Cynthia también. Todavía no ha derramado ni una sola lágrima. Su padre está muerto, lo desenterraron de la casa vecina, pero sus emociones se encuentran aletargadas, como si se hubiera producido un cortocircuito en su interior y los fusibles de su corazón se hubiesen fundido. Ahora mismo se siente carbonizada por dentro, con las emociones en coma.

Su hermano Iker entra en la cocina.

—La policía quiere hablar contigo —le dice a Cynthia.

Luego se acerca a su madre y la abraza. Ella lo mira a los ojos, sin lágrimas, sin esperanza.

—¿Qué vamos a hacer, hijo? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Seguir adelante, mamá. Tú misma lo dijiste el otro día. Tenemos que seguir adelante. Somos fuertes. Podemos con todo y no olvides que estoy contigo. No te dejaré sola.

Su madre se rompe al fin. Se abraza a Iker y deja que el dolor que le despelleja el pecho bulla en sus gritos y se pierda en sus lágrimas.

Mientras Cynthia camina hacia el salón, escucha a la agente hablando con otra policía en la puerta.

—Instalaron la piscina la semana pasada, antes de mudarse. Le encargaron la obra a una empresa del barrio.

—Localizad al dueño y al que se encargó del trabajo. ¿Llegó la forense?

—Vine a avisarte de que ya terminó, por si quieres hablar con ella antes de que se vaya. Tiene prisa.

—Dile que me espere. Voy enseguida.

La agente regresa al salón. Cynthia aguarda por ella sentada en un sillón. Su hermana Ana irrumpe en la estancia antes de que a la policía le dé tiempo de abrir la boca y se lanza en sus brazos, llorando a gritos. Su cuñado entra detrás y Cynthia le pide que se la lleve a la cocina.

—Es mi hermana —le aclara a la agente.

—Será mejor que os deje solos un rato. Volveré más tarde.

—Se lo agradecería.

Cynthia la despide en la puerta y regresa a la cocina. Ana está de rodillas en el suelo, llorando sobre el regazo de su madre. Su cuñado y su hermano fuman en la terraza.

Se sienta en la mesa y observa con recelo a su progenitora, que parece que estuviera embalsamada en vida.

«¿Por qué nos mentiste, mamá?».

51
Carlos

Carlos se sube en el coche y se queda sentado mirando al frente, con la vista en la nada y la mente en todo. Las llamadas perdidas de Belinda para hablarle de su marido. Su ruptura sorpresiva con Demetrio y su desaparición misteriosa. El club de lectura inexistente. Las notas de amor que encontró en el libro de su hermana. La también ruptura y desaparición de Santiago, su supuesto amante, y el hallazgo de su cadáver. Cynthia le contó que encontraron a su padre enterrado en la piscina de la casa vecina.

La persona con la que supuestamente se fugó su hermana fue asesinada.

¿Lo mató Belinda? Imposible. ¿O no? ¿Por qué matarlo si planeaban fugarse juntos? ¿Sabrá que a Santiago lo asesinaron y por eso huyó? ¿Estaban metidos en algún lío? ¿Por qué no acudió a la policía? ¿Y si la tiene secuestrada el asesino de Santiago?

¿Sigue viva o también está enterrada en alguna parte?

El alma se le estremece hasta casi romperse. Presiente que los próximos acontecimientos entrañarán sufrimiento. Necesita saber y el único que puede aportarle respuestas es su excuñado. Está convencido de que Demetrio le mintió.

Y está a punto de comprobarlo.

Conduce hasta el centro y deja el coche en un *parking* cercano al restaurante Las Brasas, con su terraza amueblada con un conjunto de mesas y sillas de madera bajo sombrillas blancas. El aroma a carne, que desprenden las parrilladas que están degustando los clientes, le estimula el apetito. Invitará a la Flaca a cenar una de estas noches. Según le contó, ella también es una carnívora empedernida.

Entra en el local y pregunta por el encargado. Demetrio le dijo que Belinda y Santiago se besaban en la terraza. Espera que alguno de los empleados los recuerde y le facilite alguna información. El dueño es un hombre local, bajito y rechoncho, con cara de bonachón. Gestiona el restaurante con su cuñado y socio, que se encarga de la cocina. Carlos le cuenta que su hermana lleva más de una semana sin dar señales de vida y que tiene entendido que es una clienta habitual. Le enseña su foto.

—Claro que la conozco: Belinda, pero no venía nunca por aquí y eso que le insistí un montón de veces para que se pasara a probar nuestros platos. Me tomaba un café todas las mañanas en la cafetería donde trabajaba. Pregunté por ella hace unos días y me dijeron que se había ido. Supuse que había decidido pasar página con su marido.

—¿Qué te llevó a concluir que se había separado?

—Porque tu hermana es de esas personas que llevan el alma colgada en la mirada. Muy risueña y con una luz muy inusual. Lo malo de las personas luminosas es que, cuando se apagan, no lo pueden disimular.

—¿Mi hermana te contó lo que le pasaba?

—Un día le pregunté si estaba bien. Recuerdo que me miró con los ojos vidriosos y me respondió con una pregunta: «¿Por qué duele tanto el amor?».

Carlos nota la culpa aporreándole el pecho. ¿Eso es lo que quería preguntarle Belinda cuando lo llamó una decena de veces? ¿Por qué cojones no le cogió el maldito móvil?

Porque a él también le dolía el amor. La partida de Marta fue como un disparo a bocajarro en pleno corazón.

—¿Y qué le respondiste? —pregunta.

—Le contesté que cuando el amor duele es porque se ha agotado o nunca ha existido. Fue la última vez que la vi.

—¿Recuerdas qué día fue?

—Hace dos lunes, creo.

La noche que su hermana desapareció.

Carlos le agradece al hombre su ayuda y le promete que irá a comer con su madre y Belinda cuando la encuentre.

Cruza la calle y se planta frente al edificio gris ubicado junto a la sucursal de La Caixa. Pulsa los interfonos hasta que da con la propietaria del edificio. Le cuenta que es el hombre que se encontró hace unos días en el portal preguntando por un club de lectura y le pide que lo atienda un momento.

Cuando la mujer se persona, le confiesa el motivo por el que está allí y le ruega que lo ayude. La dueña del edificio se muestra reticente al principio, pero acaba accediendo y lo acompaña puerta por puerta. Como Carlos suponía, las seis inquilinas le confirman sus sospechas. Ninguna reconoce la foto de Belinda y tampoco las visita ningún hombre. Ni ligues ni nietos ni nadie.

Ni existe el club de lectura ni Belinda pisaba ese edificio y tampoco se sentaba con su amante en la terraza del restaurante Las Brasas.

Sus conclusiones, aunque esperadas, le provocan arcadas de miedo.

¿Por qué le mintió Demetrio?

Un interrogante que suscita una nueva pregunta.

¿Y si Demetrio mató a Santiago?

Y esta, una tercera.

¿Y si también mató a su hermana?

52
El inspector Escudero

La Flaca entra en el despacho de su jefe y se deja caer en la silla. La frente le brilla de sudor y su rostro ha adquirido una tonalidad mortecina.

—¿Qué pasa? —le pregunta el inspector Escudero.

—Hemos dado con Santiago.

—¿Está aquí?

—Está muerto. Asesinado.

—¡¿Qué?!

—Encontraron su cuerpo hace unas horas enterrado en la piscina de la casa de sus nuevos vecinos. Le reventaron la cabeza con un objeto contundente, pero todavía no hemos encontrado el arma del crimen. Parece que murió el mismo día que se marchó.

—¿Hay sospechosos?

—Rosales vendrá ahora para ponernos al corriente, pero ya sabemos que Belinda no se fugó con él.

—¿Crees que es la asesina?

—No quiero ni pensarlo… Dentro de lo malo, ya tenemos un motivo para buscarla sin saltarnos las reglas o andar pidiendo favores. Por cierto, hablé hace un rato con su hermano y me dijo que esta mañana vio tu coche frente a la casa de su madre.

El inspector reflexiona unos instantes.

—Ni me acordaba… Le dije que iría a por él para llevarlo a buscar el coche de su madre y luego acompañarlo a la comisaría para denunciar, pero vi que el Honda que te dejó el taller seguía allí y decidí volver más tarde.

—Carlos debía de estar bastante sobado porque le pareció que tu coche estaba aparcado y que no había nadie en el interior.

—Puede ser. Estaba con el estómago vacío y me acerqué a una cafetería que hay cerca para desayunar algo —miente.

Carlos no lo vio porque había reclinado el asiento y se había acostado para cerrar los ojos un rato mientras esperaba a que la Flaca saliera para acabar con ella.

Se oyen unos golpecitos en la puerta y la agente Rosales asoma la cabeza.

—¿Se puede?

Su jefe le hace un gesto para que entre y la policía se sienta en una silla junto a la Flaca. El inspector las observa unos instantes. Tan opuestas y tan iguales. Una rubia y la otra morena. Melena lisa *versus* pelo alborotado. Tez oscura frente a piel blanca. Delgada y gorda. Guapa y poco agraciada. La Flaca, con su sonrisa inquebrantable, mientras que la de Rosales rara vez es visible. Dos seres antagónicos con una característica común: ambas son unas policías excepcionales, dotadas de una mente brillante.

—Ponnos al día —le pide a la agente.

—Todavía no sabemos mucho. La propiedad donde encontraron el cuerpo estuvo vacía hasta hace unos días. Instalaron la piscina el miércoles pasado, cuando los nuevos propietarios todavía no se habían mudado, por lo que enterraron el cuerpo antes de esa fecha. Lo más probable es que muriera el mismo día que desapareció.

—¿Testigos?

—La casa donde hallamos el cadáver es la última de la calle y enfrente hay un parque. Los vecinos más cercanos son la propia víctima y su familia.

—¿Sospechosos?

—Los típicos en casos de adulterio: su mujer, su amante y el marido engañado. La principal sospechosa, la viuda, tiene coartada. Santiago la acababa de dejar por su amante, pero su hijo nos confirmó que ese día estuvieron viendo la tele hasta las cinco de la mañana. Se quedaron dormidos en el sofá y cuando se despertó, su madre seguía roncando. En cuanto a su supuesta amante, una tal Belinda, según las declaraciones de los familiares de la víctima, también dejó a su marido el mismo día y nadie sabe nada de ella desde entonces.

—Yo me encargo de Belinda —dice la Flaca.

—De acuerdo. Tampoco hemos hablado todavía con su marido, un tal Demetrio.

—Demetrio es asunto mío —interviene el inspector.

—Entendido —dice la policía.

—Quiero ser el primero en enterarme de lo que sea que descubráis. Eso es todo.

Cuando la agente Rosales abandona el despacho y cierra la puerta, el inspector Escudero observa el semblante pensativo de la Flaca.

—¿Qué piensas? —le pregunta.

La subinspectora tarda unos instantes en contestar.

—Me pregunto dónde estará Belinda, pero sobre todo, me pregunto cuál es el motivo por el que desapareció.

Solo se le ocurren dos opciones.

O es la asesina o está muerta.

53
Cynthia

Mientras Ana y su marido se retiran a la cocina para contactar con la funeraria e ir adelantando los trámites del sepelio, Iker sale a la terraza para fumarse un cigarro y Cynthia se queda a solas con su madre en el salón. Están sentadas una frente a la otra. Su madre parece más calmada y ella todavía no ha derramado una sola lágrima. Su mente no ha asimilado que nunca volverá a ver a su padre.

—¿Papá no llamó el otro día, verdad?

Su madre la mira confusa.

—No me mientas —se anticipa Cynthia, que intuye que su madre está maquinando una nueva mentira.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la llamada fue este jueves y la piscina de los vecinos la instalaron la semana pasada. Papá ya estaba muerto. ¿Por qué nos mentiste?

Su madre la mira pensativa durante unos segundos.

—Para que no os mortificarais más por él. Si ya su abandono era insoportable, que sufrierais me mataba. Se me ocurrió deciros que había llamado para que os quedarais tranquilos y siguierais con vuestras vidas.

—¿Quién crees que lo mató?

Su madre no duda la respuesta. Sus pupilas acabadas se transforman en ojos de furia.

—Belinda. ¿Quién si no? Papá no tenía enemigos. Sabes que era un buen hombre y que no se metía en problemas. Su recorrido era la cafetería por la mañana y por la tarde, el bar donde se reunía con sus amigos.

—¿Y qué me dices del exmarido de Belinda? La policía también apuntó su nombre.

—¿Demetrio? Ese hombre es incapaz de matar a una mosca.

—¿Lo conoces?

—No, pero como si lo conociera —titubea mientras se peina los rizos con los dedos—. Es el jefe de tu hermano y suele hablar mucho de él. Intercambiamos algunas frases cuando me paso por la cafetería; es muy educado y se le ve buena persona.

—A mí Iker no me ha hablado de él.

—Porque estoy de vacaciones y estoy desconectado del trabajo, pero lo que dice mamá es cierto —interviene Iker desde la puerta—. Demetrio es el hombre más blandengue que conozco. En la cafetería, cada lunes falta algún camarero y todos por gastritis, y nunca se lo toma a mal. Metería la mano en el fuego por que él no mató a papá.

—¿Y Belinda? —pregunta Cynthia.

Iker se encoge de hombros.

—¿Quién si no? ¿Dónde está? ¿Por qué no da señales de vida?

«¿Dónde estás y de qué huyes, Belinda? —se pregunta Cynthia—. ¿De tu pasado? ¿De tu presente? ¿O de tu futuro en la cárcel?».

«¿Mataste a mi padre?».

54
Carlos

Carlos se toma el café de la sobremesa en silencio, con la vista clavada en el suelo.

—¿Qué te pasa? —le pregunta su madre.

—Nada. Estoy cansado, solo eso.

—Con la nochecita que pasaste con la Flaca, lo que me extraña es que estés en pie.

—Qué pesada estás con el tema. Me acosté con la Flaca, sí. Nos lo pasamos de escándalo. Estuvimos follando toda la noche. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—¡Qué cochino eres! Vaya forma más vulgar de referirte a la pobre Flaca… Como se entere, no la vuelves a ver. No me extraña que Marta te dejara…

—Déjalo ya, mamá. Te lo pido por favor. Tienes la facultad de sacar de quicio hasta a un sordo.

—Qué sinvergüenza, vaya formas de hablarme…

—El día que tenga hijos, lo entenderé, ya lo sé. ¿Me puedes dejar tranquilo hasta entonces?

—Qué desagradecido. Encima que me preocupo por ti.

Carlos suelta un bufido de resignación y cuenta hasta diez en silencio.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco ¡y me cago en la puta y en todo lo que se menea! ¿Por qué cojones las madres son tan pesadas?».

—¿Qué te dijeron de la denuncia?

Carlos la mira extrañado. Ni se acordaba de la maldita denuncia.

—Todavía no he ido a la comisaría.

—¿Y eso? ¿Te liaste comprando el móvil?

—Tampoco fui.

—¿Y qué estuviste haciendo toda la mañana?

No le ha contado que fue a asegurarse de que Belinda nunca ha puesto un pie en el edificio donde supuestamente se encontraba el club de lectura al que asistía y que tampoco se besuqueaba con Santiago en la terraza del restaurante Las Brasas. Prefiere ocultárselo hasta que averigüe por qué su excuñado le mintió. Tampoco le ha hablado del asesinato de Santiago; lo ha dejado descolocado. Belinda no estaba con él y evita especular sobre su paradero o el motivo de su silencio.

—Estuve con la Flaca —miente.

—¿No trabaja hoy?

—Se escaqueó un rato. Voy a denunciar —dice mientras se levanta.

—Voy contigo.

—No. Quiero pasarme luego por donde Demetrio y prefiero ir solo.

—¿Por qué quieres hablar con él? ¿Sabes algo? Estás muy raro desde que llegaste. Saliste con sonrisa de subnormal y llegaste con cara de entierro. Y apenas probaste bocado.

—Solo quiero preguntarle si sabe algo de Belinda.

—¿Y no puedes llamarlo?

—Prefiero hacerlo en persona.

Su madre lo mira recelosa.

—Si me vuelves a tomar por tonta, te suelto una cachetada. Soy tu madre, yo te parí, a mí no me engañas. ¿Qué es lo que pasa con Belinda? Tengo derecho a saberlo.

Tiene razón. Merece más que nadie saber lo que sucede con su hija.

—¿Te acuerdas de Santiago?

—¿Su amante? ¿Qué pasa con él?

—Encontraron su cuerpo esta mañana. Lo asesinaron.

La mujer se lleva las manos a la cabeza.

—¡Ay, madre! ¿Y dónde está tu hermana entonces? ¿Y si también está…?

Carlos la atrae contra su pecho y la abraza fuerte.

—Ni lo pienses. Belinda volverá con nosotros.

—Júramelo —le suplica con los ojos aguados—. Júrame que Belinda volverá sana y salva.

—Te lo juro.

Otra promesa que no está seguro de poder cumplir, como las tantas que le hizo a su exmujer.

«Te prometo que dejaré de hacer horas extra… Te prometo que hoy llegaré pronto… Te prometo que esta noche saldremos a cenar… Te prometo que este año nos iremos de vacaciones».

Parecía un político desesperado por un voto: «prometo, prometo, prometo…», para no cumplir nada. Su madre tiene razón. A él tampoco le extraña que su esposa lo dejara.

Es una mierda de hombre. Por egoísmo perdió a Marta y le falló a su hermana. Y las dos se fueron. Marta no volverá.

¿Y Belinda?

55
El inspector Escudero

La oficial Artiles informa al inspector Escudero sobre los últimos avances en la investigación del detective privado Benito Romero.

—No hemos podido recuperar ningún dato del iPad. Lo formatearon de forma remota y después le dieron de baja a la cuenta de iCloud. Lo más probable es que el asesino obligara al detective a eliminar la información antes de matarlo.

Y así fue.

El detective reseteó los dispositivos con una pistola clavada en la espalda. Lloraba. Suplicaba. Sus ojos chillaban de miedo mientras observaba el arma que lo apuntaba y se revolvía en su asiento. Trató de detener la sangre que le borbotaba del pecho. Movía desesperado las manos sobre la herida de bala mientras presenciaba aterrorizado cómo la vida se escurría entre sus dedos. Cesó en sus tentativas cuando notó el frío metálico del cañón en la frente.

Se despatarró en el sillón y miró a su verdugo a los ojos. El inspector Escudero cerró los párpados cuando apretó el gatillo y le voló la cabeza. La sangre le salpicó el pasamontañas y parte de la masa cerebral se estampó contra la pared.

«Es un hijo de puta», se repetía, como si se tratase de un rezo, antes de disparar.

Pero no todos los hijos de puta se merecen morir. No era un asesino y tampoco un pedófilo. Se ganaba la vida arruinando matrimonios que ya naufragaban antes de que él apareciera con su cámara oculta. Él no era el culpable de los divorcios; no era el infiel. Solo era un pobre imbécil que se había cruzado en su camino.

Abandonó el lugar del crimen y condujo hasta la zona del pantano. Se adentró en un área peligrosa y poco transitada y lanzó al agua la mochila en la que guardaba las prendas embarradas de

sangre y el martillo con el que destrozó el móvil y los ordenadores del detective. Volvió a su domicilio y estuvo más de veinte minutos debajo de la ducha, restregándose la piel con la esponja como si quisiera arrancársela. Apestaba a muerte. El hedor del verdugo quedaría adherido a su piel de por vida.

Con la toalla enredada en la cintura, fue a la cocina por la botella de ginebra que había comprado para la ocasión, conocedor de que le haría falta una gran cantidad de alcohol para embriagar los remordimientos que le sacudían las emociones a trompazos. No se aturdían, los hijos de puta. La ginebra los envalentonaba y estaban montando una orgía de campeonato dentro de su cabeza.

Las imágenes del crimen desfilaban en su mente una tras otra, reproduciendo escenas borrosas del cortometraje de su acto abominable. Las súplicas desesperadas del detective se convertían en gritos que le ensordecían los sentidos. Bramidos aterradores que lo acompañarán toda la vida.

«Lo siento», murmuró cuando disparó.

Se tumbó en el sofá entre imágenes desordenadas de cadáveres y el eco de un coro de voces ruidosas que lo llamaban «asesino» al unísono.

«Mi bendición, mi maldición. Eres un hijo de puta, Dios. Me ofreciste el cielo a cambio del infierno. Tú ganas. Me sacrifico».

Un grito desgarrador brotó de su pecho. Un grito de resignación. Un grito de rendición.

«¡Me sacrifico! ¡¿Me oyes?! ¡Me sacrifico, hijo de puta!».

56
Cynthia

Cynthia se recuesta en el sofá y cierra los ojos. Su mente retrocede a la última vez que vio a su padre con vida. Fue en Reyes, en su última visita. La mañana del seis de enero. La familia al completo estaba reunida en el salón, al calor de la chimenea, frente al árbol de Navidad rodeado de regalos. Batas y pijamas para sus padres y ropa interior y calcetines para los hermanos.

Había acudido sola porque Jorge enfermó repentinamente horas antes de coger el avión. Una supuesta gastritis. La gastritis que Cynthia le deseó cuando lo vio brindando con champán con la morena unos días antes. Se emperró en ahogar su desdicha en alcohol y se pilló una buena borrachera con su hermano Iker. Con un esfuerzo sobrehumano había logrado contener las lágrimas mientras observaba a sus padres intercambiándose besos y achuchones. Se les veía tan felices.

Idealizó su relación. Desde pequeña representó un modelo a seguir. No recordaba haberlos visto discutir más que en contadas ocasiones, se apoyaban en todo y las decisiones siempre eran consensuadas. Se daban su lugar y se respetaban, pero sobre todo, se admiraban. Su padre había caído rendido ante la fortaleza interior de su madre, que no se quejaba ni estando enferma. Ella se había prendado del carácter calmo y resolutivo de su marido en los momentos complicados. Ambos potenciaban los puntos fuertes del otro al tiempo que atenuaban sus debilidades. Sabían que de la mano podrían contra el mundo entero. Sus caracteres se amoldaban como las piezas de un *puzzle*. Se miraban con un amor infinito; una unión indestructible. Cynthia siempre había dado por sentado que únicamente los separaría la muerte.

¿Qué había ocurrido en solo dos meses para que ese sentimiento se extinguiera? ¿El amor que su padre sentía por Belinda era tan fuerte que había arrasado con el que su madre había estado cultivando durante tantos años?

Su padre tenía una amante y ahora está muerto y ella, desaparecida. La hipótesis de que su asesinato esté relacionado con su aventura extraconyugal cobra cada vez más fuerza.

Su cuñado vio a los dos adúlteros abrazados la noche de la ruptura. La noche que su padre murió.

¿Por qué lloraba Belinda? ¿Su padre se dio cuenta en el último momento de que estaba enamorado de su esposa y Belinda no aceptó la derrota? ¿O fue Demetrio el que lo mató cuando descubrió que era el amante de su mujer?

¿Quién de los dos es el asesino de su padre?

Su madre y su hermano están convencidos de que Belinda es la autora del crimen y de que Demetrio es incapaz de matar. Pero ella se ha tragado más de una veintena de documentales sobre asesinos y sabe que en la vida real existen seres pérfidos con caritas de muñecos de los que nadie sospecharía ni en sueños. Personas educadas y carismáticas con un alto poder adquisitivo y una vida de lo más normal. Depredadores con esposa e hijos. La típica familia adinerada que aparenta felicidad. Señores en la calle y monstruos en la intimidad.

—Voy a darme una ducha —dice Iker.

Se levanta del sillón y desaparece en el pasillo.

Su madre consulta el reloj.

—Y yo voy a dar un paseo por el jardín. Necesito coger aire.

—¿Te acompaño? —se ofrece Cynthia.

—Mejor quédate aquí por si llama la funeraria o la policía.

Cuando su madre se enfunda el abrigo y sale por la puerta, Cynthia se levanta y la observa desde la ventana. La ve dar tres paseos cortos mientras vigila los alrededores, después recorre el jardín hasta la parte trasera y salta la valla de la casa anexa, la que todavía sigue en venta. Desaparece detrás del cobertizo.

Cynthia se asoma a la ventana de la pared opuesta para obtener un ángulo de visión más amplio. Su madre no está sola.

Hay un hombre con ella.

57
Carlos

Cuando su madre se queda dormida en el sofá, Carlos se sube al coche y se dirige a una tienda de telefonía para pedir un duplicado de la tarjeta SIM y comprarse un móvil nuevo. Elige un modelo sencillo, un Samsung negro. Luego conduce hasta una comisaría para denunciar el robo de su documentación y después se dirige a la cafetería de su excuñado, que se regaña nada más verlo entrar.

—No me pienso mover de aquí hasta que me cuentes la verdad, así que es mejor que nos demos prisa —lo amenaza.

Se sienta en una mesa y lo observa desafiante. Demetrio le dedica una mirada hostil mientras toma asiento frente a él.

—Estuve tocando puerta por puerta en el edificio donde se supone que estaba el club de lectura al que, según tú, acudía mi hermana y de donde salía con su amante. Ni ha habido un club de lectura allí ni un hombre ha pisado ese edificio en años.

Demetrio lo mira atento, con el semblante cada vez más pálido.

—También me pasé por el restaurante donde dices que se pasaban una hora besuqueándose, pero casualmente, el dueño conoce a Belinda y me aseguró que nunca la ha visto por allí. ¿Por qué cojones me mentiste?

Su excuñado lo mira pensativo durante unos instantes.

—Está bien… Nunca la seguí. Supe que me engañaba con Santiago porque contraté a un detective privado.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Para evitarme problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Digamos que el detective utiliza métodos poco ortodoxos para conseguir pruebas de los hechos y prefiere mantener un perfil bajo.

Cuando finalizó sus servicios, me advirtió que no le hablara a nadie de nuestra relación para ahorrarnos posibles demandas.

—Háblame de esos métodos poco ortodoxos.

Carlos sopesa la respuesta mientras entrecruza los dedos con nerviosismo.

—Imágenes íntimas. Se cuela en los domicilios e instala cámaras en los dormitorios.

—¡¿Tienes grabaciones sexuales de mi hermana con Santiago?!

—El detective las borra cuando las ve el cliente. Ni siquiera fui capaz de mirarlas por más de dos minutos.

—¿Seguro que las borra?

—Lo hizo delante de mí y luego las eliminó de la nube.

—Podría haber hecho una copia antes.

—A él le conviene más que a nadie deshacerse de esas imágenes. Está cometiendo un delito.

—Más te vale que las borrara, a ti y a él. ¿Cómo se llama ese pervertido?

—¿Para qué quieres saberlo? No quiero líos.

—Haberlo pensado antes de contratarlo. O me lo dices a mí o a la policía. Tú decides.

—¿Lo vas a denunciar?

—Su nombre —le exige en un tono intimidante.

—No quiero líos, en serio.

—Su nombre —repite alzando la voz.

Los clientes de las tres mesas ocupadas se vuelven hacia ellos.

—O me lo dices ya o te monto el pollo de tu vida y te espanto a la clientela.

Demetrio pasea la mirada por el semblante expectante de los clientes con una sonrisa nerviosa.

—Benito Romero.

Una vez concluye la conversación con su excuñado, Carlos llama a la Flaca de camino al coche para contarle su nuevo descubrimiento.

Se le cae el móvil nuevo al suelo cuando la subinspectora le confirma que conoce al detective.

Y está muerto.

58
El inspector Escudero

La oficial Artiles abandona el despacho al mismo tiempo que la Flaca entra por la puerta con el rostro desmotivado.

—¿Qué pasa? —le pregunta el inspector Escudero.

—Fui al banco con mi amiga. Está autorizada en la cuenta del detective privado y pedimos un extracto. Encontramos una transferencia desde la cuenta que Demetrio compartía con Belinda. La firmó ella. Seguramente era la que se encargaba de ir al banco y no tuviera ni idea de quién era el destinatario. Luego me pasaré a hablar con Demetrio para que me lo confirme.

—Yo me encargo. ¿Qué más?

—Demetrio estaba en la cafetería a la hora del crimen. Tenemos los datos de los clientes que pagaron los honorarios del detective mediante transferencia. El problema es que hay muchos *bizum* y que también tenía una cuenta en *bitcoins*, por lo que tendremos que cruzar los dedos para que el nombre del asesino figure entre los ordenantes de las transferencias. Y eso sin contar con que haya clientes que pagaran en efectivo. Como lo registraba todo solo en el ordenador, no tenemos forma de conseguir un listado de sus clientes. No encontramos nada en su piso. Estamos esperando a que nos envíen el registro de llamadas del móvil.

«Cojonudo, todo está saliendo según lo previsto —se dice el inspector—. El caso acabará archivado de aquí al final de la semana».

—Mi amiga me contó que en las últimas llamadas lo notaba preocupado. Le dijo que tenía la impresión de que lo estaban siguiendo.

—Según leí en su informe, no era la primera vez que lo seguían. Recibía amenazas de muerte cada dos por tres y le habían dado

unas cuantas palizas.

—Normalmente se trataba de las personas a las que espiaba, o solas o acompañadas de un grupo de amigos *musculitos*, pero esta vez fue distinto. Sentía que alguien vigilaba todos sus pasos, pero no lograba identificarlo.

«Estuvo a punto», se dice el inspector. Un momento de despiste y minutos después, se vio forzado a entrar en el primer comercio que encontró: un *sex shop* del que salió traumatizado. Estuvo días obsesionado con el pene del tamaño de su antebrazo que ocupaba la vitrina central. Siempre había considerado que estaba bien dotado, pero desde ese día tiene serias dudas.

—Estaba convencido de que se enfrentaba a un profesional y eso solo podía significar dos cosas —prosigue la Flaca—: o que acabaría en el hospital con las piernas rotas, apaleado por un matón a sueldo, o dentro de un ataúd, asesinado por un sicario. Y acertó.

—Por lo que me estás contando, no parece que la muerte del detective esté relacionada con la de Santiago. Hay dos *modus operandi* claramente diferenciados. Creo que nos enfrentamos a dos asesinos, uno irracional y otro metódico. El crimen de Santiago fue emocional, con ensañamiento. Un homicidio espontáneo y desorganizado, todo lo contrario que el asesinato del detective, que fue meticuloso y premeditado. Puede que el único nexo entre las muertes sea que coincidieron en el tiempo.

—Demetrio no es el autor material del asesinato del detective, pero sigue siendo el sospechoso principal en la muerte de Santiago. ¿Y si contrató a un sicario para matar al detective?

—Sinceramente, creo que Demetrio no tiene nada que ver en su muerte. ¿Por qué iba a hablarle de él a Carlos sabiendo que estaba muerto y que, si no decía nada, nadie los relacionaría?

—¿Porque se hizo una transferencia desde su cuenta y sabía que la descubriríamos?

—Pero la firmó Belinda. En un juicio podría declarar que era una celosa enfermiza y que fue ella la que contrató al detective, y como está muerto y Belinda vete tú a saber dónde anda, ninguno podrá desmentirlo.

—Tenemos la declaración de Carlos. Demetrio le confesó que había contratado al detective para averiguar si Belinda lo engañaba.

—Es su palabra contra la de Demetrio. No existen pruebas de que Belinda tuviera una aventura con Santiago, solo contamos con la declaración de Carlos, al que su abogado le pedirá que lo niegue si llega el caso y su declaración pueda perjudicar a su hermana. Ni siquiera tenemos las notas de amor que ya habrá tirado a la basura el tipo que lo agredió. Y encima, Demetrio estaba trabajando cuando lo mataron. Con lo que tenemos ahora mismo, Belinda se convierte en la principal sospechosa.

La subinspectora medita las palabras de su jefe.

—Me cuesta creer que sea una asesina.

—Espero que no se deba a tu relación con su madre y su hermano.

La Flaca se apresura a negar con la cabeza, mintiéndole al inspector y mintiéndose a sí misma. El corazón se le agita en el pecho, bramando lo que su mente se resiste a aceptar: Carlos le gusta más de lo que pensaba.

—El yerno de Santiago los vio juntos el último día que lo vieron con vida —continúa el inspector—. Belinda estaba llorando. Puede que Santiago se arrepintiera de haber dejado a su mujer y ella se sintiera traicionada y decidiera castigarlo. Después de matarlo, mandó a asesinar al detective para borrar cualquier vínculo con él. Hay indicios que la señalan y tenía un móvil para matarlo. Y si a eso le sumamos que desapareció la misma noche y nadie sabe de ella desde entonces, reúne todas las papeletas para encumbrarse como la protagonista principal del caso.

La subinspectora sopesa las observaciones de su jefe y se cubre el rostro con las manos, intentando nublar la realidad, pero la incertidumbre se filtra entre sus dedos, se adentra en su mente y le pellizca el cerebro.

¿Y si Belinda es la asesina?

59
Cynthia

Cynthia aguarda en el salón a que su madre regrese de su excursión al cobertizo de la casa vecina. Se sienta en el sofá con el portarretrato que su progenitora estuvo contemplando durante horas. Acaricia la imagen sonriente de su padre. Siempre tan chistoso y hablador. No lo volverá a ver nunca más. Está muerto. No pudo despedirse de él. No pudo decirle cuánto lo quería y pedirle que la perdonara por haber roto la promesa que le hizo cuando se mudó de ciudad.

«Te prometo que os visitaré cada dos meses como mucho».

No cumplió su palabra ni una sola vez. La primera visita ocurrió a los tres meses; la siguiente, a los cuatro. Y así se fueron prolongando en lo sucesivo, hasta que se limitaron a las celebraciones familiares, unos cuantos días sueltos durante las vacaciones y otros pocos en navidades. Se le hacía pesado coger un avión y esa pesantez ahora le aplasta el corazón.

Si se pudiera dar marcha atrás en el tiempo solo por una vez, elegiría el último día con vida de su padre para decirle lo mucho que lo quería.

Y al fin se desmorona. Las lágrimas atragantadas durante el día salen en tromba y se desparraman por sus mejillas.

«Te echo de menos, papá. Perdóname, perdóname, por favor», susurra mientras se cubre el rostro con un cojín y llora de pena y rabia.

Oye en la puerta el tintineo de las llaves de su madre y corre hacia el baño. Se refresca la cara y regresa unos minutos más tarde, cuando logra sosegar el llanto.

Su madre está sentada en el salón, otra vez con el portarretrato en las manos.

Se sienta a su lado.

—¿Estás mejor? —le pregunta.

—Me encuentro más relajada. Necesitaba estar sola un rato.

A Cynthia le puede la curiosidad y le pregunta sin tapujos.

—Pero estuviste acompañada al menos los cinco minutos que estuve en la ventana.

Su madre se remueve en el asiento.

—¿Me estabas espiando?

—Para nada. Me asomé por casualidad y te vi reunirte con un hombre en el cobertizo de la casa de al lado.

El semblante de su madre palidece. Sus ojos tornan de asombrados a temerosos, pero permanece callada como una muñeca.

—¿Quién era ese hombre, mamá?

—Nadie —titubea mientras se alborota los rizos.

—¡¿Cómo que nadie?! No me tomes por gilipollas, que no lo soporto.

—No digas palabrotas. Eres igual que tu hermano. Sois unos malhablados…

—Y no me cambies de tema.

Tras un duelo de miradas desafiantes, su madre da el brazo a torcer.

—Un amigo. Vino a darme el pésame.

—¿Y por qué os escondíais?

—No nos escondíamos.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no tocó en la puerta?

Su madre responde tras unos instantes en los que continúa despeinándose los rizos mientras le esquiva la mirada.

—Ya sabes cómo son los vecinos. No me apetece ser la comidilla del barrio.

—¿Qué vecinos? La pareja rubia se marchó y la casa donde te vi está vacía, y enfrente hay un parque. ¿Otra vez tomándome por gilipollas?

—Dile la verdad —interviene Iker desde la puerta—. Total, se acabará enterando tarde o temprano.

—¡Cállate! —le ordena su madre.

—No, mamá. No voy a callarme. Lo hago por tu bien, por el bien de todos —dice en un tono conciliador.

Se sienta a su lado y le coge la mano. Su madre lo mira durante unos segundos y acaba asintiendo con una actitud sumisa.

Iker mira a su hermana y le suelta la noticia.

—Papá no era el único que tenía una amante.

60
Carlos

Carlos y la Flaca están sentados en el banco del porche de entrada, bajo el entramado de hojas que recorren el techo. Engullen una hamburguesa mientras contemplan las estrellas que empiezan a despertarse en el cielo. Llevan en silencio desde que la madre de Carlos los dejó solos cuando llegó el repartidor.

—Me voy. No quiero ver cómo os metéis esa porquería en el cuerpo. Un día de estos os reventará el estómago. Os podía haber hecho un pollo al ajillo.

—Me van a salir plumas, mamá.

La mujer lo miró indignada.

—¿Plumas, desagradecido? Encima que te cocino tu plato favorito.

—Que sea mi plato favorito no significa que me apetezca comérmelo cinco días a la semana.

—Qué sinvergüenza… Lo que tenemos que aguantar las madres —masculló antes de desaparecer por la puerta meneando la cabeza—. El día que tengas hijos, me entenderás.

—Que descanses, mamá.

—Buenas noches —añadió la Flaca.

Ninguno recibió respuesta. Minutos después oyeron un portazo en el interior.

—¿Qué piensas? —le pregunta la subinspectora—. Estás muy callado hoy.

Carlos deja la hamburguesa sobre la mesa y se limpia la boca con una servilleta.

—Que todo es muy extraño. Mi hermana y su amante rompen su matrimonio a la vez. Él fue asesinado esa misma noche y ella no ha dado señales de vida desde entonces. Nadie la ha visto, tiene el

móvil apagado y no ha usado su tarjeta bancaria. El detective que contrató Demetrio para descubrir si lo engañaba también es asesinado. Dudo que Belinda sea capaz de matar. Solo se me ocurre que también está muerta y que el asesino es Demetrio.

La Flaca deja su hamburguesa a un lado y le seca la lágrima que se le escurre por un ojo en lo que rumia una mentira piadosa.

¿Cómo decirle que todos los indicios apuntan a su hermana como la autora de ambos crímenes? ¿Qué hipótesis resultaría menos dolorosa? ¿Cuál preferiría él? ¿Asesina o víctima?

—No pienses eso… Déjanos la investigación a nosotros; daremos con Belinda. No sé si lo sabes, pero al inspector Escudero no se le escapa ni una pulga. Tiene récord en cierre de casos.

—A mí no me parece muy lumbreras, pero bueno. Por cierto, ¿te dijo por qué estaba su Audi aquí esta mañana?

—Vino a buscarte para llevarte por el coche de tu madre y luego acompañarte a la comisaría a denunciar, pero como vio el Honda que me dejó el taller, se fue a desayunar aquí al lado.

—Eso es mentira. Mi madre apenas durmió, estuvo más tiempo en la ventana que en la cama y me aseguró que su coche pasó la noche aparcado fuera. No sé adónde iría por la mañana, pero no estaba en ninguna cafetería. Solo hay una en esta zona y está cerrada por reformas. No abrirá hasta después de Semana Santa.

La Flaca se queda pensativa. El inspector le había dicho que se había pasado la noche recogiendo las cosas de su exmujer que quedaban por la casa y que se durmió en el sofá a las tantas.

¿Por qué le mintió? ¿Y qué hacía allí?

61
Cynthia

Cynthia se refresca la cara en el baño seis veces seguidas. Sigue sin espabilarse. La noche en vela y la confesión de su madre la han dejado desconcertada.

También tenía un amante.

Demetrio.

El marido de Belinda, la amante de su padre.

Fue lo único que le contó. Sus tías se presentaron en ese momento y se pasaron la noche velando la memoria de su padre. Las oyó marcharse hace un rato, mientras hablaba por teléfono con su marido, que acababa de llegar al aeropuerto para volar a su lado. En unas horas podrá refugiarse en sus brazos. Lo necesita ahora más que nunca. Necesita su calor. Necesita que la abrace y le prometa que nunca la dejará sola y que su matrimonio jamás se romperá como el de sus padres, que nunca se traicionarán. En estos momentos necesita un suelo firme donde pisar, una mano a la que aferrarse, una relación real.

Se seca el rostro con una toalla y se dirige al salón. Desde el vestíbulo escucha la conversación que mantienen su hermano y su madre.

—Es mejor así. ¿Quién le hubieras dicho que era? —dice Iker.

—¿Y ahora qué? —pregunta su madre.

—Todo saldrá bien, hazme caso.

—¿De qué habláis? —pregunta Cynthia mientras se sienta.

—Mamá me estaba recriminando que te contara anoche lo de su aventura.

Cynthia mira a su madre y esta, a Iker, que asiente con la cabeza.

—Cuéntaselo —la anima.

—Conocí a Demetrio en la cafetería. Las veces que pasé por allí, siempre fue muy amable conmigo. Hace unos meses me lo encontré cuando me eché a llorar a la salida del mercado. Me invitó a tomar algo hasta que me tranquilizara y me desahogué con él. Me dijo que también sospechaba que Belinda lo engañaba y que había contratado a un detective privado, y acabó por confesarme que su mujer era la amante de vuestro padre. Nos vimos reflejados en el otro, nos entendimos y nos dejamos llevar por la venganza, el despecho o lo que fuera, pero el caso es que la aventura duró más de lo debido.

—¿Estás enamorada de él?

Su madre le lanza una mirada indignada.

—Estoy enamorada de tu padre y siempre lo estaré. Es el hombre de mi vida y siempre lo será. Me di cuenta con su muerte. Cometí un error, pero ya lo arreglé. Hice venir a Demetrio para decirle que lo nuestro se terminó. Si quieres saber algo más, aprovecha para preguntarme ahora porque esta será la última vez que hablemos del tema.

Cynthia niega con la cabeza. Decenas de interrogantes le explotan en la mente, pero las palabras se resbalan en su laringe y tampoco considera que sea el momento más adecuado para desplumar a su madre a preguntas. Ya se lo sacará a Iker cuando se queden solos.

—Pues asunto zanjado. Me voy a mi cuarto un rato. No me molestéis. Necesito estar sola —dice su madre.

Cynthia vuelve la vista hacia su hermano en cuanto su madre desaparece.

—Ah, no. A mí no me vas a volver loco —la advierte mientras niega con el dedo.

—Porfi…

Iker la mira con los ojos turbados por las sombras de la tristeza.

—Hoy no es el momento. Papá está muerto, no me apetece hablar del hombre con el que mamá lo engañaba. —Se levanta y se encamina cabizbajo hacia su habitación—. Voy a echarme media hora —añade sin volverse.

—Que descanses, enano.

Cynthia se deja caer de espaldas en el sillón. Un sudor gélido le empapa la frente y las axilas. Sus pensamientos se revuelven e interactúan en su mente sin orden ni control, pisoteándose, disociándose, arrinconando al disidente, el alborotador.

¿Y si Demetrio mató a su padre? ¿Y si él y su madre planearon su muerte? ¿Su madre sería capaz de organizar el asesinato de su marido solo porque la engañó?

¿Es una asesina?

62
El inspector Escudero

El inspector Escudero cruza la puerta de la sala de reuniones. La Flaca ya está allí, hojeando los papeles dispuestos sobre la mesa.

—Te estaba esperando donde Lola para invitarte a desayunar. Se me hizo raro pagar solo la mitad.

La subinspectora le lanza una mirada rápida y vuelve a concentrarse en los papeles.

—Desayuné con Carlos.

—Parece que lo vuestro va en serio. Este te ha aguantado más de dos noches.

—Yo no tengo la culpa de que los hombres de hoy en día estén más preocupados por su físico que por su cerebro. No ven más allá de sus abdominales y sus músculos inflados y, sinceramente, me aburren. Con dos citas acabo saturada de tanta testosterona sin neuronas.

—A ver cuánto te dura este. No parece muy iluminado.

La Flaca alza la cabeza y lo mira ofendida.

—¿De qué vas? Lo has visto tres veces y solo has cruzado un par de frases con él. ¿Quién te crees que eres para juzgarlo? Además, a la que le tiene que gustar es a mí.

—No te hagas muchas ilusiones por si acaso. No vive aquí y, si no recuerdo mal, no eres partidaria de las relaciones a distancia.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado hoy para que me estés tocando el coño desde buena mañana?

—Ninguna, pero me preocupo por ti. No quiero que vuelvan a hacerte daño.

—¿Y por qué iba a hacerme daño? No todos los hombres son iguales. Quédate tranquilo, que no voy a sufrir.

«Lo harás si sigue metiendo las narices y tengo que matarlo antes que a ti».

—Lo único que te pido es que no te precipites. Todos somos ángeles disfrazados al principio.

—Deja de darme la brasa, que acaba de empezar el día. No te preocupes por mí. Sé cuidar de mí misma.

El inspector lo sabe. Después del intento de agresión por parte de su exnovio, la subinspectora se apuntó a clases de artes marciales mixtas y se entrenó a fondo. «Patada en los huevos y rollidazo en el careto», era su técnica defensiva favorita.

En este caso, esa medida no la salvará. Morirá sin ni siquiera sospechar que será él quien le arrebatará la vida. Un daño colateral que lo acompañará siempre, como una enfermedad degenerativa.

«Lo siento, Flaca. Te prometo que será una muerte rápida y que en mi memoria siempre seguirás viva».

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero mucho?

La Flaca levanta la cabeza con la frente arrugada y los ojos extrañados.

—¿Le estuviste dando a la ginebra antes de venir?

—A Elizabeth no le decía a menudo cuánto la quería. Solo quería que lo supieras.

—Yo no me voy a ninguna parte, jefe. No hace falta que te pongas *romanticón*. Sé que soy tu ojito derecho y que darías la vida por mí. Yo también te quiero y también daría la vida por ti sin dudarlo.

El inspector fuerza una sonrisa. Perezosa. Dolorosa. Una sonrisa de pena. El corazón aúlla. Su alma se quema.

—¿Y qué haces? —pregunta mientras señala con la cabeza los papeles que la Flaca estaba examinando cuando entró.

—Buscando lo que se nos pasó por alto. Estoy convencida de que Demetrio está involucrado en la muerte de Santiago y en la del detective privado y no tenemos nada para inculparlo, solo una mísera transferencia que, encima, firmó Belinda.

—Me pasé ayer por la cafetería para preguntarle por la transferencia. Me confirmó que Belinda era la que iba al banco y que desconocía los nombres de los proveedores. Se limitaba a entregarle

al empleado el listado con los importes y el número de factura que Demetrio le daba y a firmar la pila de justificantes al final. Estaba asustado. Ese hombre es incapaz de matar o de ordenar un asesinato.

—Pues aparte de Belinda, a la que seguimos sin localizar, es el único nexo en común que hemos encontrado entre ambas muertes. El hombre con el que su esposa lo engañaba, y por el que lo dejó, y el detective que le confirmó la infidelidad fueron asesinados con unos días de diferencia. Es lo único que tenemos por ahora y estoy segura de que no se trata de una casualidad. Voy a hablar con él.

Se levanta de un salto y cruza la puerta antes de que al inspector le dé tiempo de improvisar una excusa para detenerla.

«Acabas de precipitar tu muerte».

63
Carlos

Carlos deja el móvil sobre la mesa del salón y suelta un bufido. Las versiones que ha obtenido sobre Belinda casan como el aceite y el agua. Visiones distorsionadas, concepciones contrarias a la imagen que hasta ahora se había formado de su hermana. Una muchacha retraída, pero alegre. Generosa. Cariñosa. Honesta. Leal a sus principios. Y fiel. Sobre todo, fiel. Ni en mil vidas se le hubiera pasado por la mente que Belinda engañara a Demetrio con otro hombre. Le costaba horrores imaginársela llevando una doble vida. Entendía que pudiera haberse enamorado de otra persona. Los sentimientos son ingobernables, se rigen por su propio corazón loco, pero hubiera metido la mano en el fuego por que su hermana rompería con su marido antes de engañarlo. Hubiera ardido en las llamas. También hubiera jurado que Belinda sería incapaz de matar.

¿También se habría quemado?

Su madre regresa de la cocina con dos tazas de café y le ofrece una.

—¿Qué te dijeron? —le pregunta.

—Lo mismo que a ti. Ninguna sabe dónde puede estar Belinda, aunque si te soy sincero, no me pareció que fueran sus verdaderas amigas. No saben nada de su vida y una hasta me dijo que era Belinda la que desconfiaba de Demetrio y otra que era feliz con él. ¿De qué habláis las mujeres cuando quedáis?

—Nos dedicamos a chismorrear de la vida de las demás para aliviar nuestras propias penas. Tu hermana es muy celosa para sus cosas. Sus problemas solo te los cuenta a ti. Me extraña que no te llamara.

—Me llamó, mamá, pero yo estaba hecho polvo por mi divorcio y no le cogí el teléfono. No quería hablar con nadie. No se me pasó

por la cabeza que se estuviera planteando dejar a Demetrio. Lo siento.

Deja la taza sobre la mesa y se tapa el rostro con las manos. La culpa colapsa sus venas y le contamina las emociones.

Su madre le pone la mano en el hombro.

—No lo sientas, hijo. No es culpa tuya. Necesitabas tu espacio y tu tiempo y no sabías que Belinda estuviera pasando un mal momento.

El batallón de remordimientos implacables que lleva días masacrando la conciencia de Carlos se debilita, aminorando la ferocidad del ataque. La culpa que le aplasta el pecho como una apisonadora aligera la presión y le permite esnifar pequeñas cantidades de consuelo. Una bocanada de bendito alivio.

—No le fallaste a tu hermana. Te necesitabas a ti.

Carlos se abraza a su madre y se desmoronan a la vez. Lloran la ausencia de Belinda y lloran el motivo. Solo hay dos opciones y ambas resultan igual de demoledoras.

Una asesina viva o una víctima muerta.

64
El inspector Escudero

El inspector Escudero baja las escaleras detrás de la Flaca. Todavía tiene el pie dolorido por las patadas que le propinó a la rueda de su Audi la noche que anduvo manipulando la rueda del Opel Zafiro de la subinspectora y no la alcanza hasta que está a punto de cruzar la puerta de la comisaría. Con los años, las dolencias que antes desaparecían en cuestión de días, ahora perduran semanas.

—Te acompaño a interrogar a Demetrio.

—¿Y eso? Hace meses que no vienes conmigo a interrogar a un sospechoso. ¿Ya te cansaste de rascarte el culo en tu sillón de jefazo?

—No quiero que vayas sola. Si tienes razón y Demetrio está involucrado en los crímenes y se siente acorralado, no sabemos cómo puede reaccionar.

—Si se pone chulo, ya sabes: patada en los huevos y rodillazo en el careto. Y además, no voy sola. —Se abre el abrigo y le muestra su HK USP Compact—. Llevo conmigo a trece colegas.

—Me quedaría más tranquilo si no tuvieras que utilizarla. Vamos en mi coche, así solo tendremos que buscar un aparcamiento. A esta hora la cosa está jodida.

Durante el trayecto, el inspector mira de soslayo el semblante despreocupado de la Flaca, que ha sacado la mano por la ventanilla y juguetea con el aire. No tiene ni idea de que no irán a la cafetería de Demetrio.

Se dirigen a su muerte.

65
Cynthia

Cynthia y su marido se están fumando un cigarro en la terraza mientras observan a Iker y a su madre sentados en la cocina. Vestidos de negro, en silencio, con los ojos clavados en los vasos de tila que se enfrían ante sus miradas apáticas.

—Tenía un amante —murmura Cynthia.

—¿Todavía no han dado con ella? Me resulta bastante sospechoso que desapareciera el mismo día que rompieron sus matrimonios para empezar una vida juntos.

—No me refiero a mi padre, sino a mi madre.

Jorge suelta el humo en un tosido.

—¡Joder con tus padres! Pensé que me habías dicho que eran la pareja perfecta.

—Y eso pensaba, pero ya ves… Las dos únicas personas que saben lo que verdaderamente ocurre en una relación son los propios partícipes. De puertas para fuera aparentaban formar el matrimonio ideal, pero de puertas para dentro se ponían los cuernos.

—Mira el lado bueno, al menos tu madre no pasará sola este mal trago. Y si las cosas no andaban bien entre ellos, le será más fácil superar el duelo.

—Mi madre lo engañaba por venganza. Se acostó con el marido de la amante de mi padre. Ya lo dejó.

—¡Joder con tu madre! ¡Vaya culebrón! ¿Crees que la muerte de tu padre esté relacionada con esa relación a cuatro?

—Mi padre no se metía en problemas. No tuvo ningún percance con nadie en los días previos a su muerte. O lo mató Belinda o Demetrio. ¿Quién si no? Mi madre e Iker apuestan por Belinda. Dicen que Demetrio es un cordero.

Iker se asoma a la puerta.

—Es la hora —dice.

Minutos después abandonan la vivienda y se suben en el coche en dirección al tanatorio. La masa de presentes vestidos de negro combina con las nubes enlutadas que presencian el sepelio. Tras la misa, conducen el féretro hasta el cementerio, situado a unos cien metros. Mientras dos sepultureros lo introducen en el nicho y colocan la lápida, Cynthia contempla los rostros compungidos de familiares y allegados. Detiene la vista en su hermano y en sus ojos entornados.

Sigue su mirada extrañada.

Un hombre engominado los observa desde la distancia, oculto detrás de la estatua gigantesca de un ángel de piedra.

Viste un abrigo negro sobre un uniforme de camarero. Cuando sus ojos se cruzan con los de Iker, le dedica una sonrisa tímida y lo saluda con un gesto de la mano. Iker asiente con un movimiento casi imperceptible de la cabeza y se centra en su madre, a la que abraza con fuerza para apaciguar el desconsuelo desgarrador de su llanto.

El hombre recibe una llamada de unos segundos de duración. Cuando cuelga, lanza el móvil al suelo, lo pisotea hasta romperlo en pedazos y luego se echa a correr en dirección al aparcamiento.

Cynthia lo observa mientras se aleja. Le suena su perfil, pero no logra identificarlo.

¿Quién es ese hombre? ¿Por qué estaba escondido? ¿Por qué destrozó el móvil después de recibir una llamada? ¿Y por qué salió corriendo como si lo persiguiera el diablo?

66
El inspector Escudero

Llaman al móvil de la Flaca y atiende la llamada. Su semblante amarillea a medida que avanza la conversación.

—¿Qué pasa? —le pregunta el inspector Escudero cuando cuelga.

—Lograron identificar los rastros de ADN que encontraron en el cadáver de Santiago.

—¿Y?

—Pertenecen a Belinda.

—¡¿Qué?! ¿Están seguros?

—Al cien por cien. Las PCR son la hostia. Pueden detectar hasta pequeñas cantidades de ADN degradado. Lo encontraron en unas mordidas que Santiago tenía en el brazo.

—Lo que sugiere que forcejearon.

—Todo apunta a que Belinda es la asesina, no me lo puedo creer. Por eso desapareció. El jefe ya está tramitando la orden de busca y captura. ¿Cómo se lo voy a decir a Carlos y a su madre?

—Yo lo haré.

—Te lo agradezco. No me apetece para nada pasar ese mal trago.

«Y no lo harás. Estarás muerta cuando se enteren».

—Si Belinda es la asesina, no tiene sentido que vayamos a interrogar a Demetrio —observa el inspector.

—Belinda mató a Santiago, pero estoy convencida de que Demetrio también está metido en el ajo. Hay demasiados indicios apuntándolo. ¿Y si la está encubriendo? ¿Y si la ama tanto que le perdonó los cuernos y está protegiéndola? Estoy segura de que sabe dónde está escondida y de que le lleva provisiones. Por eso Belinda no ha usado su tarjeta. Debemos revisar sus propiedades. Puede

que tengan una segunda residencia en algún pueblucho perdido y Belinda esté escondida allí.

El inspector finge reconsiderar la hipótesis de la Flaca. Conoce todas las respuestas y la teoría de la subinspectora dista años luz de la realidad.

—Puede que tengas razón, pero en ese caso, creo que sería mejor que nos preparásemos a conciencia el interrogatorio de Demetrio. Solo contamos con pruebas circunstanciales contra él. Necesitamos su confesión. Debemos acorralarlo para que cante.

—Está bien. Volvamos a la comisaría.

—Te voy a llevar a un sitio al que suelo ir cuando nos enfrentamos a casos complicados. Allí siempre encuentro las respuestas.

La Flaca lo mira con ojos entusiasmados.

—¿Me vas a llevar a tu escondrijo secreto?

«Tan secreto que no volverás de él».

67
Cynthia

Después del entierro, algunos parientes se desplazan hasta el domicilio del difunto para acompañar a la familia. Todos están consternados por el atroz asesinato de Santiago.

Iker sale a la terraza a fumarse un cigarro y Cynthia lo sigue.

—¿Desde cuándo sabías que mamá estaba viéndose con Demetrio? —le pregunta tras la primera calada.

—Me enteré hace poco y como tú. También los pillé en el cobertizo.

—¿Y no hiciste nada?

—¿Y qué querías que hiciera? Si ella se sentía mejor acostándose con el marido de la amante de papá, ¿quién soy yo para impedírselo?

—Se estaba haciendo más daño…

—Mamá no es tonta. Sabía perfectamente que se lio con él por despecho, pero ese daño que se causaba también le aliviaba el sufrimiento. Dolor para contrarrestar otro dolor. Las personas actuamos de forma distinta ante las mismas adversidades.

—¿Crees que es cierto que rompió con él?

—¿Por qué iba a mentirnos?

—¿Y si mamá…? —enmudece antes de terminar la frase.

—Ni de coña. Mamá no mató a papá ni planeó su muerte con Demetrio, si es lo que está pensando esa cabecita loca tuya. Amaba a papá más que a su vida. Ni siquiera le dijo que había descubierto que tenía una amante. Se lo calló y se volcó en reconquistarlo. Luchó por el amor de su marido hasta el último momento. Mamá es la mujer perfecta para cualquier hombre. Entregada, cariñosa, protectora con sus seres queridos, leal y fiel. Nunca lo habría engañado si él no le hubiera fallado.

—¿Y Demetrio? ¿Sigues pensando que es inocente?

Iker asiente convencido.

—Le pasó lo mismo que a mamá. La utilizó como un escudo contra el dolor. Pero lo conozco como si fuera yo y sé que es incapaz de matar. Pasamos muchas horas juntos en el trabajo y solo tengo halagos hacia él.

—¿No te molesta que tu jefe se estuviera acostando con mamá?

—Sus parejas eran amantes. Acostándose sobrellevaban mejor los cuernos. No se hacían daño. Era un pacto silencioso que surgió entre ellos motivado por el dolor, la rabia y la humillación. No es la primera vez que dos cornudos se lían. Te sorprende porque se trata de mamá, pero estás olvidando que, aparte de madre, también es mujer. ¿Que echó un par de polvos para sentirse mejor? Pues bienvenidos sean, que la vida ya es bastante amarga.

—Pensándolo así… puede que tengas razón. ¿Perdonarías una infidelidad?

Iker pierde la mirada en las sombras del cielo.

—¿Se considera infidelidad cuando te lías con una persona casada?

—Dímelo tú.

—No lo es, pero duele igual. Saber que la persona de la que estás enamorado se está acostando con otra, te arranca de un tirón el alma del pecho.

—Dímelo a mí, que se me cayó el mundo encima cuando pensaba que Jorge me estaba engañando.

—Tú te lo mereces por no haberlo hablado con él.

—Me daba miedo que me confesara que se había enamorado de otra mujer.

Iker le pasa el brazo por encima.

—Si alguien está para ti, no hay quien te lo quite, y Jorge y tú estáis hechos el uno para el otro. Está muy ilusionado con vuestra mudanza a la casita de la playa.

—¿Vendrás a visitarnos?

—No lo dudes, así que ya puedes ir comprando un sofá cómodo.

—¿Traerás a tu novio? No me has contado nada de él.

—Lo conocerás en su momento, cuando vayamos a visitarte con mamá. Nos la llevaremos con nosotros.

—¿Y crees que aceptará ir con vosotros de sujetavelas?

—Ya lo hemos hablado y está de acuerdo. A ella tampoco le apetece seguir viviendo aquí después de lo que ha pasado. La casa vecina se ha convertido en su peor pesadilla.

—¿Mamá ya sabe que estás con un hombre?

Iker asiente.

—Lo sabe todo.

—¿Y te apoya?

—Su hijo es feliz, es lo único que le importa.

Una felicidad que se verá empañada en breve. Unos planes cubiertos por una cortina negra. Negro muerte.

68
El inspector Escudero

El inspector Escudero se incorpora a la autovía que conduce a los Acantilados del Suicidio, como se les conoce entre los escaladores en homenaje a los compañeros temerarios que osaron desafiarlos y acabaron engullidos por el mar que arroja su furia indómita contra las rocas. Había estado allí siete años atrás, antes de que la Flaca se uniera a la Brigada. Una pareja de recién casados decidió celebrar su luna de miel emplazando a la naturaleza. Un reto fallido. Su última escalada. La última vez que alguien se atrevió a trepar ese lugar maldito. Los cadáveres que engullía la boca rocosa jamás se recuperaban.

Una tumba de piedras bajo un manto de agua. Ese es el destino de la Flaca.

Su cuerpo debe desaparecer. No soportaría ver su mirada sin vida. Muerta. Quiere recordarla viva, con sus ojos alegres y su sonrisa imborrable.

«Lo siento. Has sido la mejor compañera que he tenido. La mejor amiga. Eres la mejor, Flaca, y ese papel te ha costado la vida. Ojalá no me hubieras conocido. Ojalá también me hubieras abandonado como Elizabeth. Tenías que haberte marchado a otra Brigada. Tenías que haber desaparecido y alejarte de mí. Pero te quedaste. No oliste el peligro y ahora tengo que matarte».

El móvil de la Flaca suena.

—Envíame la ubicación exacta. Estoy en el coche con el jefe. Vamos para allá —dice antes de colgar.

«¡Mierda! ¿Por qué coño tuvo que decirle a quienquiera que la llamó que estaba conmigo?».

—Da la vuelta cuando puedas —le pide la Flaca.

—¿Qué pasa?

—Encontraron el Citroën de Belinda. Está en el pantano.

Conducen inmersos en un silencio tétrico durante el trayecto. El inspector toma un desvío a la derecha y se adentran en la frondosidad del bosque. Avanzan a trompicones sobre el empedrado y descienden una pendiente hasta que un conjunto de ramas fragmentadas señala el siguiente desvío que deben tomar. Siguen adelante hasta que vislumbran un grupo de vehículos policiales frente a las aguas turbias del pantano.

El inspector apaga el motor y le pide a la subinspectora que se adelante en lo que hace una llamada. La Flaca se apea del Audi y corre hasta sus compañeros. Ya sacaron el Citroën de las profundidades y están a punto de abrir el maletero.

Hay un cadáver flotando en el interior.

Una trenza negra asoma entre las rasgaduras del plástico que envuelve el cuerpo.

Belinda también está muerta.

69
Carlos

La pastilla surte efecto y su madre por fin se queda dormida, todavía con lágrimas entre los párpados. Carlos marca el número de su excuñado por decimosexta vez.

Apagado.

Le deja el mismo mensaje que las dieciséis veces anteriores.

Eres un hijo de la gran puta. Más te vale que te encuentre la policía antes que yo, ASESINO.

Su tía Manola se asoma a la puerta.

—¿Se durmió? —pregunta en un susurro.

Carlos asiente y le hace un gesto para que lo siga hasta el pasillo.

—¿Te importa quedarte con ella un rato? La casa está llena de gente y necesito coger aire.

—Claro que sí. Vete tranquilo.

Carlos se desliza entre el gentío que ha acudido para acompañarlos por la trágica pérdida de su hermana y coge su cazadora del perchero. Nota el coro de miradas compasivas examinándolo y cuchicheando hasta que sale por la puerta. Se sube al coche y conduce hasta la cafetería de Demetrio.

No está.

Sus empleados lo informan de que se marchó por la mañana para asistir a un entierro y no han vuelto a saber de él.

Regresa al coche y se encamina hacia la vivienda que Demetrio compartía con su hermana. Presiona el timbre varias veces sin éxito. Rodea la casa buscando algún recoveco desde donde echarle un vistazo al interior, pero las cortinas y las persianas están echadas. Vuelve a la puerta y extrae del bolsillo del vaquero la llave que

encontró en un cajón de la habitación de Belinda en casa de su madre. Aplasta el dedo sobre el timbre varias veces antes de probar suerte.

La puerta se abre.

Avanza unos pasos y aguza el oído.

Silencio.

—¡¿Hijo de puta?!

Nada.

Tras cuatro llamadas fallidas, cierra la puerta e inspecciona la vivienda.

Está vacía.

No encuentra las llaves de la casa ni las del coche en la mesa de la entrada. Solo hay una taza de café y una cucharilla en el fregadero. El sofá parece el cesto de la ropa sucia y la mesa auxiliar, la barra de un bar. La cama está deshecha y la ropa cuelga de las perchas del armario. Siguen habiendo prendas de su hermana. Reconoce el jersey azul con rayas blancas que le regaló por Reyes y del que todavía cuelga la etiqueta. También está la maleta rosa que Belinda llevó al crucero que hicieron los dos matrimonios hace tres veranos, junto al *trolley* negro de Demetrio. No parece que su excuñado planeara marcharse y tampoco que haya vuelto desde que salió por la mañana.

«¿Dónde estás?».

Husmea por la casa en busca de alguna pista que le indique su paradero. Registra la correspondencia y también los panfletos publicitarios que se desperdigan sobre la mesa del salón, la papelera del baño y el cubo de basura de la cocina, los cajones del mobiliario y debajo de la almohada y del colchón. Nada relevante. Facturas, cartas del banco y publicidad.

Cuando está a punto de darse por vencido, repara en la chaqueta negra colgada en una silla del comedor y en el papel que asoma del bolsillo. Es una comanda como las que descubrió entre las páginas del libro de Belinda.

Otra nota de amor.

Reconoce la grafología. Es la misma letra que en las anteriores.

Me haces el hombre más feliz del mundo. Solos tú y yo.
Te quiero

Demetrio también había encontrado las declaraciones de amor que Santiago le enviaba a Belinda.

¿Por qué se hizo el sorprendido cuando se las mencionó?

Porque es el asesino. Ese enclenque engominado con cara de retrasado es un maldito asesino.

«¿Dónde estás, hijo de puta?».

70
El inspector Escudero

El inspector Escudero está atendiendo una llamada cuando la Flaca cruza la puerta de su despacho. Tiene el semblante casi traslúcido, como si estuviera a punto de desvanecerse de un momento a otro.

Cuelga el teléfono y la mira extrañado.

—¿Qué te pasa? Desde que volvimos del pantano, apenas has abierto la boca.

—Las circunstancias me están sobrepasando. La muerte del bebé de mis vecinos, la del detective que salía con mi amiga y ahora la de Belinda. Siento que estoy a punto de colapsar. Me gustaría que me apartaras de la investigación y también quería pedirte unos días libres.

—¿Segura?

—No te lo pediría si no lo necesitara. Este caso me está pasando por encima.

—Te entiendo y te propongo algo mejor: vete de vacaciones hasta que cerremos el caso. Te prometo que te mantendré informada.

—Gracias, pero prefiero estar desconectada.

—Me parece una buena idea. Tómate el tiempo que quieras.

—Creo que me iré a casa de mis padres unos días.

«Cuanto más lejos, mejor».

El inspector suspira aliviado cuando la Flaca sale por la puerta. Al final, no tendrá que cargar con su muerte. Si no la tiene husmeando al lado, podrá hacer y deshacer las pruebas a su antojo.

Se asoma a la ventana y pierde la vista en el azul nítido del cielo, el hogar de Dios.

«Gracias, hijo de puta —le murmura a ese ser omnipresente que sospecha que le tiene una manía enfermiza—. ¿Qué he hecho para

que me castigues así? ¡¿Me merezco tanto sufrimiento por un puto error?!».

Es una buena persona. Educado, combativo con las injusticias y solidario con las buenas causas. Siempre ha intentado hacerlo lo mejor que ha podido. Se esforzaba por ser un policía brillante y un ciudadano ejemplar. Un marido cariñoso y comprometido con su matrimonio. Una persona normal que lo único que quería era vivir tranquilo. Atrapar asesinos y regresar a casa con su esposa. Salir a comer fuera los fines de semana. Viajar en las vacaciones y acurrucarse en el sofá, abrazado a Elizabeth, a ver películas de acción mientras compartían una *pizza* y unas cervezas.

¿Por qué tiene que sufrir ese calvario? ¿Por qué la vida se emperra en ponerlo a prueba? ¿Por qué un simple error lo ha convertido en un asesino? Todos nos equivocamos, ¿por qué Dios no lo perdona? ¿Por qué lo ha condenado a vivir en el infierno durante el resto de su vida? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué Dios se niega a escucharlo? ¿Por qué su misericordia no lo alcanza?

«Baja y da la cara. Tenemos una charla pendiente. De hombre a hombre. De monstruo a monstruo. De asesino a asesino».

Ahora lo sabe. Dios también es un asesino. Sátiro. Perverso. Un puto morboso que se regodea en el dolor ajeno. Un ser desprovisto de escrúpulos y sentimientos, con una empatía nula y las emociones resecas. Dios es el diablo.

Apaga el ordenador, se sube a su Audi y conduce hasta el Tomás. Mientras traga ginebra como agua, medita sobre los próximos pasos a seguir.

Otro muerto y se acabó.

71
Carlos

Carlos se seca el rostro con una toalla y observa su imagen demacrada en el espejo. Los ojos enrojecidos e hinchados, tristes, impotentes. Vacíos, llenos de rabia.

Su hermana está muerta y Demetrio se esfumó del mapa.

«¡Cobarde! ¡Asesino!».

Las lágrimas humedecen nuevamente sus mejillas y se refresca el rostro por quinta vez.

Regresa al salón y observa a su madre desde el umbral de la puerta, rodeada de sus tías y de allegados. Todos lloran. Todos están sobrecogidos. A todos los sorprendió que Demetrio acabara con la vida de Belinda de una forma tan espantosa.

Los mató a ella y a su amante. Les reventó la cabeza con una pala. Belinda recibió nueve golpes. Sobrevivió a los cuatro primeros. El quinto fue letal.

¿Cómo pudo matarla a palazos? ¿Cómo es capaz de respirar después de lo que hizo? ¿Cómo tuvo los santos cojones de presentarse en casa de su madre preguntando por Belinda, sabiendo que estaba muerta y que la había matado él? ¿Qué clase de persona es capaz de actuar con esa frialdad?

Un monstruo. Su excuñado es un monstruo perverso.

Tiene suerte de que no lo encontrara en su casa cuando fue a buscarlo. La rabia lo dominaba. Algo en su interior le dice que él también sería capaz de matar en una situación extrema, que todos somos monstruos dormidos predispuestos a asesinar si se dan las circunstancias propicias.

Por amor. Por dolor.

«Más te vale que te atrape la policía antes que yo. Pasarías de dormir en la cárcel a descansar bajo tierra eternamente. Huye, hijo

de la gran puta. Huye hasta que yo te encuentre».

72
El inspector Escudero

La Flaca aguarda sentada en el coche hasta que su jefe abandone la comisaría. Hace unas cuantas llamadas mientras tanto. Tardó menos de cinco minutos en sonsacarle al del taller que el inspector Escudero lo amenazó para que cargara con la muerte del bebé de sus vecinos. También contactó con su primo, el de Tráfico, para que revisara las cámaras del día que agredieron a Carlos cerca de la casa de Santiago sobre las nueve de la noche.

Cuando el Audi de su jefe se pierde en la distancia, vuelve a la comisaría. Quiere echarle otro vistazo a los informes. Se sienta en su mesa y repasa las inspecciones oculares, las autopsias, las primeras pesquisas, el listado de pruebas recabadas y las fotografías que inmortalizan los lugares donde hallaron los cuerpos. Ninguno representa la escena principal del crimen.

Santiago y Belinda murieron en fechas similares, puede que hasta el mismo día; ambos por traumatismo craneoencefálico. Les golpearon la cabeza con la pala que encontraron en el maletero del coche de Belinda, junto a su cadáver. Él recibió seis golpes; ella, nueve.

¿Murieron juntos? ¿Alguno de los dos presenció la muerte del otro? ¿Qué pinta el inspector Escudero en esa historia de cuernos?

Cometió un error que a la Flaca no se le pasó por alto y que lo vincula directamente con la muerte de Belinda.

¿También está implicado en los asesinatos de Santiago y del detective privado? ¿Qué relación lo une a Demetrio? ¿Por qué lo protege? ¿Y dónde está Demetrio? ¿Estará escondido en el domicilio del inspector?

Está convencida de que fue él quien lo avisó para que huyera. No ha vuelto a su domicilio ni ha usado la tarjeta de crédito; su móvil

sigue apagado y no han podido rastrearlo. Su última ubicación fue en el cementerio donde enterraron a Santiago. Un asesino lujurioso que disfruta del sufrimiento que ha causado. No le vale solo con la muerte, sino que también se deleita en el dolor que desprende.

Deja los papeles a un lado y se centra en su Huawei. Reproduce el vídeo que la agente Rosales le envió desde el domicilio de Santiago. Le está contando la versión de la viuda, pero la Flaca deja de oír el contenido y se centra en la imagen.

Algo ha captado su atención.

La escena acontece en el salón, frente a una estantería con portarretratos. Santiago aparece en uno de ellos, subido en un Chrysler negro.

Ha visto antes ese vehículo y ese rosario hortera colgado en el retrovisor.

3666.

Nunca olvida una matrícula.

73
Cynthia

Cynthia termina de fregar la losa, se prepara un descafeinado y se lo toma asomada a la ventana del salón. Es noche cerrada y le parece que se despertó hace diez minutos. Ha dormido menos de cuatro horas en los últimos días. Consulta el reloj de la pared: las dos de la madrugada. Por fin puede descansar. Hace apenas media hora que se marcharon las hermanas de su madre. Ella e Iker se acaban de retirar a sus habitaciones y su marido lleva un rato durmiendo. Agradece que Jorge haya cogido el primer vuelo para estar a su lado. Los sucesos han acontecido de forma tan precipitada… Todo ha sido tan tremendamente surrealista… Tan desconcertante… Tan decepcionante… Y tan doloroso.

Su padre y su amante, asesinados, y el autor, suelto. El principal sospechoso es Demetrio, el amante de su madre y marido de Belinda. Amante, cornudo y asesino.

Iker le confirmó que era el hombre que vio en el cementerio, el que destrozó el móvil después de atender una llamada y luego salió escopeteado.

¿Se enteró de que encontraron el cuerpo de Belinda y huyó porque sabía que acabaría en la cárcel?

«¿Dónde estás, asesino?».

Un movimiento a su izquierda distrae sus pensamientos. Un hombre, vestido con un abrigo y un chándal negros, recorre el jardín de la casa vecina en dirección al cobertizo donde su madre se encontró con Demetrio el día anterior.

¿Es él?

74
El inspector Escudero

No veo el momento de tenerte otra vez entre mis brazos. Anoche me hiciste el hombre más feliz del mundo.
Te quiero

Echo de menos el tacto de tu piel. Ya no sé vivir sin ti. No me siento entero si no te tengo a mi lado.
Te quiero

Anoche no pude dormir recordando nuestro encuentro. Tus besos, tu olor, el contorno de tu cuerpo… Quiero volver a tenerte. Hoy y siempre.
Te quiero

Venir a la cafetería es aterrizar en la antesala del cielo. Eres mi ángel, mi universo entero.
Te quiero

Verte a diario y no poder tocarte me está matando. Necesito más. Lo necesito todo.
Te quiero

Lo dejaría todo por ti. Solo dímelo y desaparecemos. Juntos. Solos tú y yo.
Te quiero

El inspector Escudero enciende el mechero y le prende fuego en el fregadero a las notas de amor que le sustrajo a Carlos el día que lo apaleó. Cuando quedan reducidas a cenizas, abre el grifo y los

restos quemados desaparecen por el sumidero junto con sus miedos.

Llegó la noche. Llegó el momento. Llegó la muerte.

Aparca a una manzana de su destino, en una zona aislada, y recorre el resto del camino a pie. Escudriña la calle antes de cruzar el jardín y escabullirse en la parte trasera.

Demetrio se sobresalta cuando abre la puerta del cobertizo. Está blanco como una pared, se abraza a sí mismo y tiembla de pies a cabeza.

—Eres tú… Qué susto. Me alegra que hayas venido porque no me encuentro bien. La cena me sentó fatal, he vomitado hasta el hígado. Me arde el estómago y estoy sudando como un cerdo… Y empiezo a ver borroso.

Se lleva una mano a la frente y con la otra trata de apoyarse en una pared inexistente. Da unos pasos torpes hacia delante, rasgando el aire con las manos. Se tambalea. Recula como si estuviera borracho y se desploma de espaldas en el suelo con un golpe seco.

El inspector empuña la pistola que guarda en su espalda, y que adquirió a través de uno de sus soplones, y se acerca a él.

—Si dudas, mueres —susurra mientras amartilla el arma y lo apunta en el pecho.

Dispara dos veces.

El cuerpo se agita en el suelo sin emitir un solo quejido. La pistola lleva silenciador. Nadie ha oído los disparos.

Pero sí los ha visto.

Un grito estremecedor a su espalda desgarra el silencio y atraviesa la noche. Se gira y la ve. ¿Qué coño hace allí?

Levanta el arma y la apunta.

Dispara.

La mujer cae de espaldas en el suelo. Se acerca a ella para rematarla y la apunta en el pecho.

¡Bang!

75
Cynthia

Cynthia camina a hurtadillas hasta el cobertizo donde se adentró el hombre que vio cruzando el jardín de la casa vecina. La puerta está abierta.

Se asoma con sigilo.

El hombre está de pie, junto a un individuo engominado, tendido en el suelo, al que reconoce. Viste la misma ropa que el tipo del cementerio. El abrigo negro encima del uniforme de camarero.

Es Demetrio.

El hombre lo está encañonando con una pistola.

No oye los disparos, pero huele la pólvora que se dispersa en el aire y ve la sangre que brota del cuerpo.

Dos tiros.

La sobresalta el grito atronador que sale despedido de su boca sin pedir permiso, despedazando el silencio de la noche y delatando su presencia.

El hombre se vuelve y la apunta.

Dispara.

Cynthia se desploma de espaldas en el suelo, con el costado ardiendo de dolor. Entre las tinieblas que invaden sus ojos entrevé una sombra acercándose. Una mano estirándose. Un arma apuntándola.

Oye el disparo antes de que el mundo se apague por completo.

76
La Flaca

La Flaca se queda apostada frente al domicilio del inspector Escudero hasta que la puerta del garaje se abre y lo ve salir en su Audi. Consulta la hora en el salpicadero: la una y cuarenta de la madrugada.

Le envía un audio al inspector jefe.

Ya sale. No os acerquéis hasta que os avise.

Arranca el motor y lo sigue a una distancia prudente, con el rostro cubierto de lágrimas amargas. Agradece que el inspector jefe cediera, después de treinta minutos de ruegos, y accediera a que vigilara el domicilio sola. Se pasó la espera llorando, llorando de pena, de frustración y de impotencia. La devastadora realidad estrujaba sus emociones entre dedos enredados en recuerdos agridulces. El día que entró a trabajar en la Brigada y el inspector le estuvo haciendo toda clase de preguntas tendenciosas para comprobar su valía. Las tardes de ginebra cuando cerraban un caso. Su apoyo incondicional cuando dejó a Óscar y este trató de agredirla. Los desayunos donde Lola, sus certeros consejos paternales, los almuerzos interminables con los compañeros una vez al mes, las horas extra que llenaban contándose anécdotas, las cenas de Navidad en las que salían a cuatro patas…

Su mentor, su padre postizo intentó matarla.

Aparca a una manzana del domicilio de Santiago, a unos doscientos metros del Audi del inspector, en una zona aislada. Lo sigue a pie a una distancia holgada. El inspector escudriña la calle antes de cruzar el jardín y escabullirse en la parte trasera de la casa contigua a la de Santiago.

«¿Qué haces aquí? ¿Tu siguiente objetivo es alguien de esa familia?».

Se esconde entre dos vehículos, frente a la vivienda en la que vio desaparecer al inspector, les envía la ubicación a sus compañeros y espera por ellos.

Segundos después, una silueta femenina sale de la casa vecina y se adentra en el jardín. La reconoce.

Es Cynthia, la hija de Santiago.

¿También está involucrada? Pero ¿y si es inocente? ¿Y si solo es una cotilla inconsciente que vio a un individuo merodeando por el jardín de la casa vecina y salió a husmear?

En ese caso, su vida corre peligro. Debe actuar.

Escruta los alrededores y con la pistola en alto sigue a Cynthia hasta el cobertizo.

Está en la puerta, de pie, gritando.

De pronto, la ve desplomarse de espaldas en el suelo. El inspector Escudero se asoma a la puerta con un arma en la mano y apunta a Cynthia en el pecho.

La Flaca dispara primero.

77
El inspector Escudero

El inspector Escudero está sentado en el suelo, con las manos esposadas detrás de la espalda y la sangre bullendo de la herida de bala que le abrasa el hombro.

La Flaca sale del cobertizo y vuelve con Cynthia, que acaba de recobrar la consciencia y está gritando como una neurótica mientras observa la sangre que le empapa la camisa. Trata de tranquilizarla mientras la apremia para que haga presión con las manos sobre la herida.

—La bala solo te rozó. La ambulancia está de camino.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿A mí no me haces ningún puto torniquete? —protesta el inspector Escudero.

La Flaca le lanza una mirada diabólica.

—Tú puedes morirte si quieres, asesino.

—Maldita Flaca. Tenía que haberte matado.

—Lo intentaste, pero no lo conseguiste. Por tu culpa murió el bebé de mis vecinos. Privaste de la vida a un niño que estaba a punto de nacer.

—Veo que el del taller se fue de la lengua.

—Hice un par de llamadas. Eusebio me contó que lo amenazaste para que cargara con la muerte de ese bebé y un compañero me dijo que le pediste que localizara a Elizabeth. Tu exmujer no vive en mi barrio y lo sabías. Me mentiste para que no sospechara que habías manipulado la rueda de mi coche, igual que me mentiste cuando me dijiste que tu Audi amaneció aparcado frente a la casa de la madre de Carlos porque fuiste a buscarlo para llevarlo por el coche de su madre y luego acompañarlo a denunciar. Estabas esperándome para matarme. Y también estoy segura de que fuiste tú el que golpeó a Carlos para robarle las notas de amor. Demetrio

estaba en la cafetería trabajando y no se ausentó en ningún momento, y hace un rato me confirmaron desde Tráfico que ese día, tu Audi se registró por la zona antes que el de Carlos. Estabas esperándolo.

Los habitantes de las viviendas aledañas comienzan a abrir las puertas, alertados por el disparo y los gritos aterradores de Cynthia. Su hermano, su madre y su marido la reconocen y corren asustados hacia ella.

La subinspectora los tranquiliza.

—Es una herida superficial.

Luego les ordena a los vecinos que no se acerquen. Se oye el aullido creciente de las sirenas de los vehículos camuflados de sus compañeros. Una ambulancia y varias patrullas llegan detrás.

Cuando se bajan los enfermeros, la Flaca los informa de que hay un cadáver en el cobertizo. Sus compañeros se ocupan de acordonar la zona.

La Flaca ayuda al inspector Escudero a incorporarse.

—Quedas detenido.

—No me vayas a leer mis derechos, que los conozco de sobra. ¿Cómo lo supiste?

—Lo supe el día que fuimos al pantano. Condujiste hasta el sitio exacto antes de que nos enviaran la ubicación. No caí hasta que regresábamos a la comisaría y me llegó el mensaje con la localización.

—Un puto fallo de novato —exclama el inspector mientras dirige la cabeza hacia el cielo.

—Me faltaba relacionarte con la muerte de Santiago y su Chrysler me llevó hasta ti. Lo guardabas en el garaje de tu casa. Me dijiste que era de tu mujer. Fue la misma noche que me aflojaron la rueda del coche. Sabías que nunca olvido una matrícula y decidiste curarte de espantos. Y estoy segura de que también fuiste tú el que avisó a Demetrio para que se esfumara cuando encontramos el cuerpo de Belinda. Te quedaste atrás para hacer una llamada cuando llegamos al pantano. El registro de tu móvil lo confirmará.

El inspector menea la cabeza.

—Siempre he sabido que si alguien me descubría, serías tú. Estoy orgulloso de ti. Ojalá te den mi puesto; harás un gran trabajo.

—No será muy difícil superarte teniendo en cuenta cómo has acabado. ¿Por qué los mataste?

—Por Belinda.

—¿De qué la conocías?

—Éramos amantes. Yo soy el que le escribía las notas de amor. Se las quité a Carlos porque sabía que si llegaban a ti, reconocerías mi letra. Belinda me dijo que sospechaba que su marido tenía una aventura y un día lo seguimos hasta el cobertizo de la casa contigua a la de Santiago. Los vimos besarse en la puerta antes de entrar. Belinda se quedó en *shock*, no se esperaba que su marido la engañara con un hombre y menos que fuera el cliente con el que se tomaba un café por las mañanas. Lo veía como a un padre y ese padre se estaba acostando con su marido. Quería estrangularlos. Me costó un rato convencerla de que no armara un escándalo. Mientras nos marchábamos, recibí una llamada del inspector jefe, me despisté un momento y cuando me volví, Belinda corría hacia el cobertizo. Fui tras ella.

»Oí voces cuando me acercaba. Belinda les estaba gritando que eran unos maricones, que iba a arruinarles la vida y que pregonaría su aventura por el barrio. Después su voz se calló. Cuando me asomé a la puerta, estaba tirada en el suelo, en medio de un charco de sangre, con la cabeza reventada. Demetrio estaba acurrucado en un rincón, llorando mientras repetía como un loro que lo sentía y que no quería matarla. Santiago estaba inclinado sobre el cuerpo, buscándole el pulso en el cuello. Yo sabía que estaba muerta, solo había que echarle un vistazo a su cabeza. Entonces Santiago levantó la vista y me vio. Cogió la pala que había junto a Belinda y se abalanzó sobre mí. Esquivé el golpe y logré arrebatársela. Y me volví loco.

—Fue en defensa propia. Demetrio estaba de testigo.

—No fue en defensa propia, me ensañé con él, y Demetrio me amenazó con declarar en mi contra si no lo ayudaba. Si él iba a la cárcel, yo también.

—¿Por qué no lo mataste?

—Porque era mi única salvación si se encontraban los cuerpos. El chivo expiatorio. Fue un crimen espontáneo y no tenía claro que saliera bien. Con Santiago y Belinda tuve que improvisar, pero con Demetrio lo tenía todo bien atado. Pensaba hacerlo desaparecer arrojando su cuerpo en los Acantilados del Suicidio. Jamás encontraríais su cadáver. Todo hubiera salido bien si no fuera por ti.

—Mala suerte.

«O no», piensa el inspector, que duda si podría haber vivido con el peso devastador de tantas muertes en la espalda durante mucho tiempo.

«Tenía que hacerlo», es su único consuelo, pero duele, cornea, degüella, mata.

La Flaca recoge del suelo la pistola con silenciador con la que el inspector le disparó a Demetrio y a Cynthia.

—Es del mismo calibre que la que mató al detective privado. Se trata del mismo arma, ¿a que sí?

—Ese detective era el único que podía relacionarme con Belinda.

La Flaca lo mira como si tuviera enfrente a un extraño, un asesino sanguinario cuyas motivaciones no lograra identificar.

—No te reconozco… ¿En qué te has convertido? Eras un buen policía. Siempre te he admirado. Agradecía estar bajo tu mando y poder aprender de ti.

Fue un policía incorruptible hasta que recibió aquella llamada a media noche y su vida entera cambió en un instante.

—Lo hice todo por amor, por el amor más grande que un hombre puede sentir. Ese amor por el que lo darías todo, hasta la vida.

—No me cuentes milongas. ¿Crees que nunca he estado enamorada? Hay millones de personas enamoradas en el mundo y no van por ahí cargándose a la peña en nombre del amor.

El inspector se le queda mirando con los ojos nostálgicos.

—No lo entiendes… —murmura.

Pero no tardará en hacerlo. En ese caso plagado de mentiras todavía caben más muertos.

78
Carlos

La Flaca habla por teléfono mientras observa a Carlos y a su madre frente a la tumba de Belinda. La mujer, que solloza desolada, deposita un ramo de flores junto a la lápida bajo la atenta mirada de su hijo.

Carlos deja que su madre se despida a solas de su hermana y se acerca a la subinspectora, que acaba de colgar la llamada. Su semblante transmite extrañeza.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

—El inspector Escudero no mató a Demetrio.

Carlos la mira confundido.

—Me acaban de informar de que ya estaba muerto cuando le disparó. Lo envenenaron con acónito. Tarda unas tres o cuatro horas en hacer efecto. A la hora aproximada a la que fue envenenado, el inspector se encontraba en su domicilio. Estuve horas frente a su casa y no salió ni una sola vez. Me tengo que ir.

—¿Nos vemos luego?

—Te llamo y te digo, pero creo que cuando termine, me iré directa a casa. No lo estoy pasando bien. No solo he tenido que arrestar a mi jefe, que era como un padre para mí, sino que también tengo que asimilar que quisiera matarme. Ha sido un palo muy gordo.

—Lo superaremos juntos —dice mientras la rodea con el brazo y le besa la frente.

—¿Seguro que quieres que venga? Mira que hoy no soy buena compañía.

—Quiero estar contigo cuando estés mal, aunque yo esté peor. Me gustaría ser tu hombro en el que llorar. Quiero estar siempre.

—¿Te estás encariñando?

—¿Yo? ¿De una poli cachonda? Antes me pego un tiro.

La Flaca lo mira a los ojos.

—A mí también me gustas mucho, mentiroso —le susurra al oído—. Nos vemos luego.

Le da un beso en la mejilla y corre hacia su coche. Carlos la observa mientras se aleja. Si en algo fue sincero el inspector Escudero, fue sobre ella. Cierto que es especial, muy especial. Se siente muy cómodo a su lado. No se tiene que esforzar ni preocuparse por impresionarla. Todo fluye de forma natural entre ellos, como si estuvieran confeccionados con el mismo patrón, como si estuvieran destinados. Esa sensación nunca la experimentó con su exmujer. Si estuvieron juntos tantos años, fue porque trataban de amoldarse al otro, sobre todo ella. Hasta que se cansó y lo dejó.

Su móvil suena. Hablando de la reina de Roma… Tarda cinco tonos en contestar. No le apetece hablar con ella. Seguro que se enteró de la muerte de Belinda y que lo llama para darle el pésame.

—Hola, Marta.

—Hola. Lo siento mucho. Tu prima me acaba de contar lo de tu hermana. ¿Por qué no me llamaste?

—Me tenías bloqueado —se justifica.

Una verdad a medias. No la llamó porque no se le pasó por la cabeza. ¿Para qué? Ya no formaba parte de su vida. Lo había abandonado. Había partido su mundo por la mitad. Rehizo su vida y lo dejó fuera. ¿Por qué iba a llamarla?

Se hace un silencio incómodo que Marta se apresura a romper.

—Era lo mejor para los dos… ¿Cómo estás?

—Hecho una mierda.

—¿Y tu madre?

—Peor. Una madre siempre lo sufre más que el resto.

—¿Quieres que vaya a verte?

Carlos observa a la Flaca mientras se sube en el coche. Le envía un beso volado antes de partir. Con esos ojos castaños que incitan a perderse en ellos. Con esa sonrisa encantadora que lo envuelve en un manto de bienestar. Con esa esencia enigmática que lo arrastra hacia ella y de la que no puede ni quiere escapar. La Flaca es especial, muy especial.

—No hace falta. Tengo todo lo que necesito —dice con la vista clavada en el coche de la subinspectora hasta que se pierde en la distancia.

—No te hagas el duro. Déjame ir a verte. Me gustaría estar contigo en estos momentos.

Carlos le suelta la misma frase con la que ella zanjó su última llamada, antes de colgarle y bloquearlo.

—Es lo mejor.

79
Cynthia

Cynthia, su marido, su hermano Iker y su madre permanecen sentados en el sofá, junto con la Flaca. Un grupo de agentes está inspeccionando la casa. Les mostraron una orden de registro y los enviaron al salón. Iker permanece tranquilo. Le acaricia los rizos a su madre, que está apoyada en su pecho y tiembla como si hubiera estado horas dentro de un congelador. Cynthia está como anestesiada, aferrada a la mano de su marido como si le fuera la vida en ello, digiriendo que la policía está poniendo patas arriba la vivienda.

«¿Qué buscan?».

Uno de los agentes se asoma a la puerta del salón.

—Lo tengo —informa a la subinspectora mientras agita la bolsa transparente que Cynthia vio a su madre guardar en el canasto cuando volvió de su paseo a solas el día que pasaron en las montañas.

Contiene *Aconitun napellus*, más conocido como acónito o tora blava, una llamativa planta, de exuberantes flores azules, extremadamente venenosa. Su propia madre la había advertido sobre su toxicidad cuando la llevaba al bosque de pequeña.

«Si la tocas, te mueres», la asustaba.

La Flaca desengancha sus esposas del cinturón y se dirige a la matriarca de la familia.

—Quedas detenida por el asesinato de Demetrio Castillo. Encontramos tus huellas en el cobertizo y tenemos el registro de llamadas del móvil del inspector Escudero. Aparte de una única llamada a Demetrio, solo contactó contigo. La última vez que te llamó fue a la hora aproximada del envenenamiento.

La mujer cruza las manos en el regazo y fija la vista en el suelo y en los surcos que van formando sus lágrimas.

—¿El inspector Escudero te convenció de que Demetrio era el asesino de tu marido? ¿Por eso lo mataste?

Más lágrimas.

Lágrimas de la detenida y lágrimas de Cynthia. Un puñado de lágrimas confrontadas. Lágrimas de culpabilidad, de estupor, de remordimiento y de dolor. Las dos lloran desconsoladas. Ambas deploran la devastadora realidad.

El silencio de su madre es incriminatorio. Su mirada, delatadora. Su semblante, una confesión enmascarada.

Cynthia siente como si la arrollara un tanque de quinientas toneladas. Su piel se agrieta y se desprende con la facilidad de una pegatina mojada, sus huesos se retuercen hasta fragmentarse con un sonido chirriante, los músculos se tensan hasta descomponerse, los tendones y las fibras se deshilachan y sus costillas oprimidas estallan una tras otra. Los pulmones se encogen y el corazón se ensancha hasta que revienta. Una sensación de miseria se propaga como una toxina por sus venas rotas.

Iker se levanta de un salto y mira a su madre como quien se despierta con un muerto en la cama después de una noche loca.

Ella le dedica una mirada aguada cargada de culpabilidad y tristeza. Luego vuelve la vista hacia la Flaca y extiende los brazos para que le coloque las esposas.

80
Carlos

Carlos está a punto de volver al coche cuando Cynthia abre la puerta. Se sorprende al verla; le ha costado reconocerla. Tiene el rostro hinchado y los ojos empequeñecidos; secuelas del llanto. Su padre está muerto y su madre, en la cárcel. Y todo ha ocurrido en el transcurso de unas semanas. Tiene mérito que siga en pie.

—Hola. ¿Cómo estás? —la saluda.

—Pues igual que tú, bueno, yo algo peor teniendo en cuenta que mi madre ha acabado en la cárcel.

—Lo siento, no ha sido una buena pregunta. Vine para saber si necesitas que te ayude en algo o si te apetece hablar. —Cynthia lo mira recelosa—. La verdad, no sé ni por qué he venido… Cogí el coche para despejarme… Estaba pensando en mi hermana, supongo que su recuerdo me trajo hasta aquí. Lo siento, ha sido una idea estúpida…

—¿Quieres un café? Mi marido ha salido por algo de comer. Traerá comida como si estuviéramos en guerra. Puedes cenar con nosotros si quieres.

Le franquea la puerta antes de obtener una respuesta.

Carlos la sigue hasta el salón. Cynthia le pide que tome asiento en lo que prepara el café. La estancia está desordenada y el polvo campa a sus anchas sobre el mobiliario. La casa de su madre tiene el mismo aspecto deprimente. Ambos han perdido a un ser querido. Padre y hermana. A Santiago lo asesinó el inspector Escudero; a Belinda, su marido Demetrio. A Demetrio lo envenenó la esposa de Santiago y le estará eternamente agradecido. Su excuñado tuvo un final justo.

Quid pro quo.

Desvía la vista hacia los papeles dispersos por el sofá. Un folleto de Ikea capta su atención. Lee la frase que se repite a lo largo de la página.

«Te echo de menos».

El corazón le da volteretas en el pecho. Revisa las hojas interiores. La misma frase nostálgica se reproduce en los espacios en blanco.

Cynthia regresa mientras está pasando las páginas.

—No sabía que el inspector Escudero había estado aquí —le comenta Carlos.

—Y no ha estado. ¿Por qué?

Carlos le muestra el folleto.

—Es la letra de las notas de amor.

—Imposible. Es la letra de Iker.

—Es la letra de las notas de amor —repite conmocionado y convencido.

81
Cynthia

—¿Seguro que es la misma letra? —pregunta Cynthia.

Carlos hurga en el bolsillo de su cazadora. Por suerte, la nota que encontró en casa de Demetrio sigue ahí.

Me haces el hombre más feliz del mundo. Solos tú y yo.
Te quiero

Cynthia le echa un vistazo y lo mira desconcertada. Esas íes mayúsculas, adornadas con dos círculos en los extremos, son inconfundibles.

—¿Qué demonios significa esto? —pregunta, estremecida.

—Que tu hermano es el autor de las notas de amor. ¿También estaba con mi hermana?

—Imposible. Iker es *gay*. Está con un hombre casado.

La última frase los golpea a la vez. Los dos reflexionan para sus adentros y se miran escépticos.

Demetrio.

Caminan en un silencio convulso hasta el dormitorio de Iker, donde se encerró cuando detuvieron a su madre y del que no ha salido desde entonces. Cynthia da unos golpecitos en la puerta.

—Iker, tenemos que hablar.

No se oye ningún ruido en el interior.

—¿Iker? —insiste Cynthia mientras aporrea la puerta.

Su hermano no le abre.

Cynthia pega la oreja y aguza el oído. Mira a Carlos y niega con la cabeza. Vuelve a golpear la madera mientras llama a gritos a su hermano. Al quinto intento fallido, decide girar el pomo. La puerta no está cerrada con llave.

Su hermano está allí, en medio de la habitación, suspendido en el aire, con una soga alrededor del cuello, colgando de una viga del techo como un péndulo.

Hay una nota sobre la cama.

«Perdóname, papá. Te perdono, mamá».

82
Iker

Cierro de un portazo la puerta de mi habitación y me tumbo sobre la cama, con las manos detrás de la cabeza, los ojos borrascosos y el alma en migajas.

Nada ha salido como habíamos planeado.

El inspector Escudero y mi madre acabaron en la cárcel y Demetrio está muerto.

¿Qué me queda? ¿Qué sentido tiene vivir?

Mi destino es negro. Negro muerte.

Me arrodillo en el suelo y de debajo de la cama saco la soga que cogí del garaje después de que se llevaran a mi madre arrestada.

Llegó el momento de darle uso.

Mientras me esmero con el nudo corredizo, mi mente retrocede al instante en que empezó todo. Ese martes que cumplía un año trabajando como camarero y firmé mi primer contrato indefinido. También firmaría, sin saberlo, mi sentencia de muerte.

Demetrio y yo éramos los únicos que quedábamos en la cafetería. Solía quedarme cuando cerrábamos y le echaba una mano con el inventario en lo que él cuadraba la caja. Estaba revisando por última vez el listado de la compra cuando Demetrio se acercó con dos cervezas en la mano.

—Habrá que celebrar tu nuevo contrato —dijo mientras me ofrecía uno de los botellines.

Lo acepté y brindamos.

—Por ti —exclamó.

Solíamos tomarnos unas cervezas los viernes, que era mi último día laboral de la semana. Charlábamos sobre el mundo en general. Debatíamos de música, literatura, geopolítica, economía y sobre

nuestra filosofía de vida, pero nunca tocábamos el plano personal. Ese día, sin embargo, Demetrio se interesó por el ámbito privado.

Al principio me sentí cohibido, pero después de tres botellines, se me despendoló la lengua y se lo conté todo. Bueno, casi todo.

Mi gran secreto lo descubriría unos meses más tarde.

Le hablé de mi infancia, de lo feliz que fui con mis hermanas. De mis peleas continuas con Ana, que era una abusadora y siempre me ganaba, hasta que pegué el estirón y se revirtieron los papeles. Cynthia era la mayor y se encargaba de cuidarnos mientras nuestros padres trabajaban. Al principio trataba de separarnos cuando nos liábamos a hostias después de que yo picara a Ana y ella saltara, pero tras un puñetazo perdido que le coloreó el ojo de morado durante casi una semana, se limitó a dejarnos pegarnos y a chivarse a nuestros padres en cuanto entraban por la puerta.

Nuestro padre solía restarle hierro al asunto alegando que eran cosas de críos, pero nuestra madre era más estricta y nos castigaba sin parque y sin dibujos animados durante días, dependiendo de la gravedad de las heridas. Si solo se trataba de rasguños, el castigo se limitaba a un solo día. En caso de magulladuras, se ampliaba a dos, según el número de heridas. Una vez nos castigó durante una semana entera, el día que rompimos un jarrón horrendo que había pertenecido a su tatarabuela, pero al cuarto día se ablandó y nos dejó ver la tele un rato.

También le hablé de mi etapa en el instituto, donde el acoso que sufrí desde el colegio se acrecentó. Si antes lo padecía por «enano fideo», ahora me acosaban por «rarito». Me llamaban el Bicho porque no me gustaba el fútbol ni babeaba con las tetas y el culo de las chicas. Me esforzaba por integrarme, pero no lo conseguía. Nuestras inquietudes eran opuestas y me frustré. Sentía que no encajaba en ninguna parte y acabé dejando los estudios.

Me dediqué durante un tiempo a desperdiciar mi vida en el parque, fumando porros con otros chicos que también habían dejado el instituto o ni siquiera lo habían pisado. Fue una etapa corta. Mi padre me enderezó a guantazos. No quería gandules en casa. O estudiaba o trabajaba, pero si pretendía «rascarme los huevos», no sería bajo su techo. Conseguí varios empleos como portero de

discoteca, repartidor y camarero, hasta que acabé en la cafetería de Demetrio.

Y todo cambió.

Fue como si la vida se apiadara de mí y, en vez de golpes, me dedicara una suave caricia. Demetrio se convirtió en el árbitro que me protegía de las palizas. Mi salvador. Nuestras charlas de los viernes me hacían sentirme comprendido. Podíamos conversar durante horas y nunca agotábamos el tema de conversación. Con él podía ser yo mismo sin temor a ser rechazado. Los viernes eran el mejor día de la semana. Pensaba que al fin había encontrado a un amigo, pero no se trataba de una simple amistad. Lo descubrí el día que lo vi despedirse de Belinda con un beso en los labios y algo se rompió dentro de mí.

Me había enamorado.

Desde siempre supe que me atraían los hombres, pero lo mantenía en secreto. Mi primer contacto sexual fue con él. Y el suyo con el sexo opuesto, también.

Fue una noche en la que sustituimos las cervezas por cubatas y andábamos a trompicones hasta la puerta de la cafetería con la intención de coger un taxi. Posamos la mano sobre el picaporte a la vez, la mía debajo y la suya encima. Ninguno la retiró. Apretó mi mano y entrelazamos los dedos. Nos miramos, nuestros rostros se fueron acercando y nuestros labios se besaron.

Abandonamos la cafetería casi dos horas después, todavía ebrios, con el olor del sexo impregnado en la piel.

Esa noche no pude dormir. Estaba excitado, emocionado, agradecido con el universo por dejarme ser plenamente feliz.

Pero esa felicidad duró poco.

Mi entusiasmo se derrumbó como un castillo de folios cuando volví el lunes al trabajo. Demetrio se comportaba distante. Apenas me dirigía la palabra, evitaba mirarme a la cara y quedarse a solas conmigo.

Me evitaba a mí.

Y las mariposas que brincaban en mi estómago se murieron, y sus cadáveres me pesaban dentro como si fueran de hierro. Dolían. Y dolieron más cuando, al finalizar la jornada laboral, Demetrio me

comentó, sin mirarme a la cara y en un tono despectivo, que me reventó los tímpanos y me apuñaló el alma, que no hacía falta que me quedara a echarle una mano.

No le pregunté el porqué. Conocía el motivo. Demetrio se arrepentía de haberse acostado conmigo y lo más probable es que acabara perdiendo mi nuevo trabajo fijo. La posibilidad del despido no me dolía. Me dolía el pecho, el corazón. Me dolía todo el cuerpo. Me dolían hasta los pensamientos. El recuerdo de sus labios y el roce de su lengua. El tacto de su cuerpo musculoso, su aliento cálido en mi cuello y sus manos curtidas alrededor de mi cintura.

Me dolía él.

Ni siquiera me molesté en abrir la boca o en asentir. Cogí mi abrigo del perchero y salí por la puerta con la sensación de que un garfio me destripaba el pecho.

Esa noche tampoco pude dormir, ni la otra ni la siguiente. No pude volver a conciliar el sueño hasta el viernes, cuando Demetrio me pidió que lo ayudara al cerrar. Lo miré con los ojos sorprendidos y en su mirada suplicante vi que también me había echado de menos.

Volvimos a acostarnos en cuanto cerró con llave la puerta de la cafetería. Sin hablarnos, sin preámbulos. Fuimos directos al grano. Después me confesó que se había sentido extraño y confuso después de nuestra primera vez. Amaba a Belinda, llevaban juntos desde que eran adolescentes. No tenía intención de dejarla, pero no podía arrancarme del pensamiento.

Yo ya lo tenía enterrado dentro.

Y acepté sus condiciones sin dudar ni rechistar. Me convertí en su amante, aun siendo consciente del sufrimiento que me acarrearía, sabiendo que un amor a medias me desangraría el alma hasta consumirla de pena. Seguí adelante con la esperanza de que algún día Demetrio se enamorara de mí y dejara a Belinda.

Y sucedió, en parte.

Demetrio se enamoró de mí, pero su determinación respecto a su matrimonio se mantuvo firme. No se sentía preparado para gritarle al mundo que amaba a un hombre, aparte de que también seguía amando a su mujer.

Y a sabiendas de que nunca sería del todo mío, permanecí a su lado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba enamorado hasta las trancas, como nunca, como la primera vez. Mi primera vez. Ese amor irracional que guía tus actos sin vacilar, aunque sepas que te está arrastrando de cabeza al precipicio y te arrojará al vacío como si fueras basura. Así es el amor. Celestial e infernal a la vez. Te lo da todo y te lo quita todo de golpe, hasta la capacidad de raciocinio. Estar con Demetrio mataba una parte de mi corazón, pero perderlo lo asesinaría entero.

Una de esas noches que no podía dormir de la emoción por haber estado con él, emponzoñada por el sufrimiento que implicaba saber que en ese momento él estaba durmiendo con Belinda, puede que hasta incluso haciendo el amor con ella, me sobresaltaron unos golpes recurrentes que procedían del exterior.

Me asomé a la ventana y vi que el viento le estaba dando una buena paliza a la puerta del cobertizo de la casa vecina. Esa misma mañana había visto a una comercial de la inmobiliaria enseñarles la vivienda a una pareja de mediana edad. Me calcé las zapatillas y salí fuera. Caminé hasta el cobertizo y le eché un vistazo al interior antes de cerrar la puerta. Supuse que me encontraría con un espacio lleno de trastos y aparejos de jardinería, pero la única herramienta que había era una pala apoyada en un rincón.

El cobertizo había sido reacondicionado como cuarto de invitados. Estaba equipado con una cama individual pegada a la pared, cubierta por un juego de sábanas floridas, una mesita de noche y un armario simple. En la zona opuesta, un panel de chapa marina delimitaba un reducido aseo desprovisto de puerta. Entre el aseo y la cama, debajo de una pequeña ventana de la que colgaban unas cortinas a cuadros azules, que parecían confeccionadas con el mantel de cualquier taberna de pueblo, descansaban dos pufs verdes junto a una mesita redonda de madera.

Y ese coqueto cubículo se convirtió en nuestro nido de amor. Quedábamos allí todos los viernes e incluso algún día suelto entre semana en el que no aguantábamos las ganas de estar juntos, pero la imprudencia jugó en nuestra contra y Belinda acabó sospechando que Demetrio la estaba engañando. Había descubierto las notas de

amor que yo le dedicaba, pero él la convenció de que se las encontró en el delantal de una de las camareras, a la que había amonestado por ligar en el trabajo.

Descubrimos que Belinda había contratado a un detective privado. Un hombre que empezó a frecuentar la cafetería todas las tardes como si fuera un cliente, pero que no le quitaba los ojos de encima a Demetrio.

Benditos celos.

Si no fuera porque me daban ganas de estrangularlo cada vez que lo pillaba baboseando por Demetrio y me obsesioné con él, no habría reparado en que el coche que conducía era el mismo que vi desde la ventana de mi cuarto, siguiendo a Demetrio, uno de los días que quedamos en el cobertizo.

Y caí en la cuenta. El baboso no lo miraba porque lo atrajera: lo estaba vigilando.

Llamé a Demetrio para advertirlo y acordamos que, pasados unos minutos, conduciría hasta alguna cafetería y se sentaría en la terraza para que el detective lo tuviera a la vista. Permanecería allí cerca de dos horas y luego volvería a su casa. Y así durante varios días.

Unos minutos después, Demetrio abandonaba el cobertizo y se alejaba en su coche, seguido del detective.

Estuvimos dos semanas sin vernos más que en el trabajo y evitando cualquier tipo de contacto que pudiera dar pie a sospechas. El detective dejó de venir una semana después de que lo descubriéramos, pero decidimos aguardar unos días más para asegurarnos de que lo habíamos despistado por completo.

Nos equivocamos.

El lunes siguiente, mientras nos hacíamos arrumacos en la cama después de hacer el amor por segunda vez, oímos un ruido fuera del cobertizo.

Unos pasos se aproximaban.

Solo a mí me dio tiempo de saltar de la cama antes de que la puerta se abriera.

Mi padre.

Se le torció el rostro en una mueca de desagrado y dolor. Se quedó petrificado, observando con ojos de búho la ropa tirada en el

suelo y nuestros cuerpos desnudos. Paseaba la mirada entre nosotros como si fuéramos extraterrestres.

—¿Eres maricón? —balbució mientras me miraba con los ojos llorosos.

—Nos queremos —titubeé en lo que trataba de cubrir mis genitales con las manos.

Mi padre arrugó el entrecejo y miró hacia Demetrio.

—Has corrompido a mi hijo.

—No es lo que parece… —se excusó Demetrio.

El rostro de mi padre chorreaba ira y, cuando me di cuenta, se había abalanzado sobre Demetrio y presionaba sus manos de gigante alrededor de su cuello. Demetrio pataleaba y trataba de quitarse a mi padre de encima, pero era inútil. Mi padre estaba fuera de sí y cuanto más se agitaba su presa, más apretaba.

Yo estaba paralizado. Mi cuerpo entero parecía de roca. Una roca pesada que lloraba y temblaba mientras observaba aterrorizado el rostro azulado de Demetrio y su cuerpo agitándose en la cama.

Y entonces entró Belinda.

Se lanzó sobre mi padre para impedir que matara a su marido. Poco podía hacer contra aquella fiera rabiosa. Le mordió los brazos, le arañó la cara, lo golpeó con furia con los puños en la espalda y en la cabeza mientras me suplicaba que la ayudara. Yo era incapaz de moverme. El miedo petrificaba cada centímetro de mi cuerpo.

Hasta que su reacción violenta zarandeó al monstruo que lloriqueaba horrorizado en mi interior.

En un último intento desesperado de salvarle la vida a su marido, Belinda cogió la pala del rincón, la levantó en el aire y la dejó caer con fuerza sobre la cabeza de mi padre.

Él y su sangre se desparramaron en el suelo.

El tiempo se congeló durante unos minutos, menos para Belinda y Demetrio. Ella seguía aplastándole la cabeza a mi padre y Demetrio boqueaba sobre la cama como si intentara aspirar el aire del mundo entero. Yo lo veía todo a cámara lenta.

Cuando a Belinda ya no le quedaban fuerzas, soltó la pala y se abrazó a su marido.

Y la odié. Y se desató el infierno.

Recogí la pala del suelo y la golpeé. Una y otra vez. Por haber matado a mi padre, por impedir mi amor con Demetrio. Le estampé la pala en la cabeza hasta que Demetrio me agarró y me rompí en sus brazos.

Llorábamos asustados cuando reparamos en la sombra que nos observaba con los ojos desencajados desde la puerta.

Mi madre.

83
La madre de Iker

Me asomé a la ventana para comprobar si mi yerno ya estaba fuera y vi que Santiago volvía de tirar la basura. Se detuvo a hablar con una mujer morena que estaba observando la casa en venta de al lado. Daba la impresión de que se conocían. Ella señalaba hacia el cobertizo agitando los brazos. Parecía alterada y él la abrazó. Luego la apartó suavemente y le acarició las mejillas. Los faros de un coche que se aproximaba los alumbraron y reconocí la trenza y el rostro de la mujer.

Era Belinda. Y estaba llorando.

El coche que iluminó sus figuras aparcó enfrente y me di cuenta de que era mi yerno. Avisé a mi hija Ana de que Josué ya había venido a recogerla y me aparté de la ventana, no sin antes observar cómo mi marido recorría el jardín de la casa vecina en dirección al cobertizo. Belinda se quedó en la acera.

Despedí a Ana en la puerta y volví a la ventana. Belinda seguía allí, con la vista entre el cobertizo y su reloj. Unos minutos después siguió los pasos de mi marido.

Aguardé un rato en la ventana y, como no volvían, fui tras ellos.

La escena que contemplé ante mis ojos es lo más espantoso que he visto en la vida.

Demetrio e Iker de pie. Abrazados. Llorando. Desnudos, con los cuerpos embarrados de sangre. Santiago y Belinda despatarrados en el suelo, bocabajo, con la cabeza reventada, compartiendo un charco viscoso que se agrandaba cada vez más.

Y, de repente, la imagen desapareció y el mundo se apagó.

Cuando recobré el sentido, Iker y Demetrio ya estaban vestidos y habían cubierto los cadáveres con las sábanas floridas de la cama. Tenían la mirada aterrorizada de los niños. Me contaron lo que había

sucedido y de su intención de llamar a la policía, y estuve a punto de desmayarme de nuevo.

¡¿La policía?! ¡Iker iría a la cárcel!

Acababa de perder a mi marido y también perdería a mi hijo. Mató a la esposa del hombre con el que estaba teniendo una aventura. Iría preso sí o sí.

Y entonces me acordé de él, como un milagro. Mi última esperanza de librar a mi hijo del presidio.

Y lo llamé.

El inspector Escudero se hizo cargo de la situación. Les prohibió a Iker y a Demetrio mantener contacto de momento. Si tenía que hablar con ellos, me llamaría a mí.

Mientras yo limpiaba la sangre que embadurnaba el suelo y salpicaba las paredes, Iker y Demetrio ayudaron al inspector a enterrar el cadáver de Santiago en el hueco para la piscina que una excavadora había abierto en la finca vecina la semana anterior. El cuerpo de Belinda acabó en el maletero de su coche, rumbo al pantano. El objetivo de separarlos consistía en evitar que se relacionaran las muertes en caso de que los cadáveres fueran descubiertos.

Pero todo se torció.

Carlos se puso a fisgonear e intoxicó a Cynthia con sus teorías disparatadas. Descubrieron la relación de amistad que unía a Santiago con Belinda y nos pillaron en varias contradicciones. Incluso llegué a temer que Cynthia sospechara que yo estuviera implicada en la desaparición de su padre. Y era cierto, pero no como protagonista.

Nunca jamás.

Amaba a Santiago más que a mi vida. Todavía lo amo. Siempre lo amaré. Éramos felices. A su lado me sentía la mujer más especial del mundo. Fue así desde que lo conocí. Nunca experimenté las punzadas de los celos; sabía que Santiago me quería a mí. Todos los días me traía una flor que robaba de nuestro jardín cuando volvía del trabajo. Me colmaba de besos y achuchones y le encantaba picarme. Me decía que tenía el culo gordo y yo le respondía que él tenía la

cabeza como un huevo. La calvicie lo aquejaba desde hacía años, pero para mí seguía siendo el hombre más atractivo del mundo.

Lo había perdido y no podía ajusticiarlo, pues supondría la condena de Iker. Y por un hijo se es capaz de todo.

Por eso callé. Por eso mentí. Por eso maté.

Envenené a Demetrio porque el inspector Escudero me había confesado que se estaba desmoronando y que dudaba que superara un interrogatorio con la Flaca. Ya la había fastidiado cuando le habló a Carlos del detective privado. Quiso salir del apuro y metió la pata hasta el fondo.

Si él caía, Iker iría detrás.

El inspector me dijo que él se encargaría de liquidarlo y de hacer desaparecer su cuerpo, pero me advirtió de que tenía la certeza de que la Flaca sospechaba de él y que, en caso de que lo detuvieran antes de poder llevar a cabo su plan, matara yo a Demetrio para proteger a Iker.

Pero no esperé. No me tembló el pulso. No dudé.

Le llevé la cena a Demetrio al cobertizo. Envenenada. Unos días antes había ido con mis hijos a pasar el día en las montañas y me había traído un poco de acónito por si acaso. El veneno podría servirme en caso de que la historia se complicara. Así fue. Y Demetrio murió.

Maté a una persona y no me arrepiento, aunque esté en la cárcel, aunque me pase aquí toda mi vida, aunque me muera entre estas cuatro paredes. Maté por mi hijo, para salvarlo. Iker es libre, es lo único que importa. Prefiero pudrirme aquí en su lugar y meto la mano en el fuego por que el inspector Escudero moriría antes de confesar la verdad. Por eso lo llamé. Confiaba en él. Sabía que no nos fallaría.

Cecilia, la funcionaria de prisiones con la cara más estreñida y el carácter más insufrible que me he topado en la vida, se asoma a la puerta.

—La directora quiere verte.

El corazón me da un vuelco.

—¿A mí? ¿Por qué?

Me mira con una mirada piadosa y algo se despedaza dentro de mí.

«Ha pasado algo horrendo».

No me equivoco. La directora me comunica que Iker está muerto. Se ahorcó.

Mató a Belinda. Perdió a su padre, perdió a Demetrio. Y yo estoy en la cárcel. No pude consolarlo. No pude ayudarlo. Lo dejé solo. No pude evitar que se amarrara una soga alrededor del cuello.

Me sacrifiqué por él y mi sacrificio lo condenó a muerte.

«Te perdono, mamá», había dejado escrito. Me perdonaba por haber matado al amor de su vida, pero su perdón no me vale. La herida cada vez es más profunda. Más virulenta. Más letal. Mi hijo se suicidó porque no soportó la pérdida de Demetrio. Yo lo maté. Los maté a los dos.

—Lo siento —dice la funcionaria antipática cuando me ve salir por la puerta con la cara de una muerta.

Me quedo mirándola unos instantes, ida, sin pensar, sin sentir, casi sin respirar. Luego pierdo la vista en las paredes azules del vestíbulo y la fijo en la escalera y en su barandilla metálica. Hay tres pisos hasta el suelo.

—Gracias —murmuro antes de echarme a correr hacia la escalera y precipitarme al vacío.

Caigo de cabeza. Oigo un crujido entre las brumas de la inconsciencia. Noto la sangre que me escurre por el rostro. Después todo es negro. Un negro apacible y silencioso. Un negro perpetuo.

Negro muerte.

84
El inspector Escudero

Entro en mi celda y me dejo caer sobre el catre, con las manos en la nuca y los ojos abarrotados de lágrimas. Visualizo el día que empezó mi final. Aquella llamada a media noche. La confesión. El cobertizo. Las sábanas floridas empapadas de sangre. La pala. Las cabezas destrozadas de Belinda y Santiago. Los rostros atemorizados de Demetrio e Iker y la mirada suplicante de su madre.

¿Cómo iba a negarme?

Lo hacía por amor, por el amor más puro e incondicional del mundo.

Por eso callé. Por eso mentí. Por eso maté.

Lo siento por el bebé que perdieron los vecinos de la Flaca en el accidente de tráfico. Lo siento por el detective privado que descubrió la relación entre Iker y Demetrio, como también lo habría sentido por la muerte de la Flaca si no hubiera decidido apartarse del caso. Me engañó y me jodió bien. Es una buena policía y siempre seguirá siendo una persona especial para mí.

Lo siento, pero tenía que hacerlo. Y todo para nada. Las muertes, mi inculpación y mi encierro no han servido de nada.

El director de la prisión me acaba de confirmar que Iker se ahorcó. Está muerto. Iker está muerto. Y su madre también. Se lanzó de cabeza desde una altura de tres pisos.

Recuerdo cuando la conocí. Hace casi treinta años. Yo ya estaba con Elizabeth, pero no llevábamos ni un año y ella se había ido a Inglaterra durante unos meses para perfeccionar el inglés. Coincidíamos todas las mañanas en la misma cafetería. Ella siempre llegaba acompañada de su marido después de dejar a sus dos hijas en la guardería.

Un día empezó a acudir sola. La vi llorar hasta en cuatro ocasiones. Al quinto día me acerqué, le ofrecí un clínex y volví a mi asiento. La mañana siguiente no acudió y la otra tampoco. Reapareció a los tres días y se sentó a mi lado en la barra.

«Gracias por lo del otro día. ¿Puedo invitarte a un café?».

Y con ese café comenzó todo.

Empezamos a sentarnos juntos cada mañana, como quien queda con un amigo. Era muy alegre y espontánea. Me agradaba su compañía y despertaba mi curiosidad. Hablaba sin parar de sus dos hijas, pero nunca mencionaba a su marido y un día le pregunté por él. Me contó que el nacimiento de Ana, su segunda hija, los había sobrepasado y que habían decidido darse un tiempo para dejar de discutir a todas horas delante de las niñas. Se interesó por mí y, sin saber muy bien por qué, le dije que estaba soltero. Esa noche acabamos en mi cama.

Nuestra primera y última vez.

Nada más terminar, nos miramos a los ojos y lo supimos. Nos arrepentíamos. No hicieron falta palabras. Ella se levantó, se vistió y se marchó.

«Adiós», fue lo único que nos dijimos.

No regresé a la cafetería y, al parecer, ella tampoco, pues semanas más tarde, cuando iba de camino a la pastelería donde desde entonces me tomaba el café, la veía sentada en una terraza situada en una callejuela cercana, acompañada de su marido. Después le perdí la pista. No volví a hablar con ella hasta que me llamó aquella noche.

Ocho letras. Cuatro sílabas. Tres palabras que sentenciaron mi destino.

«Es tu hijo».

Solo me hizo falta echarle un vistazo al chaval para darme cuenta de que su madre estaba siendo sincera. También era rubio y sus ojos verdes eran una fotocopia de los míos.

Se lo confesé a Elizabeth esa misma madrugada, tras su interrogatorio interminable por haberme marchado a mitad de la noche y regresar cuando faltaban unas horas para el amanecer. Me conocía y no se tragó la historia de que se me había olvidado que

ese día tenía una operación especial con la Brigada. Le conté que la engañé al principio de nuestra relación y que tenía un hijo.

«No puedo perdonarte».

Se fue dos días después. La perdí. Fue el precio que pagué, pero por un hijo se es capaz de todo.

Hasta de matar.

Estaba entre la espada y la pared. ¿Cómo iba a enviar a mi hijo a la cárcel? Y ahora mi hijo está muerto. Iker murió y yo también me siento muerto.

Mi alma moribunda se escurre entre las lágrimas que borbotean de mis ojos. Oigo la respiración agónica de mi corazón, ahogándose en la desesperación, llenándose de dolor. Gemidos devastados. Los latidos estremecedores de un corazón voceando su angustia, su incredulidad, su frustración. Un corazón agonizante suplicando a gritos la eutanasia.

Me levanto del catre y atravieso el vestíbulo. Siento que me falta el aire y que las paredes me aplastan. Cuando estoy a unos metros de la escalera, me echo a correr hacia ella.

Me lanzo al vacío desde una altura de cinco plantas. Caigo de cabeza. Oigo un crujido entre las brumas de la inconsciencia. Noto la sangre que me escurre por el rostro. Después todo es negro. Un negro apacible y silencioso. Un negro perpetuo.

Negro muerte.

Acerca del autor

YASMINA PÉREZ



Nacida en Fuerteventura (Canarias) en 1980. Licenciada en Traducción e Interpretación. Un alma soñadora e idealista que se adentró en el mundo de la escritura atraída por su insaciable curiosidad.

Su primera novela, "El asesino de novias", fue premiada en el concurso Soy Talento (editorial Caligrama, escuela Cursiva, Sweek).

Libros de este autor

EL ASESINO DE NOVIAS

El día de su boda es novio, marido... y viudo.

El inspector de homicidios Antonio Rojo jamás imaginó que el día más feliz de su vida se convertiría en su peor pesadilla. Sonia, su esposa, es brutalmente asesinada durante la ceremonia, convirtiéndose en la primera víctima de una serie de crímenes que desafían toda lógica.

Mientras Antonio lucha por superar su pérdida, se sumerge en una investigación llena de secretos, obsesiones y un asesino que parece estar empeñado en destruir los sueños de mujeres el día de su boda.

¿Podrá descubrir quién está detrás de esta macabra cadena de muertes antes de que sea demasiado tarde?

Premiada en el concurso Soy Talento, "El asesino de novias" es un thriller vertiginoso lleno de giros sorprendentes, en el que la justicia y la venganza se enfrentan en un peligroso juego mortal.

SOY ODIO

El odio nunca muere. Solo cambia de rostro.

Hace seis años, un asesino sembró el terror con su ritual macabro: una víctima cada siete días, marcada con su siniestra firma –el cráneo destrozado, la garganta abierta y un chupete rojo entre los

labios.

El asesino está muerto, pero su vengador sigue vivo y ha encontrado un nuevo discípulo.

Juntos están decididos a reavivar la pesadilla.

EL SICARIO DE SATÁN

Un asesino que deja un rastro de horror y símbolos infernales. Una investigación que desvela un pasado marcado por el fuego.

Dos mendigos y dos prostitutas aparecen brutalmente descuartizados, sus cuerpos marcados por el número 666, una cruz satánica y la firma inconfundible del asesino: El Sicario de Satán.

Los agentes de homicidios David Castillo y Jordi Pérez se enfrentan a una carrera contrarreloj para desentrañar los secretos de una serie de crímenes vinculados a un artículo jamás publicado sobre sectas satánicas. Pero lo que comienza como una investigación policial se transforma en algo mucho más oscuro: un periodista muerto en extrañas circunstancias, una profecía maldita y una promesa siniestra que tres hermanos hicieron hace casi cuarenta años.

Un thriller trepidante lleno de giros inesperados, donde el pasado arde con fuerza y la verdad puede ser más aterradora que cualquier profecía.

MI LUTO

¿Hasta dónde llegarías para descubrir la verdad?

Me llamo Olga Cabello Vázquez. Tengo treinta años y una vida rota. Mi prometido, Emilio, fue asesinado la semana antes de nuestra boda, el mismo día que supimos que íbamos a ser padres.

Desde entonces, las mentiras me rodean. Cada persona cercana oculta algo. Cada secreto me aleja más de la verdad.

Un thriller psicológico cargado de intriga, secretos y traiciones que te llevará a cuestionar cada detalle.
¿Quién mató a Emilio? Y, más importante aún, ¿por qué?